

..

El Invento Argentino

José María Fernández Alara

2003

*A Gloria Audo, quien llena mi vida de cariño,
charlas, formas, colores y algo de olor a
aguarrás.*

INDICE

Tres Padrinos.....	4
Adelardo y Luisa.....	12
Señorita... ¿Puedo ir al baño?.....	18
El Invento Argentino.....	23
Albino y el pájaro Azul.....	45
Beto por Beethoven.....	56
Patria hay Una Sola.....	63
El Arte de la Buena Guerra.....	73
El Examen de Azúcar.....	86
¿Fabulita?.....	102
Aquí Fausto, llamando a Mefistófeles.....	114
Bichi.....	139
La Muerte de las Ideologías.....	143
El Test de la Mancha.....	157
Banana Confesó.....	164

TRES PADRINOS

-¡No sube ni baja nadie! -gritó el chofer-. No paro hasta...

Los murmullos taparon el final de la frase. Los del fondo habían sentido, oído, y hasta olido que algo pasaba en la parte delantera del colectivo. Había que averiguar lo sucedido y hacia donde los llevaban. Alguna boca murmuró “carteristas”, y los ojos de adentro empezaron a ver capataces, encargados, jefes y demás capangas mirando relojes con cara de vinagre pasado.

Más de uno se recomendó interiormente paciencia. A ver si, con las cosas como estaban en el trabajo, se escapaban sin aviso previo las ganas de contestar: “que si era tanto lío llegar media hora tarde, por qué no pagaban mejor las otras ocho y media”. Una arruga gris de impotencia amagó instalarse en las caras internas y externas. Pero no pudo.

La cosa había empezado apenas un ratito antes...

-¡Chofer!—había gritado el gordito-. Hay una señora descompuesta.

-Chofer, pare. Por favor. Esta señora se siente mal. ...Está embarazada – se sumó angustiada una mujer que llevaba carpetas en la falda-.

El chofer miró por el espejo. Con un solo golpe de vista entendió que la cosa no era con los vendedores ambulantes ni con los amigos de lo ajeno... Un parto se venía en falsa escuadra.

-No me mire a mí –dijo la mujer de las carpetas en la falda-. Soy profesora de letras y señorita. Yo no sé nada de “eso”. –Y dándose vuelta se dirigió a los del fondo: ¿No hay nadie que sea partero, médico, enfermero? ¿...Profesor de gimnasia, aunque más no sea?

El gordito se quedó mosca. Él había asistido a un curso de primeros auxilios. Su único objetivo había sido la clase de respiración artificial con la fuerte y rubia instructora... que justo el día que tocaba “la práctica del boca a boca”, se había pegado el faltazo. Otra vez le vino el recuerdo piloso del morocho barbudo que la reemplazó.

El chofer recorrió el pasaje por el espejo. Nadie daba muestras de profesionalidad en pariciones adelantadas. Entonces paró el motor, tiró del freno de mano y se acercó a la muchacha. Acariciándole la frente le dijo a esos ojos preocupados:

-Quedate tranqui, piba, que todo va a salir bien. Te voy a llevar al Hospital aunque tenga que meterme por el subte.

La profesora de letras recomendó acostarla en el suelo y todos colaboraron para ello. Algunos con camperas y la mayoría apretándose para hacer lugar.

-¡Maldito sea este embotellamiento! -bramó el chofer, tragándose los calificativos “puto y de mierda”, que no condecían con su función, la sensibilidad de la embarazada y la mirada de la profesora de letras.

Los del medio rápidamente actualizaron sus versiones para los del fondo, que cambiaron ojos tristes y preocupados por miradas con ganas. Se iban a convertir en protagonistas de un nacimiento y desde muy adentro les llegó el mandato de hacer fuerza juntos.

Hubo una sola excepción: el gestor Jorge J. Tortorelli, quien a sus sesenta y tres años y a su segundo bufido protestario, recibió un codazo y una mirada doble Nelson de la señora Mirta R. de López, ama de casa de sesenta y uno y medio.

-¡En diez minutos no hice ni una cuadra! -Se lamentó el chofer-. Estoy trancado por los cuatro puntos cardinales. Tápanse los oídos que voy a tocar bocina. ...Vos, piba, pensá que es un sonajero para el nene y no te me pongas nerviosa, que para eso estamos nosotros.

Lo que sonó esa bocina, sólo Dios lo sabe. Varios automovilistas golpearon la cabeza contra el techo, a dos señoras se le pararon tanto los pelos que después les cobraron doble turno en la peluquería. Los que estaban de fiesta eran unos pibes que iban en una combi al colegio. Se reían a las carcajadas y le pedían a la señora que manejaba que tocara bocina y le ganara al colectivo loco.

-¡Para, papá, que te van a internar! Pará aunque sea para respirar...

La voz tranquila se coló por el ventilete. Un tachero se había bajado y le hablaba al chofer como si fuesen pacientes de la misma unidad de psicosis intensiva.

-...Yo sé lo que tenés, papá. Es mucho laburo sin descanso. Andá a tu casa y dormí. Después te tomás unos mates con la patrona, acariciás los chicos y ni te vas a acordar del embotellamiento. La calle te hace acordar de la mishiadura y entonces te viene la gana de matarla a bocinazos. Me contaron que en el desierto pasa algo parecido: el silencio te enloquece y la forma de salvarse es tocar la bocina. Hasta los camellos...

-Pará filósofo, que estoy llevando a una embarazada al hospital.

-¡Ah! Disculpá, tío. ¡Hubieras dicho! Pensé que te había agarrado el cólera. A ver que podemos hacer... Mirá, yo me pongo adelante tuyo y te voy abriendo paso con el pañuelo afuera. Aunque con este embotellamiento... Dejame pensar. Pero, por favor, pará con la bocina que me hacés castañetear los molares.

El gordito aprovechó para buscar unas pilas que se habían fugado de su walkman en el primer salto-susto bocinal. Cuando andaba agachado, mirando por el suelo, se topó con la mirada llena de miedo de la embarazada. Y ya no pensó más en la rubia instructora. Desde el alma le salió una sonrisa linda y le acarició suavemente el hombro.

El tachero sintió que algo se apoyaba sobre su espalda. Levantó la vista y vio que el peso venía de los ojos de todos que, desde las ventanillas, le pedían que hiciera algo.

-Ya está. Todo arreglado. Dame un rato -soltó el del taxi-.

-¿Qué vas a hacer? – le preguntó el chofer.

-En Juan B. Justo estaba el cana. Queda a menos de seis cuadras. Lo voy a buscar corriendo. Yo lo conozco.

-¿No son mucha cuadras? -preguntó el chofer-. ...No va a querer venir.

-Hace tres meses yo venía en onda amarilla. El señor ése me paró y me hizo la boleta, a pesar

de mis protestas. Me la aguanté bien macho, pero no se salva de que cada vez que paso, lo saludo. El tipo me contesta, pero sólo yo sé lo que le digo. Espero que no se resista... porque me va a conocer.

-Tranquilo, fiero, que necesitamos ayuda –le rogó el chofer.

En el colectivo los murmullos no superaban los de una sala de espera de maternidad. La profe apantallaba a la parturienta y muy nerviosa dijo:

-A ver si hacen algo. A esta mujer se le están acelerando las convulsiones.

-“Contracciones” –corrigió el gestor Jorge J. Tortorelli desde lo alto-.

La descomedida aclaración fue repudiada por todos, especialmente por la señora de López, quien depositó su codo a la altura de la tercera intercostal del mencionado gestor. ...En cultura, la profesora de letras le sacaba una cabeza a los más cabezones, pero sólo cuando no estaba nerviosa.

El chofer, resignado a que sus pedidos por el sistema morse de la bocina habían sido inútiles y que debía esperar al tachero, tuvo que contener a su imaginación. Es que cuando veía en las películas que un barco o un avión estaban en peligro, él se imaginaba que “eso” pasaba en su colectivo. Había una de un submarino inglés rodeado por la flota alemana

que... Pero esta vez el canal vida había sintonizado su bondi y ahora él era en serio “el oficial a cargo”.

Caminó hasta donde estaba la chica y se sentó en el suelo a su lado. Primero le contó el cuento de Blancanieves y los ocho enanitos, diciéndole que el octavo era el hijo de ella. Después le contó “Pedro y el Lobo”, le contó “Caperucita” y como los cuentos no eran su fuerte, le hizo jugar a la muchacha embarazada al “Veo-Veo”. Había que ver a todos diciéndole a la chica “tibio – tibio” y dándole ayuditas.

Cuando en un momento se dio por vencida al no descubrir que se trataba de la medallita de San Cristóbal, que decía “No corras, papá, que en casa te esperamos”, la mandaron a Berlín. Le hicieron cerrar los ojos y después de algunos cuchicheos le comunicaron la prenda: debía imitar a una parturienta. Lo gracioso fue que la piba aceptó, pero con la condición de que si descubría quien la había propuesto, esa persona debía cumplir la prenda. ...Ver al chofer acostarse al lado de la embarazada y hacer resignadamente los mismos gestos que la parturienta, hizo reír a todos, especialmente a la chica.

-Parenlá que vengo con el cana... perdón, con el señor cabo Delfor Ferrante.

La voz del tachero los volvió a la realidad. El chofer abrió la puerta delantera y subió un morochón, grandote por donde se lo mirara. Estaba agitado y transpiraba profusamente.

-Buenos días, señoras y señores –dijo entre asustado y formal el policía-.

En el coro que le contestó sobresalió la voz de la profesora de letras, acostumbrada a saludos masivos.

-Soy el cabo Ferrante, señora -dijo el hombre dirigiéndose a ella-. Voy a tratar de ayudar.

Y ahí nomás, se sacó la gorra y buscó algo en su interior. Al instante apareció un sobre. Del mismo sacó una hojita de afeitar, dos curitas, una

aguja, hilo y la foto que se había sacado con su señora en la rambla de Mar del Plata.

-Me costó un poco convencerlo - le comentó en voz baja el tachero al chofer-. Olía cargada... Me dijo que sabía que cuando yo pasaba con el coche y lo saludaba, en realidad lo estaba puteando. Pero es un buen tipo. En seguida se dispuso a ayudar. El problema es que anda con el estado físico a nivel último agujerito del cinturón.

En el colectivo todos guardaban un respetuoso silencio. Sólo se oía una respiración entrecortada y un jadeo fuerte. Eran del cabo Ferrante, quien hacía lo imposible para disimular que le silbaban los fuelles.

-Cuídeme, por favor, el cinturón y el arma reglamentaria. ...Y esto que también es valioso.

El tachero no supo qué hacer con la peligrosa carga, especialmente con el talonario de boletas. Al final se puso el talonario en el bolsillo de la camisa y se colocó el cinturón con la pistola y los cargadores arriba del que le sostenía los pantalones. No pudo evitar que una sonrisa le iluminara la cara y que sus ojos buscaran el espejo del colectivo para ver cómo le quedaban. Mientras estaba mirando y sintiéndose Billy The Kid, le pareció que alguien lo miraba. Era el cabo. El tachero borró lo anterior y puso cara de "ya pasó".

El policía se sacó la chaquetilla, se arrodilló al lado de la muchacha, le tomó el pulso y le preguntó cada cuanto le venían las contracciones. Después le secó la transpiración con un pañuelo immaculado que sacó de su bolsillo.

-¿Alguna de las damas presentes porta encima algún frasco de perfume?

La voz del cabo conmovió a todas las mujeres que empezaron a hurgar en sus bolsos, carteras y mochilas. La profesora de letras llegó primera con su frasco de "Diaboliques du nuit".

El gordito, al escuchar el pedido, se asustó y pensó en cirugía. Se quedó más tranquilo cuando vio que el cabo Ferrante usó el perfume para lavarse las manos.

El tachero se sentó de costado en el pasillo y recostó la cabeza de la embarazada sobre sus muslos. Era lo más blando y tibio que pudo encontrar. Ferrante, el policía, miró al chofer y le susurró por lo bajo:

-Usted háblele a la chica. Soy medio durazno con las femeninas... Yo me encargo de lo otro. Necesito que la haga jadear primero y después pujar a ritmo.

El chofer le preguntó primero si iba a tener una nena o un nene, después quiso saber de qué cuadro era su marido. Cuando tuvo las respuestas, se dirigió a todos los pasajeros:

-Bueno, ahora todos vamos a colaborar en la venida al mundo de un hinchita de Independiente. Esta madre no va estar sola para recibir al hijo que va a lucir con honor los colores del diablo rojo de Avellaneda. ¡Hoy somos todos de Independiente!

La muchacha sonrió a pesar del dolor y todos se adhirieron al fútbol, salvo la profesora, que pensó que era un mundo machista, aunque después se calmó, sobre todo cuando se acordó de que quizá su enojo venía de que toda su familia era de Racing.

Al rato el colectivo se movía. Todos jadeaban con la parturienta. Todos pujaban con ella. Todos estaban mojados de transpiración. Todos estaban tensos, pero todos estaban felices de poder ayudar.

-¡Y dale rojo, dale, dale, rojo! ¡¡Y... puje, y puje, y puje rojo, puje!!

El cabo Ferrante bufaba y como fumador empedernido, en algunos momentos se quedaba sin aire. Entonces el tachero le pasaba por la cara una gamucita nueva, que le había acercado el chofer.

Y así, entre la fuerza que pusieron todos los del colectivo y el cuerpo que prestó mi mamá, nací. Discúlpeme si me callo, pero la luz me ciega y el chiste de tener que respirar por mí mismo, me deja de cama.

Lo primero que vi cuando pude abrir los ojos fue a la vieja que, seguro que para mostrarme que la vida es medio complicada, lloraba con la mejor de las sonrisas. Y después vi al trío de mis padrinos. Estaban abrazados. El chofer manejaba, el cabo estaba en la escalerita y el tachero del otro lado. Iban gritando “¡Y dale rojo, dale, dale, rojo!!”. Dos patrulleros con las sirenas al mango abrían paso a mi vida y todos los del bondi moqueaban su alegría cantando: “¡Y dale rojo, dale, dale, rojo!!”. Especialmente la profe, que me llevaba en brazos.

ADELARDO Y LUISA

(Un romance casi medieval)

-¿Quiere un poquito señorita? Yo sé que no se puede comer en una iglesia, pero Dios no se va a enojar... Estamos trabajando en su casa. Es sólo pan, queso y un poco de carne fiambre.

-No, gracias.

-¿No le molesta si me siento aquí en la punta del banco?

-No. ¿Por qué me va a molestar?

-¿Vio que linda que está quedando la catedral?

-Me encanta. Es lo más lindo que tiene la ciudad. Se la ve de todas partes.

-El arquitecto viejo dice que se llama gótica y que sus torres se verán desde la costa de Uruguay.

-La señora comenta que la fe mueve montañas y edifica catedrales.

-¿Puedo decirle mi nombre?

-Sí, claro.

-Me llamo Adelardo. No soy de por acá. Vengo de lejos. Soy maestro techista... Y... hago versos.

-Yo soy Luisa. ...Y le voy a decir un secreto. Yo sabía que usted era artista. Me di cuenta por su forma de quedarse mirando estos techos tan altos.

-¿...Yo le puedo decir otro secreto? Me di cuenta que usted también es artista. Usted se sonríe cuando mira los vitrales.

-Es que me gusta bordar. Y cuando miro esas ventanas llenas de colores y de sol, cierro un poco los ojos y pienso que las hago yo combinando

hilos de miles de colores. Mire el de Moisés cruzando el mar. ¿Puede haber colores más lindos? Mire esos rojos, esos azules, plata...

-Usted también es poeta...

-Yo creo que todos tenemos los ojos un poquito poetas... Uy, ya terminó la lección de catecismo. Me voy. Tengo que llevar a casa a los chicos de la señora.

-Sí, claro... Yo siempre la veo cuando los viene a buscar y los espera aquí, en el último banco.

-Yo también lo veo cuando pasa con los hombres de casco...y me mira.

-No es que la mire. Es que no veo otra cosa...

-¡Epa, Adelardo! ...Bueno, me tengo que ir... Adiós. ...Hasta pronto.

-Luisa, ¿No podría verla otra vez...? No acá en la iglesia...

-Bueno...Sí. ...Pero me tengo que ir.

-La semana que viene es carnaval... ¿Acá no lo celebran? En mi país hay fiesta con bailes. Luchamos contra los diablos, jugamos con harina y nos reímos mucho.

- Acá antes se jugaba con agua. Ahora sólo lo celebramos con bailes. Con mis hermanos y primos vamos a bailar a Los Hornos, el lugar donde hicieron los ladrillos de esta Iglesia. ¿...Por qué no...?

Adelardo repetía una y otra vez: "Los Hornos – Club Defensores".

Cuando se bajó en la calle 66 miró hacia la Catedral y vio sus torres imponentes. Luego, como asumiendo tranquilidad, almidonado dentro de su único traje gris, caminó. La corbata azul del casamiento de su cuñado relucía en las primeras sombras de la tarde. Su mano derecha apretaba el cuaderno. Ella había dado vuelta la cabeza cuando ya tenía los chicos de la mano y le había dicho con una sonrisa nerviosa: "Tráigame algunos versos. Yo le voy a mostrar algún bordado".

137 entre 62 y 64. Debe ser por aquí. Es imposible perderse en La Plata. El nombre de la ciudad le trajo recuerdos de su Potosí natal y de su extrañado cerro de plata.

Adelardo se acercó a la ventana abierta y todo serio pidió: "Un caballeros, por favor". La señora gorda le sonrió, se acomodó los anteojos para verlo mejor, sacó un número de un talonario y se lo pasó. -Adelante nomás. Al fondo está el mostrador. La entrada le da derecho a un sánduche de chorizo y a una cervecita. Pásela bien".

Los pulmones ya habían reconocido el olorcito dulzón que inundaba todo. Apenas cruzó una puerta de alambre tejido pintada de blanco se encontró con una cancha de basquet llena de mesas y sillas de metal. Todas estaban ya ocupadas con señoras grandes que transpiraban y chicas jóvenes que se reían y se animaban entre sí, hablando fuerte. Al fondo se veía un mostrador atendido por dos muchachitos en mangas de camisa. A un costado, un señor mayor, con pañuelo y bombachas, se ajetreaba distribuyendo bien los carbones debajo de los humeantes chorizos. Entre el mostrador y la improvisada parrilla, una veintena larga de hombres se apiñaban, haciendo como que hablaban de cosas serias, pero mirando de soslayo a las muchachas. Los trajes rigurosos, sus mínimos ademanes y la dureza con que intentaban mostrar su despreocupación, evidenciaban que estaban valientemente a la defensiva.

Adelardo disimuló el cuaderno y se acercó al mostrador. Por como lo miraban todos se dio cuenta que se notaba que era de otro pozo. Esforzándose para que la voz le saliera lo más natural posible dijo: -"Me dijeron en la entrada que podía pedir una cerveza...". -"Adelardo, ¿Cómo le va? Pensé que por ahí no venía...".

Luisa estaba a su lado. Quiso decirle que hacía dos días que no dormía y que le había traído versos viejos, porque lo único que los que

había podido escribir esos días decía cientos de veces: “Luisa, mi Luisa, Luisita mía”. Tenía que disimular. Ella no debía darse cuenta que el corazón se le salía del pecho. Por eso, sólo atinó a decirle gracias al muchacho que le preguntaba si quería un vaso o dos.

-¡Cómo le va, Luisa! ¡Qué suerte que...”

Algo muy rápido pasó a su lado. Sólo vio que una mano le tocaba el hombro a Luisa. Cuando ella se dio vuelta, a él lo levantaron en vilo.

Una puerta que decía “Vestuario-Hombres” se cerró con estrépito. El lugar olía al clásico varón-sudado y estaba oscuro. Sólo se filtraba un rayo de luz por la hendidura de un postigo de madera.

-¿Así que vos SOS el bolita que se quiere levantar a la Luisa?”, -escuchó después de una trompada en la panza-

-¿Vos te creés que las mujeres nuestras se encaman con cualquier muerto de hambre?

Ésta era otra voz, pero las dos tenían acento alcohólico y una fuerza en las manos, tipo burro pateador.

Adelardo no supo que decir, pero tampoco lo dejaron. Un tercero, un gordo de ojos huevones, que en la oscuridad parecía un pescado fluorescente, intervino pegando y declamando:

- Este bolivianito se la quiere fornicar a la Luisa y no sabe que nosotros lo vamos a hacer mujer a él.

Adelardo no entendió esas raras palabras, pero algo en su mente le hizo transpirar en frío. Con una mano se tapó la cara y con la otra defendió – escondió el cuaderno. Con la cabeza gacha esperó el siguiente golpe.

-Bajale los pantalones, -siguió el de los ojos saltones-

-No jodás más, -intervino el de la primera trompada y para rubricar que no se trataba de una sugerencia le pegó un zurdazo, que lo sentó sobre la

canilla de una pileta, que empezó a perder agua con ruido a muchas flautas-.

-A estos hay que hacerles un hijo macho, -insistía, obsesivo, el de los ojos doble ancho-. Es la única forma que no rompan y que se vuelvan a su país de mierda. Dejame que se lo demuestre un poco.

Un codazo del trompada número dos dejó a Adelardo con la boca abierta y boqueando.

-Mejor te las tomás, boludo, no queremos tipos como vos en la familia.
¿Está claro?

Adelardo creyó que era el momento de aclarar lo imposible de aclarar.

-Está bien, señor, yo no he querido faltarles. Luisa....

-¡Te escudás en las mujeres, maricón!,- el de los ojos saltones se puso a gritar como un loco -. ¿Qué esperamos, se la damos en serio, o estamos jugando a asustarlo? A estos tipos hay que cortárselos. Si no, se hacen los educaditos y minas como la Luisa les dan bola... Ahora vas a saber lo que es...

El tipo estaba totalmente fuera de sí. Los otros dos no lo podían retener. Un escalofrío le hizo temblar el cuello. Ya no era miedo... El tipo tenía la cara casi junto a la suya. Los ojos desorbitados lo miraban fijo, estaba todo sudado, babeaba y las manos le temblaban de necesidad de pegar. Adelardo agachó la cabeza y se preguntó si no estaba delirando al ver tantos detalles en la penumbra

La respuesta le vino de una voz conocida, que con autoridad deletreó:

-Si lo tocás, te agujereo. Se te van a desinflar los ojos, obseso sexual.
¿Quién te dio vela en este entierro? ¿Y a ustedes quién los llamó, patoteros poco hombres?

Luisa, armada con 7 centímetros de taco, se acercó a los tres grandotes y su voz y su zapato tuvieron dimensión de gas paralizante.

-Disculpen, muchachos, pero la Luisa me hizo mierda la cara.

La voz venía de la luz. El que hablaba era el que tenía que haberla mantenido distraída. Una cara amoratada confirmaba lo que el infeliz decía.

-Lo hacemos por tu bien, Luisita....

-¿No ves que es un bolita?

-Te quiere copular, boluda. Vos no entendés.

El de los ojos saltones trató de cerrar la puerta mientras hablaba... Pero no pudo. Una fuerza lo detuvo. Venía de afuera y tenía cierto ritmo.

Afuera todo estaba igual. Las mesas, las sillas y las mujeres sentadas...La única diferencia era que las hijas de Eva, sin diferencia de edad, calzaban un solo zapato. El otro era acariciado mansamente por manos de todos los tamaños. Los hombres estaban concentrados filosóficamente en sus cervezas sin espuma.

-¿Trajiste los versos?, -preguntó Luisa, mimosa y ya calzada-.

-Gracias, -respondió Adelardo-.

Y lo dijo hacia un punto a mitad de distancia entre Luisa y el pibe que le decía:

-“Señor, dice don Chicho Bianchini, el asador, que se venga para el mostrador. Los próximos sándwiches son el suyo y el de la Luisa. ...Le puse dos vasos a su cervecita.

SEÑORITA... ¿PUEDO IR AL BAÑO?

- Con este papel se presenta en la clase – me dijo la chica de Administración.

Tomé el papelito doblado que me alargaba me dirigí al vestuario. Allí un espejo empañado devolvió a un tipo pelado, todo vestido de blanco. Me vino el recuerdo de mi primera comunión y de que casi desde aquellos tiempos no hago gimnasia. No le di importancia y subí la escalera en busca de mis compañeros gimnastas. En el descanso desdoblé el papelito y vi que tenía mi nombre, un selló que decía "pagado" y que en un costado un lápiz sin punta había escrito: "Ojo Mara: más de cincuenta y cinco".

En el amplio salón había un forzudo haciendo ejercicios en un aparato que parecía una silla eléctrica. Me fui hacia él sonriendo. Debía ser "mi profe". Pero no. En tres respiraciones-silbidos me señaló un salón vidriado que estaba enfrente.

Una sensación extraña me invadió. Allí sólo había cinco señoras maduras charlando como en la cola del supermercado. ¡Todas minas! ¡Todas medio jovangas! ¿Ese era mi grupo?!

Yo me rajo, pensé. Pero justo, alguien me pidió permiso y entró al saloncito vidriado. Era una muchacha de unos veintidós años, sonriente, pelo al aire y sonrisa a los cuatro puntos cardinales. No hay mal que por bien no venga, repensé y postergué la huida.

Entré, dije un buenos días amplio y le entregué el papelito a la péndex. Mientras lo leía, no pude dejar de detectar sus músculos,

especialmente los que se le marcaban en la calza... Eso ya no me pareció tan auspicioso.

La profe, guardó el papelito, sonrió y dijo “¿Listos?” y cuando estaba refugiándome en la protección de la retaguardia, me indicó con otra sonrisa que me quedara adelante. En el frente había un espejo que cubría toda la pared y que reflejaba lo que hacíamos. Con orgullo vi mi imagen varonil sobresaliendo, sobre tanta mujer, más bien petisa. ... Y comenzó la clase.

La profe se largó con un ejercicio que consistía en abrir las piernas y mover los brazos en círculo a la altura de los hombros. Una tontería. El espejo certificaba que yo era lejos el que lo hacía con mayor exactitud. Hasta casi mejor que la profe.

Lástima que la cosa no duró mucho. Al décimo movimiento me comenzaron a pesar un poco los brazos. A partir del vigésimo se negaron a superar la altura de la cintura.

Después vino la rutina de levantar los brazos perpendicularmente a la cabeza y luego bajarlos hasta tocarse los pies. No era difícil. Lo jorobado era que sólo alcanzaba hasta donde me llegaban las medias. A la sexta o séptima repetición logré un cambio sustancial: Llegué como a un centímetro más abajo. Pensé en estirarme un poco las medias, pero me detuvo el espejo. Insistía en que lo mío era de lo peor que podía reflejar.

En un momento vi que la profe me sonreía y esforzándome lo más que pude, obtuve mi mejor marca. Cuando noté que sonreía por turno a cada uno de sus alumnos, mis marcas volvieron a su mediocridad.

Luego vinieron las variaciones: Abrir las piernas, elevar una hacia arriba y al costado y volcar el cuerpo y los brazos hacia el otro, de un lado y del otro. ...Y empezaron mis confusiones con el arriba y abajo,

derecha, izquierda. Y... ¡Maldita sea mi suerte! no terminaban nunca. Los músculos empezaron a protestar de dolor, mientras la transpiración me goteaba por la espalda.

Mis compañeras se movían como si nada. Hasta a veces le preguntaban a la profe cosas totalmente fuera de lugar, que evidenciaban un claro menosprecio a mi presencia: “¿Esto ayuda a mantener la cola parada?” “Este parece bárbaro para levantar las lolas”. Al principio tosí para mostrar mi protesta, después agucé mi oído hacia las respuestas, para ver si eran contraindicados para mi condición viril, pero me distraje con el espejo, que fotografiaba una cara lívida y movimientos rítmicamente desparejos, que aparecían como de mi propiedad.

La profe nos hizo correr hacia un costado donde había una barra tipo ballet. No sé por qué se me cruzó que lo único que faltaba era que algún conocido me viera y confundiera mi pantalón blanco con un tutú. ... Allí, agarrados de la baranda, comenzamos ejercicios en un solo pie haciendo círculos, moviendo la rodilla, el tobillo y la madre de la profesora, que todo me empezó a pesar como si tuviera un chaleco antibalas. Miré el reloj: recién hacía quince minutos que había empezado la tortura.

Siguieron unos movimientos de cintura para todas las direcciones que fueron acompañados por unos crujidos de mis huesos, que me asustaron. ¿Y si se me rompía un hueso? ...Y tuve que empezar con mis paraditas, que me descansaban todo, menos mi orgullo. En una de esos recreos vi que la profe también paraba. “Se ve que ella también está con los bofes por el suelo”, pensé. Me desanimó que sólo se detuviera para rascarse un poco desenfadadamente la espalda baja y que después recuperara el tiempo perdido.

Al rato estábamos todos apoyados en unos steps, saltando para arriba, para abajo y para los cuatro lados de mi Cruz. No paraban nunca.

La señora de mi derecha, con una voz tranquila, bastante diferente del ruido que hacían mis bufidos, le preguntó a la profe si había ido al restaurant de la otra cuadra, que daban un menú rebarato con plato principal, postre y gaseosa. La "Profe, sin dejar de hacer los ejercicios sacó una lapicera no sé de dónde y se anotó la dirección en la palma de la mano.

Con el correr de los minutos me fui calentado con la profesorcita. Era mi primera clase y no tenía derecho a hacerme pelota tan sin contemplaciones. Ese pensamiento se me suavizó cuando noté que me sonreía más que a las demás y que me miraba más seguido. Ya no me gustó cuando vi que también me seguía por el espejo y que tenía las cejas levantadas. Pero no aflojé.

Me dolía todo el cuerpo y a pesar de mis esfuerzos ya no lo podía manejar bien. Se me iba para los costados. Se me resbalaba.

Me pareció que me estaban observando, pero era el espejo que reflejaba como las minas seguían imperturbables sus movimientos sincronizados, pero que de vez en cuando miraban al "hombre", mostrando que ellas no se equivocaban, y que los ejercicios de la "querida profe", eran bien sencillos.

Esas viejas iban a esperar sentadas que tirara la toalla. No conocen lo que es capaz un tipo como yo. Miré el reloj. Ya habían pasado casi cuarenta minutos. Me consolé pensando que no podían faltar más de cinco minutos para que acabara la clase... ¡Me cache en dié!

Ahora estamos apoyados sobre una colchonetita con la cabeza para abajo y haciendo no sé qué cosa con las piernas y los brazos. Todas están jadeando. Se ve que no es joda. El salón parece una sala de partos múltiples. Yo sobresalgo un poco: mi parto es de quintillizos. El corazón me late como si fuera La Porteña... ¿Es mareo lo que tengo o es

que estoy perdido? No doy más... ¿Y si me voy despacito? Pero la profe está al lado de la puerta... ¿Y si le digo que voy al baño?

El espejo de porquería repite estúpidamente lo que yo hago para la merda. ¡Cuarenta y cinco minutos! ¡¿¿¿...Las clases serán de cuarenta y cinco, no???

La profe sigue: “Y uno, y dos y tres”... Pero, ¿esta hija de mala madre no tiene padre? “...Y vamos, otra vez”. Detrás de la puerta de vidrio veo que el forzudo, que creí que era el profesor, está parado mirando la clase... ¿No tiene otra cosa que hacer ese montón inútil de músculos? ¡Voyeurista!

“...Y controlando la respiración”. ... ¡Para controlarla necesito un pulmón, desgraciada! ... Una sonrisa y: “Bueno, chicos, hasta el viernes”.

¡Chicos, tu hermana! ¡Y el viernes viene Magoya a tu clase! ¿...Habrá aspirinas en casa? ¿Quién me mandó, carajo?

EL INVENTO ARGENTINO

Los jueces de abajo nacimos para sufrir. En todos los juicios pasa lo mismo: primero hay que aguantarse las broncas de los que pleitean y las cabronadas de los abogados, y cuando ellos terminan de pelearse, tenemos que redactar una sentencia, que nunca deja contento a nadie. ¡...Y no se le vaya ocurrir a alguien pedir ayuda a los de arriba!

Miren si será cierto esto, que una vez les mandé una notita a los camaristas, confesándoles humildemente una o dos dudas. La respuesta que me dieron esos importantes señores decía: "No es misión de este Alto Tribunal resolver las dudas de los jueces". ¿Y para qué están arriba si no es para ayudar a los de abajo? Si no les pueden sacar las dudas a los jueces... ¿A quienes se las van a sacar? ¿A los presos?! Hasta se dieron el lujo de decir que ellos opinarían si se tratara de una sentencia. ... Sí, claro, nada menos que en una sentencia les voy a comentar que tengo dudas de si en el jardín de la Justicia yo soy el nabo.

Peor me pasó en el caso de las mellizas Campanella, las que estaban casadas con los gemelos Busico. Las dos parejas me reconocieron que habían hecho la cambiadita entre los matrimonios. Parece que desde el comienzo de los noviazgos se querían cruzadamente. Ya sé que no está bien lo que hicieron. Esto nadie lo niega, pero también es cierto que nadie se había quejado, tanto que el juicio lo hizo la Dirección General Impositiva, que quería cuadruplicarles los impuestos. Yo me preocupé por saber si los chicos tenían algún

problema y en el expediente está asentado que estaban gorditos. Declaración no les tomé porque eran nenes de teta y no iban a saber firmar. ...Pero para los sabelotodo de la Cámara todo es poco: Salieron con que mi deber era resguardar la identidad de cada matrimonio. ¿Pero qué? ¿Un Juez de la Nación va a andar hurgando entre las cobijas para ver quién es quién? ¿Qué? ¿Les iba a pedir documentos justo en ese momento? Quizá pretendían que les pusiera un vigilante en el placard.

Bueno, basta de llorar sobre la Justicia derramada y a redacta la sentencia de este caso. Como siempre pongo a la vista la estampita de santa Rita y ¡Avanti bersaglieri! ...Se trata del reclamo del farmacéutico Jorge Arturo Balandra, que solicita que Javier Yparragaray sea obligado a devolverle una caja, que contiene importantes medicamentos de su propiedad. Un caso bastante sencillo. ...Hasta esta mañana.

Cuando a eso de las diez llegué al Juzgado, me encontré con que estaban contestando la demanda. La señora María R. Blanco de Yparragaray, se había presentado temprano gritando que su pobre marido estaba impedido de salir a la calle, que el farmacéutico Balandra la andaba cargoseando, y que ahora aparecía un juez para atacarla. Ella se reconocía respetuosa de la Justicia, pero que fueran sabiendo que ella sola era capaz de agarrar juntos a Balandra y al juez, y hacer justicia con sus propios pies.

Cuando mis empleados lograron calmarla un poco, les contó llorando que nunca en su vida había robado nada y menos una lata de porquería, media grande y con azúcar de un raro color verdoso. Agregó que nunca había visto esa lata y que si la vio, lo que está dentro del jardín de su casa es de ella y que el juez es nadie para acusarla.

Como los gemidos de la señora tenían proporciones elefantiásicas y cada vez se juntaba más gente en la puerta del juzgado, me acordé que los de la Cámara siempre andan buscando el pelo en la

sopera para llamarme la atención. Por eso me apuré a encontrar una solución al escándalo.

Y – modestamente– lo logré. ...Basándome en el artículo 231 (¿O es el 232? ¿O el 233? Bueno, por ahí, 234 a lo más) decidí aprovechar la presencia de la señora del demandado para intentar que se arreglara con la otra parte, en una audiencia de conciliación. La señora de Yparragaray se iba a tener que pelear con el boticario y no conmigo. ...Que digan después los camaristas que soy lenteja.

Le pedí, entonces, a Julio, el meritorio de mi juzgado, que siempre anda haciendo facha con su moto y su trenza capilar, que se corriera hasta lo del boticario Balandra y le pidiera que se viniera a verme. Que yo le quería consultar por unos dolorcitos de reuma.

En esto fui bien delicado. No podía permitir que el farmacéutico se viniera con su abogado, si la señora de Yparragaray estaba sola con sus lágrimas y amenazas, la pobre. Entre paréntesis... nunca entendí bien porque los que reclaman pueden contar con un picapleitos para que los defienda y nosotros los jueces tenemos que bancarnos solos, como si ni familia tuviéramos.

Y el pez picó. ¿Qué farmachista se aguantaría de acercarle a un juez un poco de pomada para la ciática, si se tiene un juicio en su juzgado? A los veinte minutos Julio, el doctor Balandra y la moto estaban en la puerta. Desde mi ventana vi llegar al trío. Balandra parecía un ocho porque es medio gordito y llevaba puesto el casco de Julio, con la famosa leyenda “bebé a bordo”.

Mientras tanto, mi memoria había funcionado a mil por hora y me había hecho recordar que el Código Civil dice algo para el caso de que alguien encuentre algo que otro perdió. En verdad, no encontré el artículo, pero estaba bastante seguro que decía que el que lo encuentra

tiene derecho a un porcentaje. Pintaba como pan comido... Pero no todo en la vida sale a pedir de boca.

El farmacéutico, al ver en la entrada del juzgado a la señora de Yparragaray gritando, se negó a acercarse, seguro que por miedo. Yo, entonces, dividí en dos las fuerzas a mi cargo. Personalmente salí a buscar al farmacéutico, a quien después de explicarle que mi reuma había mejorado y que la Justicia estaba pronta a resolver su pedido casi a su favor, le insté a que entrara.

Al final lo hizo, pero con dos condiciones. La primera, que la señora de Yparragaray fuera calmada o atada, y la segunda, que yo no lo tomara como una falta de respeto, pero que no se iba a sacar el casco.

Una vez que Balandra estuvo adentro, tuve que esperar que la señorita Rosita, la auxiliar de tercera de mi Juzgado, pudiera hacer entrar en razones a la señora de Yparragaray, cosa que Rosita logró porque es una reina.

El boticario Balandra, levantando la visera del casco, me señaló que siendo él un profesional del arte de curar, iba a declarar sólo bajo juramento hipocrático. Pensé explicarle que juramento se le toma a los testigos, pero no a los contrincantes, pero como le vi cara de profesional elitista, le hice repetir conmigo “Farmacisti te salutant, Hipocrate”, mientras le hacía poner la mano sobre una agenda de cuero que me regaló una distribuidora de papel de oficio.

La señora de Yparragaray me aclaró que ella juraba por Dios y no por las sectas, así que no le tomara su juramento en extranjero, pues ella había nacido en Cabarda, cerca de Lugo y de muy chica vino para esta tierra donde se casó con el vasco. Ella juraba si no había que firmar nada.

En ese momento tomé conciencia de que la audiencia iba a ser un poco complicada. Como vi que la señora no entendía mi explicación

sobre el juramento y que insistía en jurar también sobre mi osamenta, decidí suplir el juramento por la renovación de las promesas matrimoniales, cosa que ninguno se atrevió a rechazar.

No puedo dejar de mencionar la unción con que todos la hicieron, especialmente Rosita, mi auxiliar de tercera, quien está muy cómoda en su soltería, y que renovó su promesa “al compañero de tantas y querido atorrante”.

Como soy concreto cuando me dejan, fui directamente a los bifes y le pregunté al farmacéutico si estaba dispuesto a reconocer a los Yparragaray un porcentaje del bien perdido por él y encontrado por ellos. Pero en lugar del egresado de Farmacia y Bioquímica me contestó la señora de Yparragaray:

-Mire, Juez. No empecemos con los favores para el otro lado. Si Usted le pide al señor que hable, me está prohibiendo hablar a mí y eso es machismo puro. Y me extraña que en un Juzgado no respeten que primero están las damas, las mujeres y los niños, y lo digo con perdón de la cara de esta señorita Rosita, que es un amor, aunque usa mucho perfume.

No me fue fácil hacer entrar en razones a la buena señora, porque ella se tapó con ambas manos los oídos, mientras gritaba que no quería escuchar nada, hasta que no se le permitiera hablar al mismo tiempo que su contrincante.

Me acerqué al farmacéutico Balandra —quien había bajado nuevamente la visera del casco— y le susurré, aprovechando un momento en que la señora necesitó renovar el aire de sus alaridos, que si la dejaba hablar primero a ella, yo iba a tener muy en consideración su colaboración con la Justicia.

Lo que no fue sencillo fue anoticiarle el cambio a la señora de Yparragaray, pues cuando uno de mis empleados le habló fuerte al oído

tapado con la mano izquierda, ella comenzó con apelaciones a la madre del joven y a vociferar que no era sorda. Por suerte, Rosita, mi auxiliar de tercera, pudo calmarla. Entonces, ya casi pacífica, me gritó:

-Mire, Juez, no crea que me va a comprar con zalamerías baratas. Vaya sabiendo que no estoy de acuerdo. No me va a engañar con eso de que hable yo primero, porque después va a querer dejar hablar a este señor. Y este hombre se la ha agarrado con mi pobre marido y conmigo, y yo no estoy dispuesta a tolerarle nada a semejante... que mejor me guardo la palabra para no ofender a las madres y futuras madres.

-Estimada, señora- le repuse con gentileza-, es necesario que escuche al farmacéutico Balandra, así puedo resolver este juicio y dejar a todos contentos.

-Usted lo ha dicho, juez –me contestó la señora-. Si me quiere dejar a mí y al vasco contentos: ¡Que este hombre no moleste más y véngase Usted a comer una paella con nosotros! Yo estoy dispuesta a hablar todo lo que sea necesario para que este señor Balandra se pudra, que es lo que se merece, el desgraciado.

-Eso no se lo voy a permitir, señora, dijo el farmacéutico. Y Usted, señor Juez, debe...

-Con Usted no estamos hablando – lo cortó la señora –. Cuando le llegue el turno de hablar, vamos a ver si lo dejamos... Por ahora se tiene que callar la boca, porque esto no es su farmacia, donde está acostumbrado a que los demás pongan la colita a su disposición.

El fármaco se ajustó la visera y se dispuso a atacar. Rosita, desde su puesto de comando, al lado de la señora de Yparragaray, me mandó aviso de que por allí también había aprestos de guerra. Era el momento crucial para que yo actuara con todo el peso de mi autoridad:

-Señoras y señores: Como veo que la solución está cerca, el Juzgado invita a las partes a una picada reflexiva y conciliatoria, en el Bar de la esquina.

La propuesta fue aceptada por unanimidad, especialmente por el personal de mi Juzgado.

Al rato nomás, estábamos todos sentados en pacífica y civilizada convivencia, haciéndole los honores a un salame picado grueso y a un buen quesito Mar del Plata.

Desde los tiempos de la Ultima Cena, la comida calma el alma y la cerveza la alegra. A la segunda vuelta de picada y tercer vasito, los ánimos estaban mejor dispuestos. Aproveché, entonces, un momento en que las bocas de los contendientes estaban llenas, para ver si me contaban lo que había pasado, de a uno por vez, empezando por la señora, para que no se pudriera todo.

-Acepto, expresó el farmacéutico, siempre que sea con el debido respeto y compostura.

-Yo me niego a hablar de descomposturas con este señor, por más especialista que se crea en enemas y otras yerbas estreñideras.

Por suerte el farmacéutico se estaba concentrado en Rosita, mi auxiliar de tercera, que tiene muy bien lo suyo, a pesar de que por culpa de la cerveza su boca parecía pintada con pincel de brocha gorda.

-¡Salud y pesetas para todos! —empezó su espiche la dama ibérica—. Espero que Dios le dé al farmacéutico Balandra el doble de lo que a mí me desea y que lo tenga que gastar en remedios que no tenga en su botica. ...Señor juez esta humilde ama de casa viene a defender su honor y el de su pobre marido enfermo y casi postrado...

La señorita Rosita se levantó y la besó tiernamente mientras le decía:

-Usted es mi mamá... Yo la voy a defender de todos estos hombres.

-Gracias, hija – le contestó la señora de Yparragaray-. Se ve que eres bien nacida. Pero ahora deja un poco esa copa, que no es buena la mezcla de mucho perfume con tanta cerveza.

Cuando pudimos volver a sentar a mi apreciada auxiliar de tercera, tarea en la que se mostró muy solícito el farmacéutico, apantallándola con el casco, volvimos a la audiencia y la señora demandada prosiguió:

-Como todas las madres seré breve. A este Balandra lo conozco de cuando su padre lo mandaba en bicicleta a repartir los remedios. Pregúntele si el padre no tuvo que dejar que dejar de vender preservativos porque éste tarambana se los regalaba con fines “non sanctos” a todos sus amigos. ...Y tiene la caradurez de molestarme a mí, una señora madre y abuela, para que le devuelva una lata de cinco kilos de no sé qué cosa, que dice haber perdido en la puerta de mi casa. Le aclaro, juez, que en la puerta de mi casa no se pierde nada ni nadie.

Justo en este momento se le ocurrió tener hipo a Rosita, mi auxiliar de tercera. El boticario y unos cuantos desocupados del bar quisieron colaborar con diversos métodos, especialmente el de los sustos, así que tuvimos que esperar mientras todos mostraban sus capacidades personales en caras, gritos, palmadas y ruidos. El hipo se le fue cuando la señora de Yparragaray la zamarreó con fuerza y le gritoneó: “Paloma, escucha lo que estoy diciendo y no tomes más”.

-...Y como si una no tuviera problemas -continuó la mujer-, este señor se pasa los días molestando a mi marido. Tanto, señor juez, que solamente para terminar con el escándalo en el barrio, le ofrecí, por mi cuenta y orden, y sin que lo sepa Yparragaray, mi legítimo, dos o tres paquetes de azúcar bien blanca para compensarle la pérdida,

y en memoria de su padre, que era un señor serio, aunque un poco mirón, por más que una tenía lo suyo, siempre dentro de la decencia, a Dios gracias.

-Es verdad, señor Juez... –intentó interrumpir Balandra.

-Claro que es verdad, o se cree que yo miento. ¡Habrase visto semejante insolencia! No le permito ni a Usted ni a nadie que dude de mi belleza cuando era joven, ni de mi decencia... la de antes y la de ahora. Y tome nota, juez, que este hombre reconoció que dije la verdad, así que ya me dicta la sentencia y lo condena con gastos. Ah! Y me le prohíbe que ande merodeando por mi casa, a ver sin algún mal pensado se cree que es por mí y mi marido empieza con las dudas, como ya sucedió una vez con el cobrador ése, que era un señor mucho mejor que el aquí presente.

-Pero, señora -aclaró rápido el farmacéutico- no me refiero a eso, por favor. ¿Cómo se le puede ocurrir? Que yo... con Usted...

-No le permito ese tonito que me atribuye como ochenta y pico años de vieja. Usted no se meta con mi edad ni con mis años. No es de caballeros. ... Y no le voy a decir cuántos tengo por más que se muera de ganas de saber. ...Sí, soy coqueta. ¿Y qué?

-Señor Juez –dijo Balandra, aprovechando que su contrincante se servía un poco más de cerveza para aclarar la garganta—. Si quiere compensarme es porque pasó algo... Si no le acepté los kilitos de azúcar es porque lo que contiene la caja de metal son medicamentos. Medicamentos especiales... Muy especiales. Usted sabe, señor juez, que sólo los profesionales que manejamos recetas magistrales podemos elaborar preparados farmacopéicos. En la caja había un preparado del tipo ABN con acetilpropilamídico sulfatoso en estado sólido al B5 en dos atmósferas de suspensión...

-No te hagás el difícil, que la lata tiene una etiqueta que dice clarito “Azúcar de acelga”...

-Señor juez, preferiría que la señora no me interrumpa...

-El que está interrumpiendo sos vos, que deberías tener más respeto a una señora mayor de mis años.

Estuve tentado de intervenir, pero me pareció que, a su manera, se estaban entendiendo entre ellos. Así que con gestos de “¡¡Siga, siga, siga el baileee!!”, logré que no se interrumpiera el proceso de comunicación.

-...En mi condición de profesional de la fármaco-bioquímica, me es indispensable contar con ese producto, que sirve para la elaboración y decantación de todos los efti-filo-fenolitos. Por ello solicito a Usted, Su Señoría, que ordene a esta señora que devuelva lo que es de mi laboratorio, con costas.

-Con las costillas rotas vas a salir vos -aclaró la señora de Yparragaray-. Y me extraña que hagas tanto lío por un kilito de azúcar verde mugrosa.

-Si quiere hablar en este tono lego -contestó el farmacéutico-, le voy a ser claro, señora: La etiqueta que tenía la caja no hacía referencia al contenido, sino a códigos especiales que usamos los profesionales. El contenido es... Casi se podría decir que es... un prototipo. Se trata de un experimento sobre el que vengo trabajando desde hace años en el laboratorio que construyó mi padre.

-¡¿Pero de qué laboratorio hablás?! ...¿Del patio que techó con lona tu papá para poder comer sentados los días de lluvia y donde tenía el biombo que usaba para dar inyecciones y al que le faltaba una parte para que tu mamá le pudiera ver las manos desde la cocina?

-Con los años, señora, se va a arrepentir de haber hablado mal de la cuna donde se gestó... “el Invento Argentino”.

Al escuchar esto se me prendieron dos lamparitas coloradas. La primera, recordándome lo que pasó con la crotoxina y avisándome de que me cuide, a ver si termino siendo culpable de que se apropie del invento alguna corporación sin bandera y nos prive del premio Nobel, como pasó con Borges. Y la segunda, que me pedía que no me olvide de que por algo soy juez, y que lo primero que debo hacer, si se trata de un medicamento experimental, es proteger la salud pública y sobre todo la privada de la gente.

Antes que nada debía averiguar si los Yparragaray habían tomado el remedio en experimentación. Asumí, entonces, toda la autoridad que me da el cargo y grité:

-¡Gancho! ¡Gancho! Declaro el secreto del sumario ¡Gancho...El que comenta este juicio es un chancho... y yo lo mando carnear!

Con mis gritos se había juntado gente y como sucede siempre que hay un secreto, todos querían saber hasta los detalles. Por eso di orden de retirada del Bar, pero ya era tarde. Los curiosos nos habían arrinconado contra las puertas de los baños. Como la Justicia no se puede entregar ni dar por vencida, tuve que seguir adelante, a pesar de que ni el farmacéutico ni la señora querían hablar por lo del secreto del sumario. Recién pudimos seguir cuando les aclaré que conmigo no corría el secreto pues era imparcial y casi de palo.

No podía dejar de pensar que si la mujer de Yparragaray había venido sola, era seguro que el viejo había tomado el medicamento en experimentación. Por ahí el pobre tipo se creyó que le estaba poniendo azúcar al café con leche y le estaba metiendo cianuro de altas calorías... Tenía que aclarar rápido este tema.

-Señora María Rosa Blanco de Yparragaray. –dije en voz alta-. Se la cita a declarar. Desde este momento Usted queda bajo la protección del Juzgado.

En todas las películas que vi –me contestó enojada la señora- a esa gente protegida la hacen caca, así que me niego.

-Entonces, este Juzgado la desprotege.

-¡Ah! Si es así, es otra cosa. ¿Qué quiere preguntarme?

Como ya me molestaban los curiosos con su respiración en mi nuca, hablé con Rosita, mi habilidosa auxiliar de tercera, quien me escuchó y rápidamente armó lo que le pedí. Al minuto siguiente la señora de Yparragaray y yo estábamos debajo de la mesa, protegidos por las rodillas de todos los empleados del juzgado. El lugar estaba poco iluminado y la ventilación era escasa, pero contaba con protección contra orejas y narices intrusas.

-Señora, – le dije – terminemoslá y dígame cómo anda su marido. Ese es el punto más importante.

-¡Sí, señor juez! ¡Al final encuentro alguien con quien hablar como la gente! Yo hasta hace poco era una tranquila ama de casa y abuela con nietos y todo. En cambio ahora vea como estoy. Y no le cuento lo que ha cambiado mi marido... Creo que es un milagro de santo grande.

-No se me vaya por las ramas: ¡Cómo está su marido? ¿Está enfermo? ¿Qué síntomas tiene? ¿Tomó el medicamento de Balandra?

-No es que salte de rama en rama, pero nunca lo vi tan bien. Gracias sean dadas a Dios y a la Virgen del Pilar. Quizá tenga que ver con la lata de Balandra... Segura del todo no estoy. Por ahí es una coincidencia ¿no? También puede ser un milagro de San José. Usted sabe que el casto José hizo florecer, camino a Egipto, una varita seca que se transformó en...

-Estábamos con la lata —le subrayé para focalizarla—.

-Sí, juez. Ahora que estamos solos le voy a hablar claro:
Yo entré la lata. Mejor dicho: la arrimé para adentro, porque ya estaba en mi casa. Ojo que se lo digo en confianza. Si Usted lo dice en público yo lo voy a negar y voy a decir que Usted me manoseó acá abajo.

-¡Pero, señora!

-Sí. La vida está tan difícil que una se tiene que defender con lo poco que tiene. Bueno, y le sigo: La lata estaba dentro de mi propiedad. Como dijo mi marido “sólo hubo que empujarla para hacer el gol”. Estaba en el jardincito de adelante, detrás de los pilares, al lado de las calas que tengo para llevar al cementerio, porque los muertos se ponen felices. Mi madre decía que...

-¡La lata, señora, la lata!

-Sí, hombre, sí. No estaba ni caída, ni olvidada. Yo pensé que como los jubilados vivimos de milagro, ésta era una compensación de la Virgen por la vez que me robaron los enanitos del jardín. Eran un primor. Había uno con una carretilla...

-¡Señora!

-Usted quiere que hable de la lata. Bueno la lata tenía una etiqueta que decía “Azúcar de Acelga”. Y Usted sabe cómo andamos los jubilados... ¿Sabe que a mi marido todavía la Caja no le pagó la retroactividad? Usted, que debe tener gente conocida en el centro... ¿No podría...? La Caja de mi marido es la ex Caja de Industria. El número de expediente... Por aquí lo tengo...

-Señora, estábamos en que Usted entró a su casa la lata que encontró en el jardín...

-Exactamente. Pero después hágame acordar que le dé el número de expediente. Bueno, mi marido estaba tomando unos matecitos. Yo dejé hace un tiempo porque me da acidez. Tomo a veces

cuando está un poco lavado. Y resulta que justo mi marido me dice que se acabó el azúcar, así que me peiné y salí para el almacén de la esquina. Y ahí me encontré la lata de regalo en el jardín. Me llamó la atención lo de azúcar “de acelga”, pero no mucho. Es una promoción, pensé. El color no era muy edificante: verde oscuro, pero la acelga es de ese color. Al vasco le dije que probara una nueva marca de azúcar, a ver si le gustaba. El vasco, que es medio corto de vista y bien vasco, sólo me respondió “Si”. Y cuando terminó de tomarse la pava... ¡Mi Dios!

-¿Qué pasó?

- Mi marido es dulcero. Le pone media cucharadita por mate. ¡Y le cambió la vida! ¡Usted no sabe lo que fue! A mi vasco hasta se le fueron los dolores de cintura. Y volvió a... Como si tuviera... Cualquier cosa lo enloquece. Pero loco en serio. No puedo casi salir a la calle. Se desespera. ¡Yo ando como loca! Hasta me volvieron los dolores de cabeza ¡Mire estos moretones, juez!

-Pero... ¡Usted es una mujer golpeada! Ya mismo mando detener a su marido por lesiones conyugales.

-¡A Usted nadie le pidió nada y menos yo, así que ni se le ocurra! Para mí son cicatrices de batallas ganadas. Pero no me haga hablar que soy una señora y las damas no hablamos de algo sólo cuando nos quieren obligar a hablar. Me da vergüenza.

-Me parece que su marido está ingiriendo un remedio nuevo, todavía no experimentado ni siquiera en humanoides. Mire, señora, las palizas refuerzan mi convicción de que son efectos colaterales del medicamento del Dr. Balandra. ¡Dios! ¡A lo que llevan las drogas, che! ¡Este Balandra, caracho! ...Hay que buscar a alguien que nos ayude a desintoxicar a su marido y a salvarla a Usted de todo este padecimiento...

-¡Para eso no les va alcanzar la Guardia de Infantería en pleno! Le aseguro que mi marido se va a resistir y yo voy a estar ahí para defenderlo a muerte, con todo mi cuerpo.

“¡Lo que es la mentalidad de la mujer golpeada!”, pensé. Ojalá que el farmacéutico charleta tenga el antídoto.

-El Juzgado cita a declarar —dije asomando la cabeza entre las rodillas de Julio, el meritorio de mi Juzgado— al señor Balandra.

El farmacéutico se dispuso a ingresar a mi sala de audiencias de emergencia, pero comenzaron los gritos de la señora de Yparragaray diciendo que no iba a permitir que el farmacéutico hablara mal de ella. Y nos fue imposible sacarla de debajo de la mesa.

No fue sencillo encontrar un lugar que permitiera la declaración privada del boticario, pues a cada sugerencia, la señora declaraba “Allá voy yo también y veremos quién es más hombre”. Por suerte, Rosita, mi auxiliar de tercera, me acercó la solución. Cuando me la dijo al oído me di cuenta de su ascendencia francesa por las ideas claras, su perfume, y porque me agregó “cheri” al final.

Al rato Balandra y yo estábamos en el baño de Caballeros y oíamos las protestas de la señora Yparragaray que, desde afuera, gritaba que no se atrevía a entrar porque le impresionaban los mingitorios. Por fin estábamos lejos de los curiosos que cada vez eran más. Justamente para preservar la privacidad del acto, Manuel, el más gallego de los dos mozos del Bar, recibió orden de permanecer sentado en un patiecito trasero tapando con la espalda la ventana que, para mejorar la ventilación, estaba huérfana de vidrio.

Como el baño es chico, me senté en la parte menos sucia del lavatorio y a Balandra lo hice ponerse frente al espejo, dándome la espalda, a ver si entraba alguien y se imaginaba un acoso judicial. Antes de comenzar el interrogatorio inspeccioné el resto del lugar, notando

algunas filtraciones que sólo eran de agua. También detecté que Manuel, el mozo, en vez de tapar el vidrio faltante con la espalda, lo hacía con su mejor cara de opa. Lo miré fijo y cambió a posición posterior.

-Señor Balandra —comencé—, lo suyo puede ser un delito pandémico y hasta tener las características de genocidio. Todo un pueblo puede estar en peligro, che, así que no joda. Diga la verdad. ¿De qué se trata el invento suyo? Tengo evidencias de que el marido de la señora Yparragaray se ha vuelto loco... Ha llegado a pegarle a esa pobre mujer.

Aquí hice un silencio de los pesados y cerrando los ojos le dije silabeando:

-O Usted me da el antídoto o le aplico todo el rigor de la ley. Estoy pensando en encerrarlo un tiempo con el señor Yparragaray... en el mismo cuarto. Así comparten el virus.

Cuando escuchó esto empezó a llorar y se abrazó a mis rodillas moqueando:

-¡Usted no puede hacer eso! ¡Por favor! ¡Tengo mujer e hijos! ¡Se lo suplico!

-¡Entonces, confesá, desgraciado! — le grité a los alaridos—. Y hazelo bien y pronto que afuera está el sargento Montero y le digo que te tire atado en lo del vasco.

-¡Por favor, no! —volvió a suplicar— Soy capaz de renunciar al invento y a la fama. No me importa tener que seguir trabajando en la farmacia hasta que sea viejo. Renuncio a todo. Pero eso, no. El vasco es bravo y... ¡Ni se va a dar cuenta de la diferencia!

-Mire, Balandra —le susurré—. o habla claro o lo encierro con cien vascos.

-A mí el que me preocupa es Yparragaray. Creo que con los otros me voy a entender. Lo que pasó es que.... se saltaron pasos en la investigación. Yo no soy culpable. Había graduado bien la

experimentación y la prueba estaba todavía en etapa de animales de hasta medio kilo de peso. Yo no tengo la culpa si se hizo un salto en la investigación.

-¿Y cómo es que esa droga estuvo al alcance del vasco?
¿Cómo anduvo un medicamento en fase experimental por la vía pública hasta llegar a la casa de la familia Yparragaray? No me diga que se le escapó.

En ese momento vi que deslizaban una hoja por debajo de la puerta del baño. Sin dejar de mirar al farmacéutico, para que no se me escapara ningún gesto, alcé la hoja y la leí. No estaba firmada pero reconocí que era de Rosita, mi auxiliar de tercera. Decía que la señora Blanco de Yparragaray quería volver a su casa, para no dejar tanto tiempo solo a su marido... que tenía miedo de que el vasco saliera a la calle e hiciera algún estropicio.

Para mostrar autoridad en mi respuesta, grité hacia afuera: "Está ocupado.... Ya va". Y para ratificar esto le pedí al boticario que tirara la cadena. Luego procedí a romper en pedacitos chicos la hoja de papel. ...Es que Rosita, la auxiliar de mi Juzgado, tiene la costumbre de firmar estampando sus labios pintados.

-Voy a confesar todo –comenzó Balandra-. ...Era un sábado al mediodía. Cerré la Farmacia y enfilé para casa. En ese fin de semana iba a dar un paso trascendental en la etapa de experimentación; por eso llevaba dos kilos de mi invento en la Caja de Metal. Pero se me cruzó el diablo... A mitad de camino me encontré con Mario, Rodolfo y Eduardo, tres muchachos con los que de chico jugaba al fútbol. Bueno, con los quería jugar, porque lo que más ansié en la vida fue formar parte del equipo del barrio. Y la verdad es que soy medio tronco. Dicen que no sirvo ni para hacer foul. Nunca duré en la cancha más de cinco minutos... y eso en retribución a los aportes varios que hacía el viejo.

- ¿Por qué en vez de ser tan latoso no vuelve a lo de la lata?

-Es que las ganas me duran todavía... Le decía que me encontré con Mario, Rodolfo y Eduardo, que se pusieron recontentos de verme. Me contaron que tenían una semifinal y a último momento dos del equipo avisaron que no podían llegar hasta el segundo tiempo. Iban a ser descalificados por no presentar los once. Ya habían conseguido que la hermana de Paco jugara el primer tiempo hasta que llegara el hermano que tenía un parcial en la facultad. Necesitaban que yo les hiciera un favor: jugar de arquero hasta que llegara Armandito del laburo. El equipo andaba como los dioses.

-Usted tarda una hora para sacar un simple outbol, che.
¡Hábleme del experimento!

-Es que a eso voy, señor Juez. De grande nunca me habían invitado a jugar, a pesar de que yo seguí colaborando con la pomada verde y dos desodorantes por mes. ¡Me estaban ofreciendo ser titular todo un tiempo! Y la vendí, juez. ¡La vendí!

-¿Qué vendió? ¿La lata?

-¡Vendí mi alma! ¡Por cuarenta y cinco minutos! Preferí ser titular. Yo andaba con la caja de metal a cuestas y no tenía tiempo de llegar a casa. No podía aparecer en la canchita con semejante caja. Iban a empezar las preguntas, las cargadas...Y por ahí algún curioso. Entonces decidí dejarla detrás de los pilarcitos de la casa de los Yparragaray. Un lugar que parecía seguro. El viejo hace años que dejó de salir y la señora sale sólo a hacer las compras y era pleno mediodía. Desde la calle nadie podía ver nada. ¡Y la mala suerte, juez! ¡Qué mala pata!

-Le robaron la caja.

- No, juez. ¡El partido! Fue bravo y los contrarios tenían dos o tres que pateaban de todos lados. Había un morocho grandote, que usaba vincha, que...

-¡No me va a relatar el partido! ¡Abóquese a los hechos, che!

- Me metieron seis goles. Hubo uno que no fue culpa mía. No me mire así. Quisiera verlo a Usted. Encima la hermana de Paco se me reía en la cara y me preguntaba por qué no ponía un anexo de Óptica en la Farmacia. ...Y como si fuera poco, cuando vuelvo a la casa de los Yparragaray, a eso de las tres, ¡La caja no estaba! En el jardín no había nada y la casa tenía las persianas cerradas. Adentro se oían gritos, corridas y risas. Llamé y me atendió a través de la celosía la señora del vasco. Me grito que me fuera, que no sabían nada de cajas o latas. El vasco me soltó el perro. ¡Sólo a mí me podía pasar que la vieja saliera bajo pleno sol! ¡Y lo usó, juez! ¡Lo usó como azúcar!!

-Eso ya lo sé. ¡Ahora necesitamos el antídoto!

-No hay antídoto para esto. Todo el mundo quiere aumentarlo, no disminuirlo. ¿Oyó hablar de las propiedades del apio? ¿Nunca oyó hablar de las virtudes de las aletas de tiburón? ¿Las ostras en ayunas? ¿Se acuerda del geniol con coca? ¡Los afrodisíacos, juez, los afrodisíacos! De joven desarrollé un sistema muy adelantado para sintetizar químicamente los cuernos del rinoceronte macho. Desgraciadamente salía más caro que comprar el rinoceronte entero. Con los años perfeccioné mis conocimientos y el toque final me lo dio el Viagra. Esas pastillitas mágicas me ayudaron a que la fórmula fuera perfecta.

-¿Qué formula?

-Que conste que lo hago responsable a Usted sobre el secreto de la misma. ¡Es más valiosa que la de la Coca Cola!

-¡Está ante un juez de la Nación, che! Métale que atrás mío está la Justicia, toda la Justicia y nada más que la Justicia. ...Bueno y los de la Cámara.

Está bien. Le cuento: dos kilos de apio de la parte dura; media aleta de tiburón macho ya púber, bien machacada; dos genioles aplastados; un cuarto de nueces borrachas en coca cola; un cuarto kilo de ostras frescas, tres viagra compositum grande molido fino y dos ají picante (el de la mala palabra) en polvo. Todo bien pasado por la procesadora. A eso se le mezcla un manojo de peperina, por el gusto un poco fuertón. Después se le agrega un manojo de ruda macho, para la buena suerte. Y al final se espolvorea todo con pólvora de cañita voladora, o buscapié, si no hay. Bueno, ya me lo saqué de encima. Le aseguro que pasé años en el laboratorio probando las proporciones y sus efectos. Cuando consideré que estaba lo suficientemente seguro de las partes constantes requeridas, lo probé en "Mandrake", el hámster de mi chico, Ezequielito.

-¿Usted probó "eso" con la mascota de su hijo?

-Usted por que no sabe lo que es tener un bicho de esos en una casa chica. Huelen como leones y se pasan la vida corriendo como desesperados por el lado de adentro de una especie de vuelta al mundo de alambre, que chirría noche y día. Si habré soñado que soy el flautista Hamelin y que llevo a todos los hámsters del mundo a la mismísima... Perdón. Como le decía, se lo hice probar al bichito. El resultado fue que al animal le dio un ataque de desesperación, rompió la jaula y se escapó. Para hacerla breve: Ezequielito lloró un tiempo y el barrio vio duplicado sus ratas. Vienen hasta de las provincias... Y todas andan con una sonrisa que no se les borra ni cuando las corren a escobazos.

-¿Y paró, entonces?

- ¡No! ¡A mí no me desaniman así nomás! Decidí experimentar con el canario. ¡Y entonces sí pude certificar el éxito del experimento! Usted no lo va a creer, juez.

-Soy argentino, Balandra, no me desvalorice.

-El canario no canta mejor, pero mi casa se ha convertido en una pajarera trinando. Pajaritas de todos los colores y tamaños vienen a verlo. Las más osadas se le meten en la jaula y traban la puerta desde adentro. Los pájaros viejos llevan a los más jóvenes para que tomen ejemplo. Un fenómeno, doctor. ...Hasta el gato lo envidia.

-Cuénteme que pasó –le exigí–.

-Me da vergüenza, Juez. Un dotado. ¡Un superdotado! Ya no es más canario flauta, ahora es canario trombón. Y no le exagero nada... Además, boy scout: Siempre listo y que pase la que sigue. Un espectáculo.

-¿Tanto, che?

- Se lo juro por la madre del canario, doctor. El día que perdí la caja, yo la llevaba a mi casa para probar con el gato. ¡Y justo se me tiene que cruzar la Yparragaray! ¡Y Usted, ahora, quiere ponerme en una misma pieza con el vasco! ¡Ni loco! Vaya a saber qué dosis ha usado. ¿No vio la mirada de la vieja? ¿No vio los moretones?

Hace ya un rato que pasó todo esto. Ya estoy en mi Juzgado, sólo y tratando de escribir la sentencia de este juicio. Ustedes han sido testigos de mis esfuerzos para que hacer justicia en un caso difícil para la ciencia, la salud, y también la felicidad de los pobres seres humanos, incluidos Balandra y los Yparragaray...

En un ratito va a llegar Rosita, mi auxiliar de tercera, quien fue hasta lo del farmacéutico. Allí el susodicho, ya más tranquilo con mi promesa de que no lo voy a encerrar con el vasco, tiene el expreso

mandato de preparar una muestra de su famoso medicamento y entregarla a mi auxiliar, al sólo efecto de adjuntarla al expediente.

Ya se escuchan ruidos en la escalera. Tiene que ser ella. Los fundamentos de la sentencia van a tener que esperar un poco... Me imagino la cara de envidia de los de la Cámara, cuando se enteren de que un simple Juez de Primera Instancia, se animó a ser el primer cobayo humano que voluntariamente se ofreció a la ciencia, para probar en sí mismo la fórmula del Dr. Balandra. ¡¡¿... !!¿Qué inventarán ahora para decir que en mi Juzgado no se investiga a fondo?!!

¡Esta Rosita...! ¡¿A Ustedes les parece que tiene que entrar a los gritos de “¿Lobo está!?”

ALBINO Y EI PÁJARO AZUL

-“Hola... ¡Cómo le va, comisario! El concejal Busatta le habla. Antes que nada tengo que agradecerle todo lo que hace por el barrio. La gente del Comité me dice que ahora hay mucho más orden y seguridad, che. Lo felicito.”

“Y aprovecho para hablarle de un asuntito que me tiene un poco preocupado y que sé que Usted va a solucionar... por el progreso de la zona, el orgullo de la Institución, que Usted tan bien conduce y la tranquilidad de algunos amigos comunes de la calle Humberto Primo al setecientos...”

Cualquier satélite de anteúltima generación hubiera podido grabar íntegramente esta llamada que desde el Concejo Deliberante llegó a la Comisaría 14 de la Ciudad de Buenos Aires. Pero ese día los satélites tenían programadas las antenas hacia el mar negro (de petróleo) y nada quedó registrado. Esto no impidió que la historia continuara unos días después con otros protagonistas

-¿Usted es de la casa, señora?

-Sí. ¿Por...?

-Estamos buscando a un tal “Pájaro Azul”. ¿Usted lo conoce?

-¿Y por qué lo buscan?

-Señora, no podemos dar información, ¿Lo conoce?

-Entonces, yo tampoco.

Así empezó el diálogo –directo y claro- entre toda una señora y todo un suboficial. Él, el cabo Sixto Gómez; ella, Carmen, la señora de Crespo.

“Esta vez es en serio” –pensó Carmen de Crespo observando que el policía había venido con un patrullero–.

“Otra vez la misma milonga” – pensó Sixto Gómez observando el tono de la mirada –.

Ninguno de los dos sabía de la charla informal del concejal amigable con el comisario progresista. Pero ambos, sin haber sido presentados, se reconocieron como de bandos diferentes y olieron dificultades.

Uno y otro suspiraron por lo bajo. Él, deseando que llegara pronto el fin del turno. Ella, anhelando que el patrullero se fuera lo más rápido posible.

Ambos creían que después su vida mejoraría... un poco.

-Entonces, no lo conoce – dijo con voz neutra el hombre –.

-Y... Si Ustedes vienen así, no.

-Estamos trabajando para los vecinos, señora.

-Mi marido trabaja todo el día para nosotros que somos tres y apenas llegamos a fin de mes. Y yo no paro de correr en todo el día.

-No lo decía en ese sentido. Es que tenemos orden de llevar a ese individuo... “Pájaro Azul”. Entienda que es un asunto serio.

-¿Y vienen sólo con el patrullero a llevarlo?

-Sí, ¿Por qué? ¿No me diga que es bravo?

-Bravo no, pero pesado, sí.

-¡De la pesada?! ¿No me diga?

“Voy a tener que pedir refuerzos – pensó Sixto Gómez –. Esta vez me equivoqué. Siempre huelo a los cosos estos. Pero como me dijeron que el Pájaro éste no tenía antecedentes. Lo más que se me ocurrió fue: vago, malentretenido y chorro de ocasión. ¿El jefe habrá recibido algún dato de la banda del enano y me mandan a mí al frente? ¡Podrían avisar, che! Uno viene en babia y...”.

“Esta vez se lo llevan – pensó Carmen de Crespo –. Es una lástima, pero era de esperar. En los últimos tiempos el Pájaro anda caído. Nosotros porque lo queremos, pero tiene una pinta... Quizá Albino se dio por vencido”.

-¿Albino no contestó el timbre? –Musitó la mujer-. A veces el portero eléctrico no anda, o habrá salido.

El policía achicó los ojos, paró la oreja y sacó la antena. Empezaban a caer los datos. Su mente le susurró bajito: “Atenti que si es de la pesada, hay que estar con todos los canales abiertos.”. Y como abrió su espíritu, por ahí le entraron en patota todas las dudas: “¿Quién es el Albino éste? ¿Es un nombre real o un alias? ¿Será el jefe? ¿Trabaja solo? ¿O será la pareja...? ¡No! Si lo fuera, tendría que llamarse Pájaro Rosa... Pero en estos tiempos todo cambia tanto. Hasta dicen que en la policía también. Bueno. ¡Basta! A ver si esta mujer se aviva de mi despiste”.

-¿Albino? ¿Quién es Albino, señora?

-¿Cómo quién es Albino? El dueño del coche. ¿Quién va a ser?

-¿Qué coche?

-El Pájaro Azul. El coche que está ahí. ¿No vienen a buscarlo?

“¡Que papelón! – pensó Sixto Gómez –. ¡Y con una mina! Ese oficial de guardia siempre dándose aires de saberlas todas... El imbécil me podría haber dicho que no se trataba de un tipo. “Andá y traelo, es una orden del comisario”, me dijo el estúpido. La mujer ésta debe pensar que soy un otario. Tengo que rearmarme”. Y pensando a toda máquina contestó rapidito:

- Señora: Lo que pasa es que nosotros no podemos dar datos por el secreto del sumario. ¿Y cómo es el apellido de Albino? ¿Es dueño con papeles?

-¿Usted me vio cara de informante?

-Es que la voy a tener que constituir en testigo, señora.

-A mí no me constituye en nada y menos en la puerta de mi casa y sin que mi marido esté presente.

-Está bien, señora, cálmese. - y mirando hacia el patrullero gritó—: Che, Delfor, llámalo a Arriola. ...Sí, el Principal. Decile que encontramos al Pájaro Azul, pero que no lo podemos llevar. Decile que es... ¡Un auto! Uno de los años sesenta. Que si quiere llevarlo mande una grúa más bien grande. Sí, afirmativo.... Dale la dirección de acá.

-¿Ustedes se van a llevar a Pájaro Azul?

-No, señora. Nosotros no. Por eso pedí una grúa.

-Nosotros no vamos a dejar que se lo lleven. Vaya sabiéndolo desde ahora.

-Señora, no puede estar así en la calle. Mírelo. Está todo estropeado. Usted sabe que las calles no son dormitorios de coches...

-Como sigamos así, no sólo los coches van a dormir en la calle. Y entonces seguro que no se van a preocupar tanto... ¿A quién molesta el Pájaro? ¿No tienen otra cosa que hacer Ustedes? Mas estropeados estamos nosotros, la gente que trabaja. ¿Cómo le pueden hacer esto a Albino?

-Señora, si el caballero Albino no puede mantener el auto...

-No le permito que llame a Albino "Caballero", que es el baño de hombres. Albino es un señor... Y por si no lo sabe, el Pájaro Azul es el amor de toda su vida. Ustedes no tienen derecho a meterse en la vida privada de los hombres y las mujeres.

-Mire, señora, si tenemos que intervenir es porque alguien hizo una denuncia. Nosotros no intervenimos de oficio y no nos entrometemos en la vida de nadie.

-No me hable en difícil que no soy tonta. Si hay una denuncia, es porque alguien está haciendo algo prohibido. ¿Y qué? ¿Está prohibido amar? No soy abogada, pero no hace falta serlo para saber que lo que está prohibido es el sexo en las calles y no el amor. El Pájaro Azul es amor.

-Mire, señora, yo de eso no sé ni me meto.

-Yo sí se y por eso me meto ¿O se cree que hablo por hablar? ¡Faltaba más! ¡Discutirme que no se sobre el amor!

-No, señora. ¡Cómo le voy a discutir sobre eso!

-Si no me discute es que tengo razón. Y entonces... ¿Por qué quiere detener al Pájaro Azul? Usted no tiene corazón. No le importa el dolor de una madre.

-¿Madre? ¿Qué tienen que ver las madres acá?

-¿Y la madre de Albino? ¡Qué les puede importar que la madre de Albino sufra! .Pobre vieja, suerte que murió hace unos seis años, que si no se moría de vuelta.

-Señora, por favor, trate de entenderme.

-Mire, señor: Todos los hombres vienen con ese cuento y al único que se lo acepté hace muchos años fue a mi marido. Y no crea que le resultó fácil.

-Se empieza a juntar gente, señora...

-¿Y yo tengo la culpa que en este barrio tengamos un servicio de vigilancia privada?

-¿Qué me está diciendo? ¿Vigilancia Privada?

-Sí. Cuando hay gente extraña en el barrio salimos de todas las casa a ver si pasa algo raro.

-¡Pero nosotros somos la policía!

-¿Y qué culpa tenemos nosotros?

-Eso está muy cerca de la insubordinación.

-Usted se lo quiere subordinar al Albino y al pobre Pájaro.

-Volvamos al principio, señora...

-Muy bien. Me alegro de que deje las cosas como están. Algún día Albino lo va a arreglar. El Pájaro está un poco arruinado, pero el barrio los banca a los dos.

-Señora, existen normas, leyes que hay que respetar.

-Acá respetamos las leyes. Somos gente de trabajo y hasta hacemos cosas que no son obligatorias. ¿O es que hay una ley que obliga a limpiar las veredas? Esto es como decirnos que tenemos las veredas sucias. ¡Y Usted no tiene ningún derecho a decirnos eso!

-No. De ninguna manera. Lo que sucede...

-Lo que sucede es que nadie nos va a decir la clase macetas que tenemos que tener en el patio, ni que hay que tener las veredas limpias.

-El Pájaro Azul está en la calle y la calle es de todos.

-Y si es de todos, votemos, entonces. Pero votemos acá. Nada de ir al centro por algo que nos pasa acá en la puerta. Y el que pierde se la aguanta.

-No es tan sencillo, señora...

- Lo que está en la puerta de nuestra casa, lo resolvemos nosotros. Ahora está el patrullero, por ejemplo, y si salgo a baldear yo resuelvo si lo salpico o no.

El cabo Sixto Gómez sintió frío y cuando miró para abajo vio que estaba en medio de un charco de agua. A pesar de que eran las cuatro de la tarde, todas las vecinas habían salido a lavar las veredas con mangueras de diversos tamaños, baldes de diferentes colores y ojotas de distinta antigüedad. Parecía que el barrio se estaba inundando. Toda el agua

apuntaba hacia el policía. Las salpicaduras le llegaban un poco más arriba de las rodillas.

Carmen de Crespo maldijo por lo bajo. Justo hoy se había puesto el zoquete color patito que le había regalado su suegra en Navidad. Con el agua se le estaban convirtiendo en patas de rana. Pero no importaba. El aguante era una condición del barrio y ella no iba a aflojar. Además el policía estaría constatando que no era chiste lo del Servicio de Vigilancia y Protección del barrio.

-Digamé, ¿no les puede decir que apunten para otro lado?

-No sé de qué me habla, oficial.

-¡Del agua, señora, del agua!

-Ah! ...Sí. Espere. ¡Doña Filomena, ya se puede ir parando el agua!

No, no creo que las escobas vayan a hacer falta. Parece que el señor oficial no se lo va a llevar.

El cabo Sixto Gómez ya estaba curtido de que cuando lo querían adular lo llamaran oficial. Pero era más fuerte que él... Aún en esta circunstancia, no pudo evitar que la panza se le fuera para adentro y se le trasladara al pecho.

“Espero que las chicas se queden tranquilas –pensó Carmen de Crespo–. Especialmente la Albornoz, que tiene una boquita... A ver si terminamos todas adentro por mojadura de autoridad y pico picante.

-¿Me puede explicar, señora, por qué no lo arreglan al Pájaro Azul? Le falta una rueda, los vidrios están rotos, la última lavada debe ser de la lluvia del mes pasado...

- Mire, señor, nosotros no nos dedicamos a romper vidrios ni a robar gomas. Esa acusación no la recibimos. Que quede bien claro, ¡eh!

-Yo no digo eso, ni mucho menos.

-Yo sí. Ustedes son los que tienen que cuidar que esto no suceda.

-Señora... Es que hay una norma que dice clarito que se tienen que sacar de la calle los coches viejos abandonados.

-¿Usted dejaría que se lleven a su mamá porque es vieja? ¿Usted sería capaz?

-Mi mamá no está abandonada, señora.

-¡El Pájaro tampoco! Usted, porque no sabe cómo Albino lo quiere al Pájaro Azul. Es el amor de su vida. Usted, como hombre, nunca va a entender lo que se puede llegar a amar. Ustedes son desamorados... O se hacen, porque bien que se moquean cuando les toca y se les afloja todo el cinturón.

-Claro que sí, señora, pero este es otro caso...

-Es lo mismo. El amor es lo más grande. ¿O Usted no quiere a sus hijos? Si se atreve a sacarle al Albino su amor, Usted se va a convertir en un ser despreciable.

-Señora, no hagamos drama. Se trata de arreglar un poco el auto.

-¿Usted le haría una cirugía estética a su mamá, porque es vieja?

-¡Pero cómo me dice, eso!

-¿Usted le tiraría la pañoleta porque no está de moda, o el batón, porque la malcriada de su hija dice que no es “fashion”?

-Pero claro que no. No soy un monstruo...

-Bueno, lo felicito. Ve que hablando se entiende la gente. Espere un momento... Chicas, tranquilas. Ya pueden guardar las mangueras. El señor oficial me confirma que no se va a llevar al Pájaro Azul. Es un buen hijo y trata de que su hija salga igual que la abuela. Se ve que está casado con una señora como nosotras.

-Sí, señora, pero...

-Nada de peros, que a la legua se le nota que es una buena persona.

-Es que... tengo que solucionar este problema.

-Déjelo en nuestras manos. Nosotras nos ocupamos. Quédese tranquilo y váyase en paz

-Pero... ¿Qué le digo al comisario? Póngase en mi lugar...

-Me cuesta, porque a mí no me gustan las armas... Las carga el diablo y se disparan solas... Pero si me pusiera en su lugar, le hablaría al comisario con lenguaje de madre y le aseguraría que todo va andar bien, como cuando él era chiquito.

-No creo que el comisario agarre viaje...

-Ese hombre debe tener una madre en algún lado. Y si le cuesta encontrarla, tráigalo para acá. Acá nos sobran madres. Dígale que estas son sus casas y que, si avisa con un poquito de tiempo, hasta le preparamos lo que le gusta. Eso sí, va a tener que venir con la señora. La invitación también es para Usted, oficial... y su señora.

-Gracias, pero ¿Y el coche?

-Apenas aparezca Albino le ponemos el cartel y santo remedio...

-¡Al final entiendo! Tiene razón. Lo mejor es que lo venda. Se consigue unos pesitos y sale de todo este lío.

-¿Qué venda qué? ¡El Pájaro Azul no está a la venta! ¡El amor no se vende ni se compra!

-¡Y de qué cartel me habla, entonces?

-El cartel es para que las obras de bien se conozcan. Recuerde que esta es una calle bastante transitada... Doña Filomena me está soplando uno fenomenal: "A este auto lo mantienen Albino, el barrio y el señor comisario".

La historia continuó unos días después con una conversación telefónica que, esta vez salió de la Comisaría 14 hacia el Concejo Deliberante. Lamentablemente, como justo comenzaba el mes de Ramadán, los satélites estaban ocupados

sacando fotos 4 x 4 de cada uno de los peregrinos que llegaban a la Meca y no pudieron grabarla. Se perdieron así toda la charla, especialmente lo que dijo el comisario:

“¿Hola? Sí. El comisario le habla, concejal Busatta. Muy bien ¿Y Usted? ...Gracias. Sí... Justamente lo llamo por eso. ¿Se enteró? ... Yo tampoco. Le voy a ser franco: dentro de un mes salen los pases y ya pedí el mío. No, no se aguanta este barrio. Quiero el cambio de destino para cualquier otra comisaría. Tengo veintiocho años en la policía y es la primera vez que me pasa.”

“... Busco un lugar donde las cosas sean claras, los chorros sean chorros, la gente piense como la gente y los subordinados de uno le obedezcan sin chistar, sin dar consejitos y sin traer mensajes de las comadres”.

“...Sí, concejal, comprendo a sus amigos. Me imagino que tienen las narices por debajo del elástico del calzoncillo, si me permite, pero yo no tengo la culpa de que vivan por acá. Sí, claro que lo entiendo... Yo también. ¡Qué le vamos a hacer!”

“... Ah! Usted me estaba por llamar por el cartel. ¿No me diga? Sí. ...Que le gustaría que figure su nombre también. ¡Me parece bárbaro, concejal! ...Mejor tenerlas contentas. Sí, son capaces de ponerse a lavar la vereda del Concejo Deliberante. Se imagina la cara del Lord Mayor, con lo estirado que es, si lo salpican con acaroína “.

“Me parece muy bien. Le sugiero que hagamos Patria, concejal: Si Usted se pone con la pintura, yo corro con la mano de obra. ... Ya me parecía que quedaban gauchos todavía! Yo me ocupo. Sí. Ya tengo al personaje y todo: El cabo Sixto Gómez, el que dirigió el operativo. En sus ratos libres se va a encargar de

darle una manito de pintura al coche ése. Un abrazo, concejal.

Saludos a la señora y como siempre... a sus órdenes”.

Beto por Beethoven

-¿Cuánto hace que no te confiesas?

-Padre, no me quiero confesar.

-Sí, hijo... ¿Y...?

-Lo mío no va a ser sencillo.

-Empieza por donde quieras.

-Usted va a tener que hacer un esfuerzo.

-Te escucho, mi hijo. Estoy enteramente a tu...

-En primer lugar, le ruego encarecidamente que no me interrumpa.

-Bue...

-Si lo hace, no nos vamos a entender.

-Adelante.

-Mire, padre, soy un tipo serio y no soy creyente, pero necesito que alguien me escuche. Me he cansado de ir a los más famosos psicoanalistas y se me ríen en la cara. No me creen y yo...

-Está bien, voy a tratar de ayudarlo. No ser creyen...

-Me parece que Usted me está interrumpiendo y así no va a andar la cosa...

-Disculpe, me olvidé.

-Soy el doctor Beto Golsdtein. Quizá Usted oyó hablar de mí.

-Sí, me parece que sí. ¿No es Usted el famoso psicólogo?

-Vengo por eso. Porque para mí todo es "me parece"...

-A veces las dudas vienen porque uno se encuentra un poco deprimido, doctor. O quizá un poco escéptico... Hoy día eso es bastante normal, ¿no?

-Le pedí que hiciera lo posible por no interrumpirme, padre, pero Usted insiste. Aunque me esfuerzo no puedo dejar de escuchar que Usted tiene dudas sobre su Fe... Que eso lo deprime. Tiene miedo que se le convierta en algo normal, ¿no?

- Yo no dije eso... ¿Cuándo lo dije? ¡Cómo voy a decir “eso”?

-Padre, le pedí que no hablara... Si Usted habla no puedo parar mi maldición. Yo no escucho sólo sus palabras.

-¿No será Usted Mefistófeles, el demonio tentador?

-Usted piensa que sus dudas son tentaciones del diablo... Mire, padre, que los demonios de esta vida, son de carne y hueso, y las tentaciones comúnmente son sobre el sexo opuesto.

- Eso me parece antiguo. ¿No creerá Usted que todos los curas andamos con las organistas? Esa es una calumnia tan vieja que ya nadie la conoce.

-Las columnas en que se basa la Fe que le transmitió su mamá se le están bamboleando. Y tiene razón que debe tratarse de algo más profundo que lo orgánico.

-¿Usted viene a confesarse o...a jorobar a un tipo que anda con problemas?

-Le pido, padre, que si puede se calle. Yo vine a hablar con alguien que tiene obligación de escuchar. Pero Usted no está cumpliendo con su deber. ¿No se puede aguantar un poco sus dudas y sus miedos? ¿Que su problema lo joroba? Lo entiendo, pero déjeme hablar un poco a mí, che. ¿Se cree que me es fácil venir a ver a un cura católico llamándome Salomón Samuel Goldstein y siendo médico psicoanalista?

-¿No dijo “Beto” Goldstein hace un rato?

-¿Qué?

- Creí que se llamaba Alberto o Roberto. ...Por su sobrenombre, “Beto”.

-¿Beto? Ah! Sí. Me dicen Beto por lo de Beethoven. Esa es la base de mi maldición.

-¿Alguna frustración de chico, doctor? ¿Quería ser músico y no lo dejaron? Vamos. Dígalo si le ayuda. Yo soy sólo un cura. Aquí el experto en los traumas es Usted. ¿Por qué en lugar de hablar de mí no habla de sus cosas, doctor?

-¿Se avivó, padre?

-¿Qué?

-Soy sordo, padre. Como Beethoven. Sordo como un piano de cola.

-Bueno, m'hijo... Es una cruz que manda el Señor. El Señor...de Ustedes y de nosotros. Es lo que siempre digo...

-Padre, pare de hablar ¡Por favor! No ve que no puedo dejar de contestarle. Usted me dice que duda sobre si lo que dice cura o crucifica a la gente, y si no sería mejor dejar las cosas en manos de Dios. Y yo me siento obligado a contestarle. Con respecto a esto que me dijo, piense que si Él les puso a los pibes las ganas de jugar al fútbol, es El quien tiene la obligación de pagar por los vidrios rotos... Las dudas que tiene no parecen importantes, pero lo angustian. Usted no tiene que darle tanta importancia. Así no puede andar. No es vida para nadie ¡Y menos para un cura, che!

-¿Cómo sabe eso? Esas dudas no se las he contado a nadie. Hasta me avergüenza pensarlas... Por eso de que "los ángeles del Señor nos rodean".

-Lindo nombre "Ángel"...

-Sí. Soy el padre Ángel Mauriño, a sus órdenes. Yo no entiendo como sabe mis cosas, pero si es la voluntad de Dios...

-Mire, padre. Por última vez le ruego que se calle. Si no me voy. ¡En todos lados lo mismo! ¡Nadie puede escuchar! Todos me cuentan sus problemas, me piden ayuda...y yo soy un profesional, no puedo negarme.

-Está bien, doctor, disculpe nuevamente.

-Sí, perdóneme que no le contesto sus preguntas... Le conté la primer parte de mi problema que es ser sordo. La segunda es que no soy sordo del todo. Algo escucho. Y aquí viene mi mal: En mi profesión de psicoanalista siempre aspiré a descifrar lo que la gente dice. No lo que pronuncian sus labios. Lo que su ser más profundo gritar. Y ahí está mi problemón: Oigo mal y contesto según lo que oigo... Escucho lo que la gente no me dice, pero quisiera decir desde adentro y contesto a eso, logrando resultados que llevarían años de trabajo de análisis. ¿Se da cuenta mi tragedia, padre?

-¿Pero eso no es una suerte? ¿No los curan mejor así?

-Claro que fue una suerte para Usted meterse a cura. Lo mío es distinto: Quiero ser un profesional serio. Ayudar a que la propia gente investigue sobre su deseo. No se puede andar interpretando lo que la gente “no” dice. Eso es salvajismo. Me siento haciendo macumba, aunque los pacientes terminen rápido sus tratamientos.

-Me parece, doctor, que Usted se tortura demasiado. Si hace el bien, quizá sea esa su misión, su vocación.

-Sí, quizá las dudas que lo torturan sean parecidas a las mías, pero yo no me persigo preguntándome por qué no mi hice misionero.

-A mí siempre me gustó ser misionero y a veces dudo de si decidí bien en quedarme en una parroquia.

-Sí, tiene razón. Lo suyo, padre, es bravo. Que dude de su misión de su trabajo, está bien, pero que prefiera estar en una parroquia en Misiones... Además no sé por qué le preocupan tanto las dudas. ¿Si no dudan ustedes, quiénes van a dudar? Uno no duda sobre lo que tiene a la vista o en el bolsillo ¿Usted vio dudar mucho a los que tienen en el bolsillo las cosas concretas, tipo la plata, el poder o la mujer del prójimo?

-Tiene razón, doctor.

-La razón no le va a ayudar mucho que digamos porque lo de ustedes va por otro lado. En cambio a mí sí me joroba. Lo que yo hago no tiene base racional, ni científica. Y eso me hace sentir mal.

-Dios debe estar orgulloso de que piense así y como es un Buen Pastor no lo va a abandonar.

-A usted lo que lo salva es que no se resigna a perder por abandono. Usted tendrá todas las dudas que quiera, pero es como un ovejero alemán que, por más perdido que parezca, pega la vuelta apenas oye el silbido del amo.

- Gracias. Realmente... Pero, volvamos a Usted.

-Usted va a salir... como siempre y...va a volver... como siempre. Esa es su cruz. O en nuestra religión, su estrella de David.

-Sus palabras me sirven de ayuda y de consuelo, doctor.

-Sí. Claro que Usted puede ayudarme. Para eso he venido. ...Necesito un milagro.

-¿Un milagro? ¿Usted?

-Yo no creo en milagros, pero Usted, sí. ¿Podría conseguirme uno para mí?

-Pero si Usted no cree en los milagros ¿cómo puede esperar que Dios le haga uno?

-Como no soy creyente y soy psicoanalista, voy a pensar que se trata de alguna transferencia identificatoria. Hay de muchos tipos. Bibliotecas enteras hablan de ello. Pero a Usted no le importa cómo yo lo llame. Para Usted será un milagro... y yo necesito que me consiga uno.

-Sólo Dios hace milagros. Y yo soy un pobre pecador lleno de dudas para que Dios me escuche. Lo único que puedo hacer es rezar para que el Señor haya querido hacer este milagro desde el comienzo de los tiempos. ...Te imaginas, doctor, lo que sería el mundo, el universo, la historia, si Dios cambiase una coma, una sombra, una ameba. Todo sería

distinto porque se cambió algo de lo que estaba establecido, una coma en la inmensa cuenta.

-Padre, no me vuelva con cómo Dios puede quererlo con sus dudas y pecados. Usted nunca va a poder dejar de pensar que la cuenta de su vida da negativo. Eso no lo va a cambiar aunque se pase la vida rezando. Usted será un pecador, pero... ¡considerarse una ameba! ¡Che! ¡No tiene derecho! ...Por favor, ¿Por qué no se concentra en mi milagrito?

-Sólo puedo rezar. ...Además no entiendo qué milagro necesita Usted. ¿Si está ayudando a la gente, qué le tiene que importar cómo lo hace?

-Tiene razón padre. Si Dios escribe derecho con renglones torcidos, qué le tiene que importar a Usted cómo El hace buena letra con todas sus dudas.

-¿Con mis dudas? A pesar de mis dudas será... A veces pienso que soy un montón de dudas.

-Y sí. Las dudas que tiene son lo más suyo que existe. Si me permite una opinión profesional, me atrevo a recomendarle que, cuando vengan, piense: "Que suerte que tengo: Esto no lo leí, ni me lo contaron, ni lo compré. Es totalmente mío. En este momento soy solamente yo". Con tanta digitalización alienante y globalización al cohete, sentirse un rato uno mismo es bueno. Ser alguien, aunque sea por las dudas que uno tiene, es una bendición en estos tiempos de alienación masiva...

-Es que no son sobre cosas chicas, son sobre principios muy importantes... sobre Dios. Sobre cosas muy, pero muy importantes, más que importantes.

-Yo coincidí con Usted. Claro que Dios es tan importante como lo era su papá cuando Usted era chico. Pero aplíquelo siempre, che. Acuérdesse de que cuando lo hinchaba mucho al viejo con preguntas y dudas ¿Este no le decía: Nene por qué no vas a jugar al patio? Es que un poco está bien, pero mucho rompe... hasta la paternidad. O sea, que cuando tenga

muchas dudas: Váyase al patio y juegue un rato. Agarre las figuritas. Si le salen todas cecas, siempre habrá cerca un bolita cola... o la mancha venenosa, o la escondida. Su Viejo-Dios se lo dice: no se rompa el bocho, abra la puerta y salga a jugar.

-No sabe, doctor, lo que le agradezco sus palabras. Lo suyo me sabe al bálsamo de la Sulamita de la que habla Salomón. No puede ser que Usted no sea creyente. Déjeme agradecerle a Usted y al Buen Dios.

-Sí, Salomón Samuel "Beto" Goldstein para servirle en lo quiera... Y volviendo a mi milagro, por qué no le pide a Dios que me cure de la sordera o me vuelva sordo en serio. No puedo andar así, curando al tuntún.

-Vamos a pedirle ayuda a Dios. Él no es sordo y no necesita hacer milagros para ayudar. A veces anda un poco lejos y no se escucha lo que dice, pero siempre nos hace alguna seña. Hay que saber descubrir sus señas, como en el truco... Las palabras son engañosas, pero las señas no.

-Usted sabe, padre, que nunca había pensado en lo que me está diciendo. ¡Genial! ...¡Tratar sordomudos! Enfrentarme con los que no pueden hablar con palabras. ¿Sabe que tiene razón? Si lo que me mata es que oigo distinto... Si tratara mudos me hablarían sólo por señas. Volvería a ser un profesional serio. Ya no oiría lo que la gente "no quiere" decir. ¡Y si se me escapa algo no me oirían! ¡Grande, padre!

-...Me parece que está funcionando su transferencia identificatoria, doctor.

-Padre... ¡Llegó el milagro!

- Gracias por su sesión, doctor.

- Gracias a Usted, padre. ...El milagro es suyo.

PATRIA HAY UNA SOLA

Queridos hijos Fernando e Isabel:

Os escribo desde Porto Alegre, a los diecisiete días del mes de Junio del año de Gracia de 1810. En primer término dejadme decir algo que nadie me entiende en este país de café, lengua cantarina y un sol del demonio: ¡Viva la Patria!

Deseo que estéis bien, al igual que vuestra madre. Espero que ella se haya calmado un poco. Si es así, leedle esta carta; si continúa maldiciéndome, dejadlo para más adelante. Ella todavía no entiende que algunos en la vida nacen para trabajar y otros somos convocados para ofrendarnos en el altar de las causas trascendentes. Éste es mi caso y espero que pronto sea el vuestro, cuando os liberéis del mantenimiento a cargo de los brazos maternos, como en un tiempo lo hicisteis de las tetas de la misma señora.

Me he convertido en un perseguido político sólo por ser leal a la Patria hasta donde se termina el cuero. Pero no me asusto ni me desanimo. No es la primera vez que me pasa...

Hace cuatro años, allá por 1806, sucedió algo parecido. Ahora que pasó el tiempo ya nadie discute que el Virrey Sobremonte tenía razón. ¿Pelearles a los ingleses con unos criollos armados de ollas y sartenes? ¿No era más lógico ir a buscar tropas al interior del Virreynato y vencerlos con un ejército como Dios manda? ¿Se ganó algo al expulsarlos? ...Dos años después volvieron y entonces tuvimos que ganarles con un ejército en serio. Si hubiéramos confiado en nuestro

buen Virrey, nos hubiéramos ahorrado dos años y unas cuantas libras de aceite del bueno.

Ya en aquella ocasión mi compromiso con la Patria me llevó a ser el único patriota que acompañó a la autoridad máxima del Virreinato, en su marcha hacia Córdoba buscando refuerzos. Mi vieja bandera blanca abría camino a su comitiva.

Como nuestra Patria no tiene bandera oficial, yo hace años que estoy proponiendo la de color blanco para identificarla. El blanco es un color inmaculado que no puede ser arrastrado. Si se arrastra se ensucia y al perder la blancura ya no es más nuestra bandera. Así la bandera de la Patria jamás podrá ser afrentada, a pesar de las ganas que nos tienen los franceses e ingleses.

Debo reconocer que ser abanderado del Virrey me trajo algunas complicaciones. Es que muchos creen que el color blanco tiene un solo significado y pensaron que el gran Sobremonte se había rendido a los ingleses o huía con el tesoro del Virreynato a cuestas.

Eso trajo mucha confusión por donde pasábamos y bastantes piedras, muchas de las cuales dieron en la sufrida osamenta del portaestandarte. Todo lo sufrí con resignación, salvo lo que me hicieron unos esbirros que, señalándome como causante de sus desgracias, en la madrugada del segundo día de viaje, aprovechando un momento en que reparaba mi cansancio, nos tomaron a los tres –caballo, bandera y abanderado– y nos dejaron atados en un monte retirado. Gentuza sin corazón patriótico.

Milagro fue que unos gauchos borrachos oyeran mis gritos y más suerte necesité para convencerlos de que no era un caballo parlanchín, sino que el que gritaba era yo, que estaba atado tres árboles más atrás.

Os aseguro, hijos míos, que esa desgracia fue un preanuncio de la que me deparaba este difícil año de 1810. Paso a contaros: A

principios de Mayo pasado, ancló en el puerto de Buenos Aires una maldita goleta inglesa, que venía de Gibraltar con noticias tremendistas. Yo me adelanté a las malas lenguas, negué los infundios y desafié a los británicos, especialmente a un tal Carning o Canning, que las propalaban en un fanfarrón castellano chapurreado.

La discusión no fue sencilla. Yo comencé remitiéndome a las fuentes y mentándole lo de su Rey apóstata y matamujeres. Él me contestó que eso había pasado hacía más de doscientos años y que a él lo tenía sin cuidado, pues no era rey, ni apóstata, ni casado.

Como no estaba de ánimo para soportar semejante forma altiva de ofender, me fui a las manos. En rigor de verdad a "sus manos", pues tuvo la suerte de que mi cara golpeará varias veces con sus puños. Se salvó porque nos separaron, cuando me estaba asfixiando con una doble Almirante Nelson. Entonces lo desafié en público y por su honor a que si era verdad lo que él decía que estaba publicado en un periódico que tenía en el barco, yo me comería el periódico inglés. Si era mentira, él se comería sin chistar la Biblia Vulgata de la Iglesia de la Merced, incluidas sus tapas de madera.

...Todavía hoy tengo días en que repito las cotizaciones de la lana en el mercado de Manchester City durante el mes de abril de 1810. Y de las otras noticias y comentarios del pasquín, mejor no hablar, especialmente las referidas a que, estando preso el Rey, la Junta de Sevilla, que gobernaba en su nombre, había caído después de haberse corrido a Cádiz, y cuando se le acabó el mapa, a la isla de León, dejando a España sin Rey, ni regentes a su nombre... No es para mostrar erudición que os digo que el papel británico es peor que el nuestro, especialmente en el gusto.

Vosotros sabéis que –como los de mi raza– no me entrego nunca y a mí no me iba a ganar un inglesito con olor a sal, así que

cuando superé las náuseas de las noticias inglesas impresas, le arremetí con que se trataba de una estrategia de nuestro Rey Fernando VII para resguardar la gloria y el poder de España.

Se ve que el inglés era un resentido, porque en una parrafada resumió los últimos años de nuestra historia, partiendo de nuestro querido Rey don Carlos IV, quien, después del motín de Aranjuez, se vio obligado a abdicar a favor de su hijo, el amado don Fernando VII, a quién, al poco tiempo, obligaron a devolver el favor y abdicar a favor de su padre. Y éste, para romper el toma y daca, fue forzado a ceder el trono a Napoleón, quien se aprovechó de lo poco que en España se entiende el francés, para instalar allí un rey Bonaparte, llamado don Pepe Botella I°.

Como veis la historia es parecida a la que conocemos, pero si es contada por un inglés, a mí se me atropella la sangre en las venas... y no anduve con vueltas. Con cara de tolerancia le zampé: “Coño tú, tu madre, tu abuela y tu putísima reina”. Lo que fue contestado, sin mucha inventiva, por el tal Canning o Carning, con nuevas pateaduras.

Sucedió que ese hecho –la pelea– fue muy comentado por los jóvenes desocupados de Buenos Aires, quienes en lugar de resaltar mi patriotismo, prefirieron propalar las noticias del diariucho inglés, provocando inquietud en toda la ciudad.

Pero el pueblo, que es sabio, no se asustó; por el contrario, se constituyó en cabildo abierto y renovó su lealtad al Rey.

Vosotros, hijos dilectos, debéis saber que vuestro padre estuvo presente en todos los actos de Mayo y en ubicación de honor. Nunca quedé a más de tres o cuatro metros de la puerta y siempre con el balcón principal a la vista, salvo el 25 de Mayo, que me empujaron tanto que quedé con la cara contra la puerta y no pude ver nada, a no ser la pintura verde, bastante descascarada, os lo aseguro. Éste es el motivo

por el que no puedo participar en la polémica, de si ese día había gente con esos implementos recién contrabandeados llamados “stop water”.

Mi participación fue positivamente evaluada por los protagonistas. Cuando entró el obispo Lué, al escuchar mi grito de “Viva el Papa”, el prelado me bendijo mirando al cielo. Saavedra recibió muy contento mi grito de “Viva la Caballería”, aunque siempre puntilloso, me comentó al pasar “Gracias, pero los Patricios somos de Infantería”.

Seguramente, lo más meritorio que logré fue que se volvieran a abrir las puertas del Cabildo después que las trancaran. Y lo hicieron sólo por mí, o por una parte mía, al menos. Al entrar el último invitado, cerraron de golpe las pesadas puertas. Unas puntillas que sobresalían de mi camisa quedaron atrapadas en el medio de ellas... Sólo se libraron de mis gritos cuando volvieron a abrirlas y pude zafar. Ruego que tengáis bien en claro que se trataba de mi camisa y no de mi bragueta, como pregonaron algunos jóvenes sin ocupación fija.

No he mencionado todavía a mi héroe de ese día y es hora de que lo haga. Cada vez que pasaba cerca, cada vez que lo mencionaban y todas las veces que me dio la gana, me la pasé vivando su nombre. Seguramente, como es un hombre reservado, cada vez que podía me hacía señas para que me apaciguara, lo que lograba que pusiera más fuego a mis vivas.

Es que yo me preguntaba ¿Estamos o no en plena guerra de Independencia? Y cuando me respondía con un rotundo “sí”, se me escapaba inmensos gritos de: “¡Viva la Patria! ¡Viva el Rey! ¡Fuera los franceses de España! ¡Santiago y abre España! ¡Viva el Virrey!! ¡Viva don Baltasar Hidalgo de Cisneros!

Cuando yo lanzaba mis alaridos la gente se adhería con los puños en alto. Muchos de ellos dieron en mi osamenta superior, lo que

me llevó a la conclusión de que había mucha pasión patriótica liberándose.

Justo estaba en esto de recibir puñetazos con resignada alegría, cuando se acercó mi conocido enemigo, el inglés Carning o Canning, quien a los gritos de:” Lo tuyo es masoquismo puro”, y a pesar de mi resistencia y de la de quienes me rodeaban, me raptó sin que le importara que yo llamara a la Santa Inquisición para que me defendiera del herético.

El inglés me arrastró y me dejó en manos de unos frailes franciscanos que se estaban retirando de la Plaza. Se les había pasado la hora del permiso y temían que el Prior los dejase sin postre, por eso me arriaron con ellos sin muchas preguntas.

Los hombres de Iglesia entraron al convento de San Francisco y me abandonaron frente a la celda de su Superior. En ese momento, seguramente por la mala sangre, me asaltaron unas fiebres del demonio, a pesar del lugar santo. El Prior, un hombre de Dios y de la botánica, me las curó en menos de una semana con unas infusiones raras que dejaron mi cuerpo convertido casi en espíritu.

El problema fue que el santo varón me preguntaba cómo era mi nombre y donde vivía, a lo que yo no le respondía por temor a que me llevaran a casa, donde vuestra madre ya debía haber descubierto que su ropa blanca estaba embanderando todo Buenos Aires. Ante mi silencio el fraile aumentaba la dosis del purgante de a una cucharada por negación. El alma se me mantuvo incólume, pero el cuerpo sólo aguantó hasta que me vi obligado a confesar para no licuarme del todo.

A pesar de mi oposición, en la mañana del quinto día, unos novicios me llevaron a casa. Vuestra madre les solicitó que me subieran hasta el primer piso donde vivimos. Ellos así lo hicieron. Yo, que esperaba un mal recibimiento, me relajé y pedí un poco de vino para

brindar con los novicios por mi vuelta. Lo que siguió fue muy rápido. Me contaron que los frailecitos bajaron los escalones de a seis, pero cuando llegaron yo ya estaba estrellado contra el suelo. Recuerdo, sí, a vuestra madre gritando desde el balcón que me donaba al Santo Patrono de Asís, a ver si él podía hacer algo útil conmigo.

Vuestra madre no ha podido valorar en su justa medida mi patriotismo, ni digerir que sus manteles bordados y sus sábanas de hilo se transfiguraran gloriosamente en banderas de la Patria.

Si la Patria estaba en peligro. Si había que repartir cintas y escarapelas para identificar a los patriotas. Si era necesario que la bandera de la Patria flamease por todos lados. Y si yo sostenía que la bandera debía ser blanca... ¿Qué tenía de malo haber repartido cintas con el color inmaculado de la Patria y embanderado con ellas todas las esquinas del centro? Si para ello tuve que usar las sábanas, manteles y camisas que había en la casa, eso no es más que un problema de medios y no de fines.

Yo respeto a vuestra madre, pero la Patria es más grande que cualquier monedero, y si no he colaborado mucho para llenarlo, no es por desidia, sino porque existen valores más elevados que el sudor con fin de lucro.

Volviendo a mi caída desde el balcón, no puedo ocultaros que mis quejidos de dolor atrajeron mucha gente que recordaba mi entusiasmo patriótico, pues sus gritos eran: “¡Que te salve España, maturrango!” y “¡Que te ayude a Cisneros, godo!”. Como el tono no era del todo amigable, me decidí a averiguar la causa de esto, pero no pude.

Cuando vienen los males caen todos juntos. Estaba casi muerto y rodeado de gente que me gritaba amenazadoramente y lo que me faltaba, pasó. ¿Me vais a creer si os digo que justo pasaba por allí el inglés Carning o Canning? Nuevamente logró raptarme, aduciendo que él

tenía prioridad para molerme los huesos. Como la turba multa no entendía sus ingleses gritos pero veía sus músculos, lo dejó hacer y nadie acudió a mis pedidos de que me salvaran. Esto me sirvió para confirmar que los isleños herejes estaban tramando algo, pues a nadie le importó oír que el que me raptaba era británico, al igual que sus hermanas y tías, quienes además desempeñaban la profesión decana.

El inglés me llevó al puerto, me subió a su goleta y me hizo curar por un médico que, por suerte, no usó lavativas conmigo, pero sí una espesa pomada amarilla. Al día siguiente, en el barco todos me conocían, o me olían, al menos.

Ya me estaba acostumbrando a la vida de prisionero naval, cuando una mañana llegó en un bote, acompañado de soldadesca y muchos baúles, mi héroe, don Baltasar Hidalgo de Cisneros. Mis gritos de “¡Viva el Virrey!” se escucharon desde la costa, donde se empezó a juntar gente que respondía con gritos de “¡Viva la Patria!”, al que agregaban, según es uso entre la gente de baja ralea, gestos de origen soez. No pude mostrarles que yo también se unos cuantos, porque aparecieron los que acompañaban al Virrey y me llevaron a la bodega, donde me tiraron después de maldecirme en castellano, a pesar de la bandera inglesa de la goleta.

Al rato el barco se dio a la vela y me dejaron volver a cubierta. Allí me enteré de que el Virrey había sido derrocado y de que se había formado un gobierno extranjero en Buenos Aires.

Inmediatamente me apersoné al Virrey y me ofrecí para ser su abanderado en la reconquista de la ciudad. El señor Cisneros me escuchó displicentemente y cuando insistí en mis juramentos de lealtad, le hizo señas a uno de los que me había echado a la bodega. Al rato estaba allí de vuelta y atado a un barril. Como no soporto dudas sobre

mis lealtades me pasé varios días con sus noches gritando mi fidelidad a la causa de la Patria.

Sólo me callé cuando volvieron los esbirros del Virrey y me dieron a elegir entre el silencio o el agua eterna. Entonces opté libremente por mantener mi lealtad con la Patria y no con sus hombres, por más Virreyes que fueran.

El inglés Carning o Canning mi raptor, que todos esos días me había estado pasando algo de comida, no me desató, pero me consolaba con una bebida que sacaba del mismo barril al que yo estaba amarrado y que él llamaba “oro escocés”, y que parecía manzanilla con fuego. Juro que siempre brindé por Fernando VII y por la Patria, a pesar de que el inglés se mofaba y me decía que la terminara, pues todos tienen la suya, a lo que yo contestaba en cada oportunidad, que “Patria hay una sola: España”.

Y así pasaron los días hasta que llegamos a Porto Alegre, donde el inglés Carning o Canning, seguramente arrepentido de haberme raptado, o quizá convencido de que con los patriotas no se puede, me instaló en una pensión. Fue él quien me aconsejó que os escribiera y me dejó un dinero para gastos. Como veis hasta los ingleses pueden ser buena gente. Espero que Dios le perdone ser herético e inglés.

Por eso, hijos míos, os escribo pidiéndoos que vengáis a mí, con vuestra madre - si ella lo desea - para reconquistar Buenos Aires para el Rey. El Virrey Cisneros ha partido hacia España en busca de refuerzos, como si en América no hubiera patriotas para poner las cosas en su lugar. A veces pienso que sólo huye. ...Aunque para seros franco, hijos míos, no creo que el Virrey llegue muy lejos. Y os lo digo con algún conocimiento de causa.

Hasta que ese señor vuelva con un ejército europeo, he asumido la responsabilidad de conducir los ejércitos de por acá y quisiera que me

acompañéis. Venid pronto. ...¡Ah! Se me olvidaba. Traed con vosotros maderas y palos para hacer las astas de las banderas... De la tela no os preocupéis, que mi amigo el inglés me ha dejado en la pensión –como prenda de amistad– todas las velas de la goleta en la que el Virrey se hizo a la mar.

Que Dios y la Patria nunca os puedan demandar.

Firma vuestro amado padre, quien desde ya renuncia a cualquier título con que el Rey quiera honrarlo.

EL ARTE DE LA BUENA GUERRA

Introducción

A fines de los años sesenta, un barbudo sociólogo que acostumbraba a visitarme los quintos días hábiles de cada mes (el día que cobraba el sueldo), una sexta mañana se dejó olvidado un librito llamado “Los 13 artículos sobre el arte de la guerra”.

Como tenía tiempo libre, leí como dos páginas. Se trataba de un tal Sun Tse, un chino que se la creía y daba consejos sobre la Guerra. El Sun Tse ése parece que era del tiempo de la naftalina, pues el libro fue escrito como quinientos años antes de la primer Navidad. El chinazo lo escribió para enseñar cómo hacer mejor la guerra.

Y yo me pregunté: ¿Se puede ser tan malo en la vida como para enseñar a hacer mejor la guerra? ¿Qué quieren? ¿Más huérfanos y viudas, sin contar los lastimados...? Como nadie me contestó, me decidí a contestar yo misma, y así comencé a escribir, pero sobre la guerra que yo me sé.

Si un chino pudo ¿por qué no una criolla?

Artículo primero: Hay una Guerra que es Buena

Yo doy testimonio de eso. Todos hablan de la guerra mala, pero existe también la Buena Guerra, la Guerra del Amor, de la Vida. Escribo sobre nosotras, las soldados de la Paz.

Son pensamientos que he ido escribiendo para mis colegas jóvenes, con todo el respeto que se merecen y que no quieren ser

consejos, aunque no vendría mal que más de una tomara nota de ciertas cosas que digo y de otras que me guardo.

Si alguna que no es del gremio lee esto, que ponga su alma en blanco y no se haga la santita, que conozco a unas cuantas que se hacen cruces y agarran las piedras más grandes, pero que si yo contara... En fin, mejor me callo. ...Ah! Y si esto les parece de tono subido, leanlo después de las diez de la noche.

Artículo segundo: Protección invocativa

Pongo estas paginitas bajo el manto de Santa Magdalena, patrona de las facturas y de nosotras.

El padre Luisito, quien en mis malos inviernos me dejaba un tazón de café con leche en la repisa del confesonario, una vez me dijo patente: “El santuario de Santa Magdalena es la calle. Las iglesias y capillas, con sus piedras y ladrillos, no le gustan... Le traen recuerdos de cuando estuvieron a punto de cascotearla”.

Hermanas mías, sigamos el ejemplo de la Santa: cuando las piedras vuelen o estén cerca los patrulleros... recemos por el milagro. Si no se produce: prometamos mucho, cumplamos poco y tengamos fe en la Magdalena, que se pone loca cuando se quieren aprovechar de nosotras y no respetan nuestros derechos de honradas trabajadoras. Y ojo, no se olviden que cuando de piedras se trata, una no tiene porqué quedarse esperando que le abran la permanente: agarren lo que tengan a mano y a revolver con todo.

Por suerte la Magdalena es una santa poderosa. Se dice que la Virgen la llama en chiste “Mi nuera” y que cuando Jesús pasa cerca de ellas, la Virgen la codea y las dos se ríen como chiquilinas y lo hacen poner todo colorado al Señor.

Y ya se me escapa la primera opinión. Porque consejo dan los concejales y así nos va. Y no es mío, es de la Patrona Santa Magdalena, que siempre ha dicho que el hecho de que ella tenga miedo a los ladrillos, no quiere decir que nosotras tengamos que ser igual. Al contrario: Lo primero que una tiene que aprender es a ahorrar para tener un techito, aunque más no sea en el patio del fondo, pero bien de una.

Artículo tercero. La Dignidad

No te la creas, pero tampoco que nadie se crea más que vos. Estate orgullosa: Pertenecés a la única institución que fue capaz de superar el diluvio y todas las inundaciones de moral que vinieron después.

Lo tuyo es tan válido como lo de cualquiera. Y a más de una que te critica, vas y le decís que si ellas se aguantaran un poco el dolor de cabeza, sus panzones no tendrían tantas horas extras o reuniones tarde.

Y cuando la depre amague entrar a tu cuarto, pensá en los inventos que deberían llevar también nuestro nombre, pues nacieron en nuestras piezas. La ciencia, el arte y el comercio nos deben que le hayamos liberado las mentes a unos cuantos, que andaban con ideas fijas y a quienes las rectas se les hacían curvas.

Y si seguís medio tristona, acordate que estamos en la vida para que no muera la fantasía. Nosotras estamos para que todo no sea el trío de preocupaciones, protesta y bronca o el cuatreno de trabajo, ambición, zaping, y algo de punto com.

La mayoría cree que lo nuestro es jugar con el cuerpo que Dios da a todas las mujeres. ¡Por favor! Eso sería puro sexo. Yo pienso que nuestra profesión es casi un sacerdocio, pero el padre Luisito me dijo que no insistiera mucho con eso, que no le gustaba a Santa Magdalena. ...Y

yo con la Iglesia no me meto, que tiene a casi todos los santos y a la mayoría de los curas de su lado.

Lo que sí me llena de bronca son los machotes que se creen más y que se las saben todas. Como si una no supiera que son nenes malos, que andan perdidos, extrañando a la vieja y sus caricias.

Me costó convencer al padre Luisito de que nosotras somos diosas. Al final me lo aceptó, pero me pidió que lo dijera con minúscula. Somos diosas, pero a fuerza de sacrificios. ¿O alguien se piensa que lo nuestro es sólo pintarse siete veces al día? Me gustaría que escucharan hablar a nuestras espaldas acerca de los chitruños, mishiados, engrupidos, desorientados y demás yerbas, que debemos sostener y a veces alentar.

Por eso, nunca pierdas tu dignidad. Ella es la que nos dice que hay que tratar con cierta distancia a los clientes, la necesaria para que funcione la buena magia. Y no olvides la regla de oro: A los que tienen todo, tratalos como si fueran pobres y a los que no tienen nada, como si fueran príncipes. Así nadie va a quedar insatisfecho, pues todos desean lo que les falta. ...Y a los que vienen con el cuento del afecto y la intención gratarola, mandalos al Ejército de Salvación.

Al ver la dignidad con que vives todos dirán: “Es una señora”. Y esto no implicará desprecio por los clásicos términos laborales como “cosita, mamita, pantera, enfermerita o becaria”.

Si te esfuerzas en dar algo de alegría, en medio de tanta pálida, pasarás por la vida haciendo el bien, cumpliendo tu misión y dándole a cada uno según sus necesidades, que –me dijo el padre Luisito– es una de las bienaventuranzas más olvidadas en la televisión.

Artículo cuarto: El cafishio

Si podés zafar de este señor, zafate. Aunque a veces no todo es posible y una necesita alguna protección que la familia no está en condiciones de dar. En ese momento es cuando aparece el cafishio. Y ahí es cuando tenés que apechugar, sin bajar las banderas y esperando la ocasión... para rajar.

Pero, ojo. Con el cafishio tenés que tener cuidado. No vas a ser la primera gila que se enamora. Tené bien clarito que se trata de una decisión de negocios. Si se te escapa el amor, después vas a tener que levantar los pedacitos del suelo.

Cuidate, nena, que en general estos tipos son duros y especialistas en pollas blandas. Y vos decís que sos dura porque no ves más allá de tu pico. Dios les puso lindo cuerpo a las mujeres, pero la piel con que nos revistió es de gallina sensible.

Aguantate un poco y escuchá a esta vieja bataraza: Poné mucha atención en la elección. Te voy a dar un consejo: Elegí al cafishio como se elige al almacenero. El del barrio es el mejor, pero si la mercadería es dudosa, el precio alto, el trato altanero y el fiado medio escaso, te vas al de la otra cuadra.

Y cuando hablés con el hombre, tené en claro dos cosas: primero hacé un contrato más bien cortón. Decí que tenés enferma a la vieja en el interior y agregale algo bravo, tipo que tu viejo está por salir de la jaula de fierro, cosa que cuando te tomes el piróscafo, el tipo no te largue los perros. Y segundo, aclarale los tantos de la participación. Lo mejor es la comisión directa. La tercera recomendación no la nombro, pero te la escribo: Hacete amiga de la mujer del tipo. Siempre va a ser una garantía tener una del mismo palo, cuando el piola se quiera pasar de eso.

Artículo quinto: La madama

La madama es otra cosa. Es como una madre. Y no es que yo sea una, para que la cuente así. Para entender a una mujer no hay nadie mejor que otra.

Nosotras antes de llegar a ser directoras técnicas transpiramos la camiseta del club. Además lo que pedimos es sólo una pequeña contribución para los gastos, que son muchos, especialmente cuando vienen las enfermedades, que yo las banco todas, desde la gripe en adelante, sin ser ninguna obra social, pero teniendo corazón de madre.

No está demás decirte, que nadie mejor que nosotras para administrar el diezmo policial. Es que sabemos manejar a los comisarios con amorosa mano de seda. ¡Cómo no va a ser así si los conocemos de subinspectores... y más de uno de ellos se hizo hombre sobre nuestra alma!

Artículo sexto: Amor y trabajo.

Pibita de mi alma, separá bien los tantos. No te confundas: En la casa el amor y en el laburo el trabajo, sin mezclar. Conozco algunas que se enamoran de cada punto que les dice algo dulce. Pero también me sé de alguna que se olvida dónde está y que le grita al marido, cuando éste va al baño, que no se vaya sin pagar.

Por eso escuchá bien lo que te digo: Tomate en serio el amor y nunca lo compres ni lo vendas. El corazón es tuyo. Escuchalo con cuidado que habla despacito. Y de la boca para afuera hacete la liberada, como hacen las modelos y nadie les dice que ellas son las que joden a todas, con esos cuerpos de huesos para sopa de hospital y esas caritas de intenso goce, a pesar de que estén podridas y todas sudadas por tanto cambio de disfraz.

...Y cuidate de los viejos que te ofrecen el cielo. Que no se te cruce la fantasía de la viudita millonaria. Siempre hay legítimas, hijos, sobrinos, entenados y abogados del diablo, demasiado cerca.

Artículo séptimo: Las situaciones raras

¿Quién no se ha cruzado con un golpeador, un pervertido bravo, o uno de esos enamoradizos pegajosos, que la persiguen a una hasta cuando va al ginecólogo?

Yo no me voy a meter a léida, pero te cuento mis opiniones, que no quiero llamar consejos, porque me siento amiga tuya. Primero: Te me llevás siempre con vos el número de teléfono de alguna amiga que le gusten esos tipos y sus jueguitos. Si llega a andar es lo mejor. Todos contentos, cada lechón en su teta, y vos preservás las tuyas.

Segundo: Si llega a fallar ese intento, como el tiempo que tenés para zafar es escaso, rápidamente desorientá al coso. Hacé como que lo conocés del colegio. O mejor que sos amiga de la madre o de la hermana. Esto los puede desorientar un poco... Vos aprovechá para rajarte sin mirar atrás, sin juntar la cadenita ni acordarte de tus honorarios. Es preferible perder una vela y no que te hundan la nave insignia.

Tercero: Si a pesar de esto, el pelotauro insiste en sus vías de pasar a la acción, sacá de tu cartera la chancleta. Sí, mi querida, ésa tiene que ser tu arma defensiva. ¡Qué gas paralizante ni flit de tercera generación! La chancleta es un arma de doble filo: pega fuerte y hace recordar. Si no lo para el dolor, lo va a detener el recuerdo de la vieja, que a estos tipos los debe haber matado con lo que tenía más a mano.

Artículo octavo: La solidaridad y la competencia

Muchas me han consultado sobre esto y yo siempre soy clara. Entre las chicas es necesario que tengamos solidaridad. Ojo: tanto activa como pasiva. O sea, que si yo ayudo, Ustedes me ayudan, por lo menos cuando ande en la mala. Si no, no vale. Que de piolas está el mundo lleno.

Me canso de repetir que la competencia tiene que ser con el enemigo y no entre nosotras. Por eso hay que terminarla con las discusiones: Las paradas se rigen exclusivamente por la antigüedad.

Nuestros enemigos son los muchachos traviesos que se cambiaron de bando y como si fuéramos pocas, parió la abuela y se vienen a la vereda de una, con quince centímetros de diferencia en altura, que no hay taco que los empareje.

Estos atorrantes se aprovechan de la mala iluminación de nuestras calles. Pero yo no como vidrio y sé que muchos de los que se van con ellos y dicen que se desayunaron después, son tipos a los que les gusta ese tipo de galletitas con el café con leche.

A estos competidores desleales y disfrazados, ni la hora. Y que me perdone Santa Magdalena si soy discriminatoria, pero que ellos se busquen un santo del mismo palo para que los defienda, que no les va a ser difícil, si son tantos como gritan en la tele.

Artículo noveno: Los 40

Este es un tema bravo, pero hay que cantarlo, si una no es egoísta ¿...Para qué se va a guardar lo que ya no entra y le puede servir a las otras?

Mirá, mi querida, te hablo como hermana: Al llegar a los cuarenta no usés los anteojos para mirarte en el espejo. El padre Luisito me dijo

que Dios hace que con los años una se vuelva chicata para no asustarse de cómo cambian las cosas... Y yo te agrego: especialmente una.

No seas pesimista, pero acordate que los cuentos de hadas son para que los chicos se apolillen rápido y la dejen a una ver en paz un poco de tele. En la vida real, la cosa es distinta: el príncipe azul de a poco se convierte en sapo y, te guste o no, a vos te va a crecer la cadera, por más gimnasia que transpirés. Y no te cuento lo que es volverse veterana en esta profesión.

Pero no te quiero hablar de la triste, al contrario. Mi opinión, que no llega a consejo, es que en este tiempo aceleres algunos trámites importantes. En primer lugar me refiero al casamiento. Es hora que le digas al fulano que: o te da libreta o se va de la pieza. Tené en claro que, en ese momento más que nunca, es verdad lo de que el hombre fijo es un peligro, cuando no es “con” o “para” libreta.

Yo sé que esto no es fácil, pero tampoco te vas a quedar esperando que el vago se decida. Cuanto mejor vida le des, más tranquilo se va a quedar. Emplazalo y cortale los víveres. Me refiero también a los de la cocina, que junto con los otros, son los que ayudan a decidir a los corazones no demasiado tiernos.

Si esto no funciona, es tiempo de pensar otras alternativas. Una clásica es estudiar de madama. Te lo recomiendo. Es una especie de posgrado. Vos tenés la práctica. Te falta un poco de teoría y mirar la cosa desde el otro costado del mostrador.

Si decidís quedar en el servicio activo, es el momento de desarrollar tu capacidad audio-parlativa. Los hombres necesitan que se los escuche y que, lo más seguido que se pueda, se les diga: “tenés razón” o “vos siempre lo dijiste”. “No te vas a comparar con tu jefe”. Lo de que a los tipos sólo les gustan las chiquilinas es un cuento de las revistas

de pura foto. Lo que sí es verdad es que el afecto escasea en estos tiempos y que la oreja es una de las zonas más necesitada de cariño.

Y si alguien te viene con el cuento de que no te hagas problemas, que con los años va a aumentar tu experiencia y en consecuencia tu platita, no te olvides, querida, que lo único que en el ser humano aumenta con los años es la barriga. Así que ponete al día con los aportes jubilatorios, porque hay que prepararse para la “alegría” de la jubilación.

Artículo décimo: Nuestras socias

Muchas ven como enemigas a las señoras de nuestros clientes. Para mí no es así. Hasta me atrevo a decir que nos complementamos. Claro que ellas no pueden socialmente reconocerlo, pero yo sé que en el fondo, ellas nos están agradecidas. Te cuento que una, esposa de un conocido gestor, se me acercó en la peluquería y me pasó un papelito preguntándome si no podía comentar en voz alta, si la aspirina con cerveza, tomada con cucharita, potenciaba el efecto.

Más de un matrimonio ha subsistido por las costillas de una, y más de una cuarentena de embarazo llegó a feliz término, porque una se bancó lo de la soledad del muchacho, sin exigir más que el precio de plaza, sin extra por terapia y aguante para escuchar las virtudes de la otra, pobrecita.

Yo recomiendo, en caso de encuentro fortuito con estas señoras, tener una relación como la que tienen las monjas con las demás mujeres: respeto y sonrisas, reconociendo que, al vivir en mundos diferentes, lo mejor es no bajar a detalles.

Si te da envidia que las señoras de los clientes reciban regalos, recordale al fulano que vos también cumplís años y que los teloneros del grupo soporte también necesitan aplausos.

Lo que sí, nena, cuidate de los atorrantes que vienen con el verso del casamiento apenas les salga el divorcio. Esos desalmados juegan con el almita simple que Dios te dio... Te juegan a la bigamia.

Artículo undécimo: Las zonas rojas

En estos tiempos, con el cuento de que cada cosa tiene que estar en su lugar, algunos puritanos nos quieren envasar en las zonas rojas. Yo no tengo nada contra ese color, que es el de las rosas que a mí me gustan, pero ellos proponen radicarnos en los alrededores de la isla Martín García. Otros, para hacerles la contra, proponen el interior del Palacio de Justicia. ...Así la cosa no va.

Personalmente no estoy de acuerdo con que me tengan que decir donde exponer mi arte, pero, tratando de ser abierta de espíritu, como insiste el padre Luisito, y pensando en los chicos de jardín –que también ahí van los nuestros–, tengo una propuesta que te acerco primero a vos, hermana. Si te gusta hacela circular, que cuantas más de nosotras la conozcamos, más clientes nos van a poder prestar su apoyo moral.

Se trata de hacer una “Zona Carmesí Móvil”. Sí, como lo oíste: Móvil. Todas las semanas cambiamos de pago, como las ferias. No ensuciamos siempre la misma vereda y el intercambio de Alegría recorrerá todos los rincones... Los barrios van a conocer nuestra movida. Y nosotras la de ellos.

Hasta tengo pensado abrir la convocatoria: En vez de ir nosotras solas, vamos a convocar para que nos acompañen delegaciones de conductores de programas de chimentos, de premios si pagás la llamadita, del fútbol de todos los días y algunos otros de los seriores. Apenas salgan algunos flashes se van a venir al humo las modelos, los políticos y los empresarios. Entonces habrá fiesta y hasta quizá

kermesse, a beneficio siempre de los hogares policiales y bomberos voluntarios de la zona.

Si alguno dice que esto parece un show, contestale que sí. Que se parece al show de la vida.

Artículo duodécimo: Las iniciaciones

Sé que me voy a meter en un tema escabroso, pero yo me debo antes que a nadie a las mujeres todas y en especial a las madres. Este es un llamado de atención a ellas, a las mamás.

Se trata de las iniciaciones. Hasta hace poco era bien sabido y respetado que toda iniciación como la gente la hacíamos nosotras. Los resultados están a la vista: son los padres, hermanos e hijos que tenemos. No serán una pinturita, pero tienen un no sé qué querendón y simpático.

Parece que ahora quieren cambiarlo. Un muchacho que viene a ver a la Tiny me comentó que la cosa va a ser “virtual”. ...Con unas máquinas nuevas, tipo computadora grande ¡¡Me cache en dié, con perdón de todas las caras!! ¡Pero no puede ser!

Ya bastante teníamos con que esta tarea sagrada venía quedando –en los últimos tiempos– en manos de las compañeritas del colegio. Un ciego no puede guiar a otro ciego, pero por lo menos se trataba de una mujer... chiquita, sí, pero mujer al fin.

Que ahora lo hagan las máquinas y encima que haya que ponerse una máscara y guantes, según contó el muchacho de la Tiny: ¡Nó! ¡Y mil veces no!

Ni una, ni mis hermanas estamos de acuerdo y somos capaces de romper las máquinas, por más caras que sean. Le guste o no, al muchacho ése... o a la Tiny misma.

Artículo décimo tercero: Conclusión

Y vuelvo al principio, queridita mía: Cuidate mucho y que el Amor no te deje sola nunca. Espero que estas palabras te ayuden en alguna tarde brava. Escuchalas como si vinieran de tu madre. Estoy segura que te van ayudar más que las que escribió el chino ése, Sun Tsé, hace muchos siglos sobre la guerra mala. Chau.

Ah! Me olvidaba... Cuando tu hijo te haga la vieja pregunta “¿De quién soy hijo?”, y no te acordés bien del nombre del papá, respóndele con orgullo: “¡De todas nosotras!”. ...Que lo importante en la vida no es de quien se es hijo, si no quien se llega a ser.

El Examen de Azúcar

Damián venía relojeando el entorno sin apuro. Cuando se detuvo frente al semáforo fue alcanzado por unas llamaradas de rojos y amarillos que se bamboleaban. Sus ojos, corazón y alma entraron en fase de “Mujer a menos de diez pasos y aproximándose”.

¿Sería la que estaba buscando desde siempre? La indiferencia de las mujeres le estaba curtiendo el alma, pero no lo suficiente como para no esperar, minuto a minuto, a esa Mujer, a la que amaría toda la vida. ¿Sería ésta?

Aparentando tranquilidad comenzó el estudio previo. Era esencial que ella no se diera cuenta de que estaba siendo objeto de una investigación estético-afectiva.

La calificación resultó muy buena tanto de arriba como de abajo. Faltaban los ojos. Allí Damián esperaba encontrar el cartel que dijera: “Te amaré para siempre”. Hasta ahora las mujeres se habían emperrado en mostrarle el que decía “¿Qué mirás, estúpido?”. Por ello se preparó para recibir mansamente la condena por su simple pedido de comprensión, afecto y sexo desbocado en la pieza del fondo.

Azúcar estaba re nerviosa. Por el rabillo del ojo confirmó que en la vereda de enfrente estaban Cholo Grande y Papusha, dispuestos a tomar nota de cada detalle. ¡Que lo tiró! ¡Lo nerviosa que la ponían el examen y los profesores!

Al tipo lo detectó media cuadra antes de llegar a la esquina. Tenía todo el aspecto del “pipiolo”, del que le habían hablado en el curso:

“Clásico gil, compra-buzones y romántico al cohete”. Ahí nomás lo marcó, rogando al cielo no equivocarse en la elección de la presa.

Como Azúcar era la hija del Jefe de la Tribu, los examinadores debían ser dos, que ya estaban en la vereda de enfrente tratando de pasar disimulados. Eran su hermano mayor Cholo Grande y su tía Papusha.

-Tía –dijo Cholo Grande– ¿Usted pesca los nervios?

- Todas nos asustamos mucho con el examen... Es lógico –le respondió la tía Papusha–.

-No, tía. Si pesca los míos... Es la primera vez que formo parte de una Mesa Examinadora...

-Es un honor que te han dado –explicó la vieja gitana –. El origen de este examen se remonta a la prueba final de los ritos de iniciación que antaño tenían nuestras muchachas antes de ser reconocidas como gitanas plenas. Desde muy antiguo existió un ceremonial para estas iniciaciones. Sin ir más lejos, los gitanos de la civilización birmana tenían un rito llamado “Xuarpjandspxi”, que en el idioma xiurgu significa...

Cholo Grande se arrepintió de haber hablado y no tuvo valor para frenar el espiche que había desatado en su vieja tía léida.

Damián constató que la chica era hermosa, que su larga melena se peleaba con el viento, que el escote oceánico lo invitaba a bucear entre collares multicolores y que su piel brillaba como cobre de cable recién cortado. Pero eso era sólo la superficie. Su padrino le había enseñado un método infalible para detectar el verdadero amor. Cerró los ojos y se hizo la pregunta: “Si yo tuviera una plaza propia... ¿Pondría a Esta Mujer como monumento central?”. Se concentró, y se le apareció en su mente una plaza con un monumento en el medio. Ya de lejos presintió algo familiar... Ilusionado enfocó el zoom mental y vio que era la Pirámide de Mayo, con la cara de Liliana, su mamá, en el vértice.

¿Qué hace éste con los ojos cerrados y sacando trompita? –Se preguntó Azúcar—. ¿Por qué no me mira? Apretó los dientes y le mandó un colacionado telepático: “Mente superior domina mente inferior: Mirame, tarado “.

Damián sintió la mirada de ella y sólo atinó a meter la panza para adentro y a tener ganas de rajar. Juntó toda su fuerza y la concentró en su mirada de dar y recibir amor.

Azúcar sintió algo raro en su pecho. Era frío que le entraba por su amplio escote. Toda colorada tiró de la blusa para arriba. A ver si la confundían justo en este momento. Todos comentaban que el examen de gitana era bravo, pero nunca pensó que le agarraría tanto chuchó. Por lo bajo pronunció: “¡Azúcar, no te achiques ahora!”, y lo encaró. Ella era gitana y se lo iba a demostrar a su hermano Cholo Grande, a su tía Papusha y especialmente al tarambana éste de mirada de vaca almibarada.

Damián esperaba que la gitana pasara a su lado y se perdiera para siempre. Pero...¡¡¡¡ Ella le estaba diciendo algo con voz melosa!!!!!! -Por-cinco-pesos-te-advino-la-suerte -dijo Azúcar, pero ni ella oyó lo que estaba diciendo. Es que no se puede hablar y rezar a la Macarena a la vez-.

Damián recién entendió cuando la muchacha repitió por tercera vez la oferta. Como buen varón piola, su respuesta inteligente y vivaz no se hizo esperar: Un dos de oro refulgente suplió sus ojos, la mandíbula se le fue hasta el primer botón de la camisa y la boca le quedó abierta como para aplicación de anestesia en el último molar.

Ella vio en el rostro del muchacho un agujero negro de felicidad y se asustó. Sabía que no se tenía que poner nerviosa. La pareja examinadora estaría tomando nota de cada uno de sus gestos.

¡Pero....Cómo se hace con un tipo que tiene los ojos en blanco? ¿Cuándo se va a poner en canchero, atorrante y sobrador? ¿Sería tontito?

A él, justo en este momento, se le cruzó su tía Sofía, que le decía algo de las gitanas y de subir a los autos de extraños. La tía le decía que no, pero los ojos verdes de la muchacha lo invitaban.

-Dale, flaco que no hago fondo de ojos ni soy dentista. ¿Te la leo?

-¿Qué? Queeee... Sí... ¿No? ¡Je!.

Cholo Grande codeó a la tía Papusha que seguía con su charla sobre la iniciación de las mujeres gitanas en los diversos hemisferios:

-Tía, me parece que Azúcar anda en problemas. ¿El punto ése no será de los que se pasan, no?

-Es necesario algo así –le pontificó la tía—. En las iniciaciones primitivas la inicianda debía superar peligros mortales. Con el tiempo se fueron convirtiendo en algo simbólico y sólo...

-Yo voy a cruzar, tía. Mire si después nos arrepentimos.

Azúcar dio medio paso atrás y se preocupó: “Lo único que falta es que me bochen por culpa del tarado éste. El Manual dice clarito:

“Cuando la gitana sonrío, la capacidad mental del tipo medio se disminuye en un cuarenta por ciento, pues su mundo se reduce a ver cómo hace el palo y a la bolsa”. ...Pero éste parece perdido total.

¡Virgencita mía de los Siete Puñales Rojos!

Damián intentaba recomponerse. Nunca una mina con semejantes ojos descapotados le había acariciado el alma en plena calle. ¡Y que bien que estaba!

Azúcar apeló a la primera medida de emergencia, la anaranjada: “Desafiar el orgullo de los gallitos que se hacen los chabones distraídos y después sobarlos”.

-¿Te averiguo la suerte, nene? ¿O tenés miedo a saber el futuro?

-...Noooo. ¿De dónde? A mí me encanta... Lo que pasa es que...

Disculpame. ¿Es para saber la "buena" suerte, no? Bueno... ¿En las manos la leen ustedes, no?

-Donde vos digas. Nosotras vemos el más allá. Especialmente de los tipos inteligentes y de lomo bien encuadrado.

Azúcar se arrepintió de haber dicho eso porque el muchacho retrocedió y miró para los costados para ver si la gitana no estaba hablando con otro.

“Esto viene en falsa escuadra y resbalando –pensó Azúcar–. ¿Estarían escuchando Cholo Grande y Papusha? ¿Se avivarían de que había elegido un punto que era punto, coma y seguidilla?”.

De repente se le asomó una explicación: ¿El tipo no sería un nabo? En las clases les habían enseñado que esos son los únicos que no sirven ni para ensalada. No merecen ni la mirada de una gitana.

“Tengo que hablar –se dijo Damián–. La mina se va a creer que soy un queso. ...Pero ¿Qué le digo? ¿Me largo y le digo que la amo? ¿No será ir demasiado rápido?”.

-Nene... Te leo, entonces. Son cinco pesos. ¿O.K.? Vamos. Dame la mano. Estírala. Se bueno.

-Es que dar la mano... A mis amigos les doy...un beso, ¿Viste? Pero eso de la suerte, ¿viste? Me da cosa. No sé. Pero no es por vos...Eh! ¿...No preferís que charlemos sobre el futuro de... sobre... nosotros?

Damián estaba trastabillando con sus ideas cuando se encontró frente al Cholo Grande que se había cruzado y lo encaraba con ánimo de estrangulación y otras muertes terribles.

-¿Qué dijiste? ¿Qué le vas a dar un beso a mi hermana? ¡Te leí los labios, degenerado! ¡Te voy a romper los huesos uno por uno! ¡No sabés diferenciar! ¿No ves que es una chica de familia!

-¡Cholo Grande! –Gritó Azúcar–. Estoy dando examen. Rajá de acá. No tenés derecho a meterte... Aunque seas de la Mesa.

Papusha había cruzado detrás del Cholo Grande y con esfuerzo lo arrió hacia la vereda de enfrente tratando de calmarlo:

-Cholo Grande: O te quedás tranquilo o nos van a intervenir la Mesa. No se puede ser imparcial y celoso a la vez. Los de la Mesa somos observadores no intervinientes. Lo que se dice de palo, che.

Azúcar se desesperó: “Todo viene peor de lo que suponía. ¿A quién se le puede ocurrir poner a Cholo Grande en la Mesa de Examen?”.

Damián no entendía nada. Se había puesto blanco cuando se vio al gitano encima y no había entendido lo que gritó la gitana cuando se interpuso entre ellos.

Azúcar puso su máquina de pensar al máximo. Tenía que encontrar la forma de aprobar el examen... De repente se iluminó toda: “¡Las medidas de emergencia roja!” . Nunca había pensado que iba a tener que usarlas.

La emergencia roja consistía en pasar el coqueteo de poco a bastante, y hasta llegar a mucho si era necesario. Como con el tirón que le había dado para arriba a su blusa se había quedado sin escote, decidió volver a tenerlo. Para eso tiró del cordoncito que pasaba por los veinte ojales, para que se abriera un poco esa ventana del deseo masculino. Pero Azúcar no sabía que el cordoncito estaba sin nudo y que el tirón, en vez de entreabrir un poco el escote, abrió de par en par la blusa, que flameó como las banderas cuando oyen a los chicos cantar Aurora. ... El cerebro de Damián se desactivó.

Azúcar se puso pálida al verse hasta más allá del ombligo. Desesperadamente intentó arreglarse y las dos manos le fueron pocas para moralizar su blusa, cosa que logró a medias, pues se le armó un

pliegue que parecía una tercera teta. Damián estaba empantanado en el escote de la gitana y no sabía si gritar: “¡Mamita querida! o ¡No hay dos sin tres!!”. Como tenía miedo de babear levantó la vista a la altura de la nariz de la gitana, pero los ojos le bizqueaban para abajo. A duras penas pudo hilvanar un pensamiento: : “Tengo que hablar, si no va a pensar que soy un calentón”.

-...No, es que sí...Sucede que de... ¿Era tu hermano? Lo del beso no era con vos... No es que no tenga... ganas. Yo digo...Pero yo no miro... o apenas. ¿Viste? ¿No querés tomar un café? ... Juntos, ¿no?

Cuando pronunció la última palabra, respiró. Había cumplido. Él había hecho lo suyo. Le había manifestado a la chica todo su amor puro para siempre. Ahora le tocaba a ella. Parecía que la chica estaba dispuesta a decirle que sí y a aceptar ese largo café-amor-siesta. Él le contaría todo su amor, ella le confiaría su necesidad de ternura y juntos darían vía libre al fuego apasionado que a él sentía le subía desde los tobillos.

-Tía —dijo Cholo Grande—, ese tipo se la quiere levantar a Azúcar. Como ella está de espaldas sólo veo que el tipo la mira con hambre. Haga algo. Los tiempos cambiaron. Las mujeres no pueden trabajar en la calle. Está lleno de degenerados sueltos.

-Hijo mío— explicó la tía Papusha—. Lo que está suelto por todos lados es el espíritu. Uno está tan cerca de las cosas concretas que cree que sólo existe lo material y que lo que está en peligro de desaparecer es lo espiritual. Pero es al revés: Sólo el espíritu tiene asegurada la supervivencia a través del tiempo. Todo lo material está llamado a volver a ser polvo cósmico. El espíritu, en cambio, sobrevivirá cuando no haya nada. No tenga miedo m’hijo...

A Cholo Grande no lo convencieron del todo estas palabras, pues no se aguantó y casi arrastrando a la tía, cruzó y se enfrentó con Azúcar:

-Ya que no me escuchás a mí, oí al menos a la tía Papusha...

-Nena –dijo solemnemente Papusha –hacé lo que tenés que hacer.

Acordate que las gitanas sabemos lo que va a pasar... Siempre tenemos razón. Hasta cuando nos equivocamos, porque sabemos que nos podemos equivocar. Y esto es así, les guste o no les guste a los hombres de la tribu, que serán nuestros padres, hermanos, maridos o hijos, pero todos apuntan siempre para el mismo lado y más bien abajo. Y a tu hermano: vos lo conocés. Es así y ya nadie espera cambiarlo... Ni él.

Cuando terminó, cruzó la calle, pero esta vez ella arrastraba a Cholo Grande, que seguía gesticulando, pero ya sin palabras.

A Damián le volvieron a impresionar los músculos del hermanito y no entendió nada del discurso de Papusha, la gitana vieja. Pero, a pesar de su catatonía mental, no pudo eludir una andanada de la peor lógica: “¿La blusa abierta fue un accidente botonal? ¡Y si es una busca...?”. Cuando la palabra “puta” se le resbaló por el cerebelo, se puso colorado y pidió perdón. No era para menos: La gitanita se le representó rodeada de los hijos que tendrían en común, que le gritaban: “No pensés mal de mamá, baboso... o se lo contamos al tío gitano”.

Azúcar se convenció de que la iban a bochar.” ¡No puede ser! A tipos como Cholo Grande les tienen que prohibir circular. ¡Tanto estudiar el Manual! ¡Se sabía hasta en qué páginas había caca de moscas!”.

Sin querer empezó a transpirar. Si el cuerpo no lo convencía al estúpido que tenía enfrente, ¿qué le quedaba? Tenía que pensar. ...Y perdido por perdido se jugó.

-Disimulá, pibe y ayudame. Después te explico. Dale, bolú.

-Está bien, reina, está O.K. Pero ¡Qué boquita, eh, pibita!

Azúcar tomó la mano entre las suyas y se puso a escudriñarla.

Los interrumpió un vozarrón que venía desde la vereda de enfrente.

-¡Sin tocar, degenerado! ¡Sin tocar la mercadería! Te voy a matar. Mirá como la dejaste a mi hermana... ¡Tiene una joroba delante...!

Damián retiró la mano que le retenía la gitana, mientras tartamudeaba:

-Yo estoy dispuesto a todo por vos, pero ¿no podés leerme la buena suerte en los ojos? Me parece que a tu hermano no le gusta lo de la mano. Es medio nervioso, ¿no? Bueno. Nadie es perfecto. Y los cuñados siempre tienen un poquito de celos, ¿viste? Pero hablemos de nosotros dos. ¿Vamos a tomar un cafecito?

-No te distraigas, loco. Estirá bien la mano. No tengas miedo. Mirame la cara. Así. Genial. Mantené la vista arriba. Terminá con tus estupideces y hacé como que me estás escuchando.

Azúcar pensaba “¿Se verá bien desde enfrente? El Manual dice que a esta altura los infelices ya tienen el bocho en calzoncillos... Pero este flaco es distinto. Además ¿por qué tengo que dar examen de gitana si soy más gitana que la del Jorobado! ¡Tres niveles de inglés, dos de computación y la prueba en la calle. Para mí que lo hacen para joderla a una!”

“Ya está –pensó Damián–. La pobre está loca por mí. Lo de la mano es un pretexto. Quiere estar cerca. ¿Tendré pinta de gitano? Debo ser parecido a Sandro.”

Y a partir de ese momento los pensamientos se le entremezclaron un poco: “Los gitanos son de la India... ¿O de Hungría? ¿Cómo se dirá “te quiero” en magyar? ¿Y “telo” en sánscrito? Paró cuando se le cruzó preguntarle: ¿Cómo se dice “hagámosle un nieto al gitano grande”? Para no seguir con pensamientos tan comprometedores, le preguntó:

-Contame como hacen para saber el futuro mirando la mano. ¿Siempre miran la derecha? ¿Y con los zurdos, che?

-El muchacho que eligió Azúcar –le sentenció la tía Papusha a Cholo Grande– está interesado en el más allá. Desde aquí no se oye nada, pero de lejos se nota que su interés apunta hacia lo más profundo de las cosa. Un filósofo. Un pensador... Todo un desafío para Azúcar. Espero que ella sepa responder sus preguntas con sabiduría y humildad, y que lo que no sepa, el Señor de los Milagros, desde arriba, la ayude a inventar bien.

-El que quiere estar arriba es el pulgriento ése, que la trata a Azúcar como si fuese una mujer de la vida...

La tía Papusha no formuló ningún comentario sobre lo que dijo Cholo Grande. Lo mató con silencio gitano, que consiste en mirar sin decir palabras al interfecto y pensar “¡Qué boludo!” intensamente.

La mirada de Damián no le disgustaba a Azúcar. Era linda, limpia, pero el loco le iba a arruinar el estofado, el postre y el café. Sus ojos sonreían cosas lindas...

-Por favor, pibe, callate que me mareás con tus miradas. Ya tengo bastante con el examen. Poné trucha de atención. ¡Así no! Más normal, che. Así. ...Bueno: Tu suerte va a ser buena. Veo... viajes y fortuna...

-Del amor. Háblame del amor. ¿Nos ves juntos? Dale, mirá para ahí, gitanita. Yo me siento lleno de amor. Pero no sé si tengo que decírtelo o esperar a que vos me lo adivines.

“Es más tierno que pollo hervido con puré de zapallo –pensó Azúcar–. ¿Cómo hago para que no me maree?”.

-Mirá... Aquí está la línea de la Vida... ¡Uhhh...! Justo en la salud...¡Parece mentira en un tipo tan joven!

-¿Qué viste? Contame. No tengas miedo...¡Ay, mamá querida! Yo sabía que algo me iba a pasar. ¿Tiene cura?

Damián se imaginó que se lo había pegado la loca de la calle Cochabamba. Por eso el médico de la obra social sólo le había recetado un jabón antisarna cuando lo consultó.

“Me pasé –pensó Azúcar–. Lo quería parar y le desaté el pánico rosa. Mejor vuelvo a las estupideces comunes.

-Tranquilo, bolú, que estoy diciendo cualquier cosa... No te pongas así. Yo no sé nada de vos. Pero... tengo que aprobar la prueba. Veo en tu futuro autos grandes... Vas a tener una vida muy feliz y vas a comer perdices.

-¿Me voy a curar, entonces? ¡Bárbaro! Me asustaste... Es que me pasó una cosa fea... Ya te voy a contar todo. ¡Gracias! ¡Gracias! ¿...Y nenes? Decime ¿Cuántos vamos a tener? No vayas a creer que te pido detalles de cómo van a venir al mundo...

-Sí, Sí, claro –lo cortó la gitana –. También veo...

Damián, totalmente obnubilado, se quedó con las ganas de saber lo que ella veía porque del otro lado de la calle se oyó que cantaban a voz en cuello un cante jondo acompañado de batir de palmas y taconeos.

“Bueno, mi niña, bueno.

“Basta de tanto jugar.

“Ahora las manos van

“Al bolsillo de ese galán”.

Azúcar sabía que esto significaba “Hora de rematar o bajar la caña”. Era la prueba final. La demostración de que una era capaz de hacer cualquier cosa para defender a los suyos, aun lo que está muy prohibido como robar.

Para calmar sus nervios, pensó: “Llegó la parte que no me gusta, pero que me la sé con los ojos mirando para atrás. Hay que contonearse un poco, hacer que el cliente se ría para que se le achiquen los ojos,

encabritarle el cuerpo y estupidizar su alma... Y las manos rapiditas, rapiditas”.

“¡Mi Dios! –Se dijo Damián–, esa boquita me sonríe a mí, a Damiancito. Esto no es cuento. Se ve, pobre, que la piba es tímida y los mensajes me los manda con los ojos. Esta criaturita me está diciendo que me ama desesperada y apasionadamente. ...Y me pide que la proteja.

-Oíme gitanita, me llamo Damián. Algunos me dicen Damiancito. Creo entender lo que me decís. Has dado con la persona indicada. En una palabra: Yo también. Sé que no es fácil, pero entre los dos lo vamos a superar. Contá conmigo. Soy un experto. A veces me cuesta decirlo, pero yo nací para amar. Para amarte... Me parece que los dos nacimos para amarnos.

-“Yo me llamo Azúcar y si no me sacás la mano del cuello, te rompo la cara. ...Ahora está mejor. E....eee...colecúa”.

Damián sacó su mano fraterna y con uno de sus ojos pispeó para enfrente. Lo que vio no lo tranquilizó: Papusha a duras penas podía retener a Cholo Grande, que gritaba:

-¡Atorrante, tocón, violador! ¡Te mato todo, degenerado! ¡No respetás nada, asesino! La estabas empujando para el hotel de la otra cuadra!

Azúcar no se aguantó más y gritó:

-Terminá, boludo, o me cruzo y.... ¿Entendiste? Tía... A ver si hace algo. Así no se puede ni dar examen, ni trabajar, ni nada...

-Tiene razón, m’hija –le contestó la tía Papusha–. Los hijos varones se matan por ocupar el lugar del padre y no saben que nosotras les dejamos la cabecera a los viejos porque si no la tienen se deprimen...

Pero el caso de los hermanos es patético y tragicómico. Quieren ocupar la cabecera cuando ya la mesa es redonda. Así que, tranquila, nena.

Metale a lo suyo que a éste celosía lo controlo, o le echo una maldición que lo va a dejar patitieso.

Azúcar no podía parar su máquina de pensar: “¡Los de enfrente me vuelven loca y el tarado que elegí de punto me declara su amor para siempre justo en este momento! ¡No puede ser! ...Y con esos ojitos dulces y esa cara de bueno... ¡Basta! Me tengo que concentrar en los pases por detrás”.

-Bué. Ahora quedate quieto, por favor, que te voy a exorcizar un poco las malas ondas que te mandan los que te tienen envidia y alguna mujer desechada que dejaste en el camino...

Damián estaba tan embobado que sólo recordó como mujer desechada a su mamá cuando lo destetó.

-San Ginés, el cojo, te saque el mal del ojo y San Atanasio el mal del naso y San Micaelo te lleve al cielo...

Azúcar mascullaba la secreta letanía en voz baja, mientras se decía: “Ya pesqué donde tiene la billetera... Sí, acá está. ¡Listo! Billetera para la nena gitana. ¡Clink – caja! Ahora a separar las plumas de la pechuga”.

“¡La cola! ¡Me rozó la cola con la mano!” casi grita Damián. “Es de no creer. Está tan desesperada como yo. Me tengo que contener y comportarme como un caballero. ¿Cómo era lo de Almafuerte? “...Si amas a alguien, piensa en su espíritu y no sólo en su cuerpo. Sólo las bestias tratan de saciar sus instintos”.

Azúcar, sin que Damián se desayunara de nada, trabajó afanosamente separando billetes, boletos usados, un programa de cine y un peine. Después, con rapidez de manos brujas, se puso la billetera en un bolsillo de la ancha falda, pensando cómo el muchacho andaba por la calle con casi cien pesos encima. Con el rostro serio miró para enfrente e hizo la doble reverencia. Su acto había terminado.

-¡Azúcar cuidate! Ese tiene ganas de tocarte, piba –se oyó de vuelta el vozarrón de Cholo Grande– . Yo vi cómo cuando le pasabas la mano por atrás, el asqueroso te deseó toda... Y después Usted, tía, sale con que yo soy cómico y trágico. El tipo ése se la quiere...

- Cuidado con el léxico – le interrumpió la tía Papusha –. Que los que dicen palabras feas se van al infierno por treinta años.

- Está bien. Ya sé que no hay que decir malas palabras... Pero tía, se la quiere.... Se la quiere... Se la quiere casar. ¡Eso! ¡Se la quiere casar a Azúcar, tía!

Cuando vio que la tía Papusha y su hermano, ya un poco más calmo, se daban vuelta y cuchicheaban entre ellos, Azúcar se dijo: “La Mesa está deliberando. La tía Papusha debe estar citando a Sócrates y el Cholo a Maradona... ¿Están sonriendo? ¡Sí, se están riendo! Entonces...¿Aprobé?.. ¡¡¡Sí!!! ¡Me hacen señas con el pulgar para arriba! ¡¡¡Gitana!!! ¡Me recibí de gitana!! ¡Gitana para todos!! ¡Señora Gitana Azúcar! ¡Gracias, Virgencita de Triana. Esta noche me hago la trenza, me la corto y es para vos... Y tres pañuelos de seda y una vela de dos kilos para Vos, Jesús del Gran Dolor!”.

-Bué... Ya terminamos, nene. Te pido un favor: Necesito quedarme con tu billetera... Te aclaro que no te toqué los cien pesos y que te puse cincuenta pesos míos por el valor de la billetera usada. Tenés todo suelto en el bolsillo de atrás. En el de la derecha... Disculpame. La billetera la necesito para aprobar.

-¿De qué billetera hablás?

-De la que te acabo de sacar. Pará, no te toques atrás. No me quemés. Tenés todo. Salvo la billetera. La necesito... Me están tomando examen y necesito acercarles la prueba del delito. Si puedo te la devuelvo.

-No te entiendo, mamita. Hacela fácil. Venite a tomar un cafecito. Tengo miles de cosas para contarte. ¿O preferís hablar primero vos?

-Disculpame, pero me tengo que cruzar. No puedo... Estoy de examen.
Tengo que cruzar.

-¿Tenés examen? ¿Querés que te acompañe a la Facu? Decime ¡Qué estudiás? Yo soy un loco por el cine. Y esa de enfrente que está con tu hermano ¿Es mi suegra? Seguro que sí... Dale, presentámela. Dejame decirle “mamá”. A tu hermanito ya lo conozco. Con él, por ahí, podemos ir juntos al cine o a algún recital.

-No, bolú, no. Ahora no puedo. Gracias de vuelta. Ya nos vamos a ver.
Creeme, loco.

-¿Cómo? ¿Te vas a ir? ¡Después de todo lo nuestro? ¡No! No podés irte así... Esperá... Esperá...

-Disculpá. No puedo. ...Creéme. Tengo que cruzar.

“¡A celebrar Azúcar, gitana Azúcar! Me tengo que cruzar a entregar la billetera y buscar la nota que me pusieron en el examen. No les va a gustar saber que la billetera tiene sólo boletos y un almanaque, pero la culpa es de la mishiadura y no de la pobre gitana laburanta”.

Damián estaba paralizado. Mientras miraba cruzar a la gitana la cabeza le martillaba: “El amor golpeó a mi puerta, me dijo que me amaba y siguió de largo. ¡No puede ser! ¡Qué mala suerte! ”.

No pudo enojarse, sólo se quedó triste. Muy triste. Rechazó sin convicción el pensamiento de que tenía a la gitana en la punta de la cama. Tampoco aceptó lo que un malvado demonio le masculló: “La mina ésa estaba fuerte, pero era puro escote histórico”.

-¿Qué mirás, gilún? ¿Nunca viste una familia, degenerado? ¡Para vos todo es sexo, no? No me cruzo y te rompo el espinazo porque estoy con la familia.

Azúcar debió contentarse con incinerar sólo con fuego ocular a su hermano, mientras le acomodaba dos buenos bollos. La tía Papusha le

pidió calma a su sobrina, al tiempo que colaboraba con dos codazos de regular para arriba a la panza del grandulón.

Damián desde la otra vereda se dio vuelta despacito mientras pensaba: “Bueno, Damiancito, nada de llorar sobre el amor derramado. No anduvo y no anduvo”. Sin esfuerzo rechazó otra provocación del demonio malo: “Ahora se hace la santita, pero bien que te tocó el culito, la reventada”.

Un señor mayor, que paseaba un perrito de jubilado, escuchó a un muchacho que pasaba a su lado hablando solo y jurando: “No importa. Yo lo mismo te quiero, Gitana. No te voy a olvidar nunca, nunca, nunca...”

Casi al mismo tiempo, una nena que venía de la mano de su mamá, casi es llevada por un vendaval de colores que cruzaba la calle y gritaba:

-Esperame, che. Te traje la billetera, bolú. Me la dejaron de recuerdo.

Vamos a tomar ese café maravilloso que me prometiste. Vas a tener que pagar vos, porque los únicos mangos que tenía, eran los cincuenta que te puse en el bolsillo. Pero, mirá... Si me tratás bien te adivino la buena suerte ...que vas a tener conmigo.

-...Cuidala, desgraciado, que si no te la vas a que ver conmigo –gritó Cholo Grande-.

-Que Dios los bendiga –dijo la tía Papusha – y que Ustedes lo puedan escuchar.

¿Fabulita?

Luis M. Etchepareborda, argentino, casado, 41 años, Master en Business de la Kellogg University, Gerente General de Prudential Finance Inc. de Georgia, oficina Buenos Aires, enfiló hacia su asiento, el 12 “A”.

Faltaba un rato para la salida y era el tiempo que Luis M. utilizaba para preparar su computadora portátil y sacar sus papeles del portafolio. Esa noche debía trabajar duro. Ya tendría tiempo para recuperar sueño mañana a la noche en el hotel.

¡Había viajado a Atlanta nueve veces en los dos últimos años! Pero todavía la adrenalina le ponía en tensión todo el cuerpo. Es que allí se encontraba con los directivos máximos de la gran Corporation.

Con un gesto educado rechazó el champagne que le ofrecía la asistente de vuelo. Esta, con profesionalidad, elevó la copa de tal forma que pareció que nunca había estado en posición de ofrecimiento.

La clase ejecutiva parecía una iglesia moderna con sus luces indirectas y ruidos apagados. Los viajeros, acostumbrados a volar, preservaban su intimidad comunicándose mediante leves movimientos de cabeza para afirmar, negar o saludar.

Luis M. tomó del portafolios una carpeta en la que se leía “Pre-Presupuesto” y la abrió donde su secretaria le había puesto un papelito azul. “Financial Corporate Performance Objectives - Indicators”, leyó y preparó su Mont Blanc.

-¡Buenas noches!

Voces juveniles y alegres retumbaron en la cabina de la Executive Class. Todas las caras se desengancharon del nirvana ambiental y los cuellos automáticamente giraron hacia atrás. Fue así

como todos los pares de ojos siguieron la veloz carrera de la etérea asistente hacia una familia, que seguramente se había equivocado de cabina. En ese momento empezó la noche de Luis M.

Como si fuera la anfitriona de una fiesta, la asistente volvió sobre sus pasos encabezando una procesión que marchaba hacia la parte delantera. Ella toda sonrisas, ellos todo trajinar con bolsos varios, que golpeaban los altos respaldos.

Luis M. temió que tuvieran asiento cerca de él. Supuso que podrían complicarle el viaje. Y temió bien y supuso mejor.

-Este, al lado del señor, es el asiento de la señorita y éstos tres del otro lado son los de Ustedes y el jovencito. En seguida que se acomoden les sirvo algo para beber. Les deseo que tengan un buen viaje.

La voz de la asistente sonó tan cerca que Luis M., quien se había concentrado en su carpeta para no parecer curioso, se corrió instintivamente más a la izquierda de su asiento.

Cuando levantó la vista, una nena de unos siete años y vestida como Caperucita Roja le estaba diciendo:

-¡Hola! ¿Tenés juguetitos ahí?

Luis M. se sobresaltó y explicó:

- No. Es una computadora. No es para jugar. Es para...

- No molestés al señor, Marita.

-Acordate de lo que hablamos, Marita, ¿eh?!

Luis M. observó por el rabillo del ojo que los padres de la nena se estaban acomodando en la misma fila, pasillo por medio.

La voz femenina, un poco alta y la masculina, un poco ruda, le avisaron a Luis M. que el diálogo no sería de a dos, sino de a cuatro.

- Soy la mamá de Marita, me llamo Susana. Mucho gusto.

-Juan Carlos, encantado.

Luis M. devolvió los cabezazos y deslizó un suave:

-Luis... Hola.

Eran los Ferracutti. Papá, mamá, Juan y la ya conocida Marita. El, ex empleado de Obras Sanitarias, ahora viajante de comercio por su cuenta; ella, docente, secretaria del Nacional Maipú de Remedios de Escalada; Facundo, de profesión preadolescente y Marita, alumna de segundo grado de la escuela parroquial San Pedro Armengol de Gerli.

Luis M. rápidamente tomó conocimiento que el matrimonio ya había viajado en avión. En su luna de miel, hacía unos quince años, a Bariloche. Así que no era su primera vez, cosa que sí lo era para los chicos.

-Ahora viene el bebé, comentó Marita.

Luis M. levantó las cejas y miró a la nena. “¡No puede ser!” – Pensó – ¡Un bebé! ¡Qué viaje! ¡Un bebé en la misma fila!”.

-Este es Ricky –dijo Marita, mientras le mostraba un bebote que no terminaba de sacar de su mochila-. Hace pis, llora y tiene grabado un arrorrró con mi voz.

La mamá de Marita, a través del pasillo observó complacida la sonrisa del señor elegante que iba al lado de su hija y le comentó:

-Está muy contenta. Todos estamos locos de contentos. No esperábamos el viaje. Nos cayó del cielo.

-Contentos no estamos “todos”. Yo me pierdo la vuelta olímpica de Boquita. Marita está contenta porque es una idiota y gallina.

El comentario ácido del preadolescente Facundo, vino desde la punta y casi corta la comunicación incipiente. Por suerte intervino el padre, que después de tomarlo suavemente del brazo, agregó:

-Tranquilo vos, varón. Que por algo te hice sentar bien lejos de tu hermana. ...Y respetá a tu madre que está hablando con el señor.

El piloto anunció la partida y Luis M. observó disimuladamente como la familia se preparaba para el despegue. Todos tenían los ojos

cerrados y estaban tomados de las manos entre sí, Marita especialmente incluida, en un abrazo de nervios y sueños.

Apenas el avión levantó su tren de aterrizaje, Luis M. volvió a su carpeta, pero no por mucho tiempo. El que ahora le hablaba era el padre de la nena. La mamá seguía con los ojos cerrados y como rezando.

-Marita ganó el concurso “Alba en la Escuela”. Su dibujo ganó sobre más de mil concursantes de las escuelas primarias. Pintó una bandera argentina. Los de la empresa le pusieron de título: “Bandera de la Patria, Alba y Celeste”. Y aquí nos ve. Todos en clase ejecutiva y rumbo a Miami. Pensar que yo tenía ganas de que dibujara la casita con perritos, que le sale joya.

Luis M. había estampado en su rostro una mueca de sonrisa. Sabía que la mejor estrategia para cortar una conversación es el silencio. Pero eso le servía en la empresa, donde era el jefe, pero no aquí, donde los Ferracutti estaban ansiosos por “contarle todo”.

-El premio se lo dieron en el programa de Susana –acotó la mamá–. Fuimos todos. Nos acompañó medio barrio, pero en cámara salimos sólo la familia. Éramos dieciocho, sin contar los chicos a upa. Y eso que no vino el tío de Salta. ...Mire, aquí está Susana con Marita y aquí Marita con el dueño de Alba. ...Y ésta es de... En esta otra...

Y Luis M. se vio invadido por una pila de fotos y brazos, que le explicaban. Cuando Luis M. se agachó a recoger una que se había caído, maldijo por lo bajo, lo que logró que Marita lo mirara con ojos grandes y le preguntara:

-¿Te golpeaste? ¿Te duele mucho? Espera que te cure.

Y ahí estaba Luis M. con una nena que le decía lo más seria, mientras le acariciaba la cabeza:

-Sana, sana, colita de rana que si no sana hoy, sanará mañana. ¿Te duele? ¿Viste que no? ...Avísame si te golpeás de vuelta.

- Y aquí estamos –era el padre el que hablaba ahora– rumbo a Disney.

Diez días de locura, especialmente para ellos.

No había terminado de señalar a Marita y al preadolescente, cuando éste intervino:

-Eso es para los chicos. Yo me voy a opiar con esos juegos para nenitas.

-No es así –terció la madre-. Los juegos son muy interesantes y está Epcot, que es para todas las edades. Y vas a tener la playa para vos solo.

-Sí. ¿Y la vuelta de Boquita? ¡Ni por tele la voy a ver!

-Yo también me la pierdo, macho. Y soy tan fanático como vos. Ya te prometí que la vamos a pasar bien, ¿no?

El padre quiso poner paños tibios, pero sólo logró un último comentario:

-¿Vos más fanático que yo? ¡Dale, bolú!

-No le digas “bolú” a tu padre- corrigió la madre—. Después te quejás si te grita.

La tierna escena fue interrumpida por la asistente de vuelo quien estaba ofreciendo los menús para la cena y dando de beber a los que no tenían sed. Luis M. aprovechó para comentarle:

-Esta noche nada de alcohol. Tengo que trabajar...

La asistente lo miró con una sonrisa complaciente y profesional, pero Marita, no.

-Los chicos no tomamos alcohol y los grandes poco, porque ablanda la cabeza. Mi “seño” dice que el que toma termina en la droga y que la droga es caca y los que comen caca son unos asquerosos inmundos.

-Comé los maníes, nena y tomate la Coca sin volcar –la madre cortó la confidencia educativa–.

-De estos maníes no hay en la Argentina... Y el champagne de primera, ¿no?

El padre había reiniciado la charla y así Luis M. se enteró que viajaba

mucho con su camioneta, que trataba siempre de volver en el día y que cuando no podía hacerlo, extrañaba como un buey.

-Es la primera vez que vamos a Miami. Usted conoce por ahí, ¿no?

Y así tuvo Luis M. oportunidad de explicar que no era la primera vez, que iba por negocios y que pasaba por Miami, camino a Georgia. Casi en seguida se vio obligado a informar que había viajado de vacaciones varias veces a Miami, y que le gustaba, y que los hoteles quedaban cerca del mar, y que la comida no era muy cara, y que había mucha gente que hablaba castellano, y que Disneyworld quedaba en Orlando...

-Es lo que nos han dicho todos –intervino la mamá de Marita, pasándose la lengua por los labios y saboreando el champagne–, pero lo mismo no nos cansamos de escucharlo. Es un sueño para nosotros.

-¿Vos roncás cuando dormís? –Le preguntó Marita-. Mi papá ronca cuando duerme y dice cosas. A veces hasta reta a Facundo.

-Callate, pibita. ¿Qué sabés? Si vos te dormís antes de que apaguen la luz, tarada.

El lejano hermanito había puesto las cosas en su lugar, a pesar de la distancia.

-Tranquilo, loco, que no está hablando con vos –aclaró el papá–.

-Y si no habla conmigo, que no se meta en mis cosas. ¿Estamos?

-Estamos los que somos, que ya es bastante, nene –calmó la madre–.

“Comenzaron a servir la cena –pensó Luis M.–. En un rato va a terminar el suplicio y voy a poder trabajar tranquilo ¡Justo a mí me tenían que tocar los del concurso de Alba!”-

La cena transcurrió casi en paz. La única dificultad que tuvo Luis M. fue que, como había elegido un menú distinto, Marita le pedía probar “cositas” del plato de él. No fue más allá de la mantequita, un poquito de jamón glasé, un trocito de filet mignon, dos cucharaditas de helado de limón con champagne y un sorbito de agua mineral sin gas. Por suerte la

mamá de Marita le explicó que ellos les permiten eso a sus chicos, para que aprendan que los chicos de cualquier lugar del mundo tienen derecho a comer y que nadie puede negarles comida.

La explicación no le cerró mucho que digamos al Luis M., pero éste no estaba de ánimo para pedir aclaraciones. Con una mano picaba displicentemente algo de comida y con la otra sostenía la carpeta a la altura de sus ojos.

-En el “cole”, cuando comemos, no nos dejan usar los jueguitos ni leer revistas. La directora dice que manchamos los manteles con tuco y que después no sale. ¿Cómo hacés vos para no mancharte cuando comés con una sola mano?

La pregunta de Marita fue contestada con una sonrisa de Luis M., que hizo juego con el comentario de la mamá:

-¡Estos chicos de hoy! Nosotros éramos más respetuosos. Pero así es más natural, ¿no?

Y esto que parecía una pregunta retórica fue el comienzo de una larga charla de la señora sobre lo difícil que es educar chicos en un medio familiar y social afectado por la crisis económica y de valores. Al principio Luis M. alternaba mirar un poco a la mujer con volver la vista a su carpeta. Al final desistió de la lectura. No fue porque su educación se hubiera impuesto, sino porque en lugar de “Temporary budget”, leyó “Trabajo temporario”. Y se asustó.

Entonces se enteró de que los padres de los chicos andan con demasiados problemas, que las maestras soportan tantas o más dificultades y que los chicos pagan los platos rotos aprendiendo poco y nada. La madre de Marita finalizó sosteniendo que los docentes estaban frustrados, o mejor, si le permitía la palabra, podridos.

-No se dice “podrido”. Se dice mal aliento, mamá.

-Sí, nena, Sí. Usted no sabe lo que es trabajar con cuarenta ...

-¿Tu señora también es maestra?

En el mundo de Marita casi todas las amigas de su mamá eran maestras, así que bien le vino, para la ampliación del radio de su espíritu, la explicación de Luis M., que le aclaró que su mujer era economista y trabajaba como asesora en la Subsecretaría de Desarrollo y Crecimiento.

-Mi mamá es la dueña de la “secretaría” del colegio.

-¡Ay, pobre su señora! Con toda la pobreza que hay, justo tiene que trabajar allí! –Comentó la mamá para no entrar en la comparación que proponía Marita–.

A Luis M. no le gustó ni la comparación ni el comentario. “¡Lo que faltaba –pensó–: Que éstos me vengan a criticar el trabajo de mi mujer, o la exitosa línea económica que, con tanto esfuerzo, está retomando La Argentina, después de tantos años de fracasos”. Después, un poco más tranquilo contemporizó ese pensamiento con: “Estos son los que más sufren el ajuste... Es lógico que protesten un poco. Hay que entender”. Aun así aclaró:

- Las dificultades que aparecen en lo micro, se compensan en un contexto más amplio, que es el que fundamenta las medidas que se necesitan para establecer el equilibrio fiscal. Los inversores ponen esta condición para traer sus capitales a los mercados emergentes.

El papá de Marita que había tenido que lidiar con la comida del preadolescente, aprovechó que éste ya iba por la segunda bandeja, para entrar en el diálogo político – económico – social.

-¿Sabe lo que sucede? Que la gente ya se cansó de los políticos. Este gobierno hace igual que los otros: promete todo antes y después le echa la culpa al que estaba antes para no hacer nada. A mí esto me hace acordar a Racing. Todos se echan la culpa, pero la plata no aparece y el pobre hincha anda rezando por un milagro en las tribunas embargadas.

Aquí la cosa es que dejen de robar, o conseguir que aparezca la mosca, o que los que se la llevaron la traigan de vuelta. Como privatizaron las joyas de la abuela, la pobre vieja se quedó sin un mango y con los nietos a cargo. A la final uno sólo tiene derecho a trabajar...cuando por suerte consigue algo. ¿No le parece?

Luis M. había oído a la mamá de Marita hacerle una pregunta en el mismo tono y por no haberla parado a tiempo, después tuvo que aguantarse la “balada de la protesta docente”. Esta vez se propuso no caer dos veces en el mismo pozo, pero no necesitó hacer nada, lo salvó la suave voz de la nenita:

-¿Vos siempre usás corbata?

“Ahora les digo que me disculpen –pensó Luis M.–. Que tengo que trabajar. ¡Otra que Disney! ¡A los locos Adams habría que llevarlos! ¡Estos de Alba se podrían haber dejado de joder con mandarlos en clase ejecutiva!”.

-¿Sabés que sucede, querida? Que viajo por trabajo y dentro de unas pocas horas tengo que estar en la oficina. Por eso viajo con corbata. Tengo que terminar de leer estos papeles para preparar un informe muy importante.

La mamá de Marita y su papá pescaron el parate y educadamente echaron para atrás sus cabezas y dejaron tranquilo al señor para que terminara eso tan importante que debía hacer. Pero Marita, no.

-¿No estudiaste? ¿No repasaste las tablas? A mí a veces me pasa lo mismo y me retan todos: Mi mamá, mi papá, la seño. ¿A vos también te retan?

Como en ese momento empezó la película, los auriculares, el canal de traducción y los caramelos que la mamá había traído para Marita ocuparon el lugar de la respuesta. Pero Luis M. se quedó pensando en lo

que la chiquilina le había dicho. Por suerte pudo superarlo y adelantar dos páginas. Si se esforzaba llegaría a repasar todo antes de aterrizar.

-Me lees el cuentito de antes de dormir. ...Ya sé que ya lo puedo leer sola, pero a mi papá le gusta hacerlo y a mí me encanta oírlo. Me hace acordar a cuando era chiquita.

Luis M. antes de contestar que se lo pidiera a sus padres, miró a través del pasillo y sólo vio la mirada perforante del preadolescente hacia la pantalla y tres latas de Coca sobre su mesita. Padre y madre dormían con una común sonrisa beatífica y tomados de la mano. Seguramente las emociones los habían vencido y sus ganas de vivir todo no habían alcanzado. Miró su reloj y suspirando le dijo a la nena:

-Si me prometés que te vas a dormir, te lo leo. Tengo que trabajar, ¿te acordás?

Hacía mucho que Luis M. no leía un cuento. Más aún no se acordaba si era él o su mujer quien se los leía a sus hijos cuando eran chicos. Como un eco lejano escuchó en su interior "Déjenlo a papi que está muy cansado. Ahora va mami a taparlos y a leerles un cuentito".

Ahuyentó su recuerdo y tomó el libro que le daba Marita. El libro, llamado "Fabulitas", llegó acompañado del dedo que le señalaba la que debía ser leída. Por suerte era corta.

La única luz individual prendida en la cabina era la suya. Todos los demás veían la película o dormían. Por eso con voz suave y baja comenzó a leer:

"El Cigarro y el Hormigo". ...Había una vez hace muchos años y en un país muy, muy lejano, un hormigo muy trabajador y un cigarro que se la pasaba cantando. La mamá del cigarro le decía: "No cantes todo el tiempo. Es necesario trabajar". Y la mamá del hormigo le decía: "No trabajes todo el tiempo. Canta un poco, diviértete". Pero ninguno de los dos le hizo caso a su mamá y cuando fueron grandes, uno trabajaba de

sol a sol y el otro se pasaba el día cantando.”

“Y sucedió que se supo que venía un invierno muy, pero muy duro. El hormigo, previsor, se puso a trabajar y a juntar granos y hojas para la comida. El cigarro, previsor también, salió a buscar todas las partituras que pudo encontrar y las puso sobre su gran cama. ...Ese invierno iba a ser largo.”

“Lo que ni el hormigo ni el cigarro previeron fue que con el invierno vendría una gran inundación y que el agua se llevaría todo. Todo, pero todo. Los granos, las hojitas, la cama con las partituras y al cigarro y al hormigo, que desesperados se subieron a ella y la usaron como balsa.”

“Tan grande fue la inundación, que cuentan los que no duermen de noche, que todavía se los ve pasar al hormigo y al cigarro en su balsa. Dicen que con los brochecitos de las partituras hicieron anzuelos y que con ellos obtienen su comida. Los dos pescan y los dos arreglan la cama. Pero también los dos cantan. Señalan también, que el que tiene mejor voz es el hormigo, pero que de música sabe más el cigarro. Todos comentan que “ahora” los dos están mucho más felices.”

“Moraleja: El trabajo no es bueno ni malo. Lo mismo pasa con el cantar o el divertirse. No es bueno ni malo. En algunos momentos es necesario trabajar. En otros momentos hay que cantar y divertirse. El que trabaja sin necesidad y el que canta cuando no hay que hacerlo, nacieron para ser animalitos de carga o de canción. Tú debes elegir entre ser como el cigarro, ser como el hormigo... o subirte a la balsa”.

Luis M. quiso volver a releer por las suyas el último párrafo, pero la voz de Marita lo interrumpió:

-¿Qué elegís hormigo, cigarro o balsa? ...Mi papá cuando se lo pregunto se hecha a reír y me dice que él y mamá hace rato que andan con el agua al cuello.

Luis M. no encontró fácil ni una respuesta ni una frase para ganar tiempo. Se corrió un poco para atrás y miró a la nena. Marita tenía los ojos cerrados y respiraba ya lindos sueños. Luis M. apagó su luz para que no la molestara y la tapó bien con la frazadita . La carpeta de Presupuesto se le fue deslizando lentamente hacia el suelo.

Cuando bajaron en Miami los dos iban de la mano. La nena tenía los ojos chicos de haber dormido poco, el hombre los tenía rojos de no haber dormido nada. El siguió para Georgia, ella para Disneyworld.

AQUÍ FAUSTO, LLAMANDO A MEFISTÓFELES...

Diablo@Infierno.com

Estimado señor Diablo:

Espero que este e-mail le llegue. La única vez que nos vimos, Usted no me dijo su nombre, ni me dejó el teléfono. Yo andaba tan mal que ni me di cuenta. Antes que nada lo saludo, deseando que ande bien y no tan como el diablo, como andamos por estos pagos.

Y entro en tema porque ya no aguanto más. Soy Fausto Magnelli, el que le firmó el documento en mayo de 1949. El del trueque... ¿Se acuerda? Si yo le entregaba el alma, Usted me hacía jugar en la primera de Boca, me ayudaba a golear a River y me llenaba de oro.

Debo reconocer que Usted cumplió su palabra: Jugué en la primera de Boca, metí todos los goles que quise y siempre tuve oro a patadas. Por mi parte, yo aporté lo mío. De eso estoy seguro pues, desde esa época, siento mi alma como ausente.

¡Cómo olvidarme que logré el sueño del pibe! Vestí la número cinco de la Azul y Oro. El equipo formaba atrás con Diano en el arco, Colman y Otero en la zaga y a mi lado estaban Sosa y Pescia. Un equipazo. Cubrí la vacante de Lazzatti, toda una institución en la Bombonera y me cansé de hacerle goles a los millonarios.

Pero ganar porque el diablo mete la cola, aburre y desanima. Me salían todas fáciles, tan fáciles que ni yo me las creía. Al poco tiempo no quería ni acercarme a la pelota porque apenas la tocaba se metía en el arco contrario, aunque estuviera haciendo precalentamiento en el vestuario... Demasiado para ser humano.

Así el sueño de mi vida se me fue convirtiendo en pesadilla. Una tarde no lo pude soportar más y colgué los botines. Jamás volví a ver un partido. Cuando apareció Maradona fui a verlo para decirle que rompiera el pacto con el diablo o abandonara el fútbol. Que así no valía. Que “eso” no lo podía hacer feliz.

Hoy, después de tantos años, reconozco que los deseos que pedí no fueron de lo mejor. Era demasiado joven. Ser fanático de Boca me hizo perder los dos primeros deseos... ¡Y lo del oro... ni yo me lo explico! En casa no sobraba la plata, más bien faltaba, pero llegábamos a fin de mes. Nunca nos faltó para la entrada al cine una vez por semana. Ahí fue donde seguramente me empaché con lo del oro. En las tres películas que daban en aquellos tiempos, sentado en la punta del asiento, veía que todos se mataban por el oro que llevaba la diligencia. Eso me debe haber impresionado y dejado con ganas. Por eso cuando Usted me dijo que eligiera un tercer deseo, se me escapó lo del oro.

Con los años me fui avivando que por algo los genios de los cuentos dicen “Piensa bien lo que vas a pedir”. Para mí que ellos saben que los seres humanos somos bastante tarados y nos abatamos en los momentos importantes. Lo que también parece cierto es que los magos estos son unos dioses para hacer milagros, pero unos inútiles para entender lo que la gente desea. Y cuando uno protesta porque cumplieron al pie de la letra el pedido, se lavan las manos diciendo que ellos avisaron. Discúlpeme si Usted cae en la partida, pero pienso así.

Por eso, desde ese lejano tiempo ando lleno de oro, pero lleno de oro en serio. No hay bolsillo que a la semana no tome forma de bolsa. Sólo mi espalda sabe lo que pesan los cinco kilos de oro, que siempre tengo encima por más que los gaste o los tire. Además ¿Usted sabe lo difícil que es cambiar cinco kilos de oro?

Muchas veces me propuse disimular, pero ¿Cómo disimular cinco kilos constantes? Puedo llegar a engrupir a alguien durante una semana, pero nunca superé esa marca. Además me siguen todos los gatos de la ciudad. Hacen cola para engancharme. Quisiera mil veces que las minas me ignoren y no que me digan “¡papi, que inteligente que sos!” mirándome el bolsillo dorado.

A mí me gustan las mujeres y no creo que sea bueno que me esté acostumbrando al celibato... A veces se me cruza si esto no me llevará a que se me afluente la voz. Si tuviera que serle franco, a veces pienso que sólo me quedaría tranquilo si la que se me tira un lance fuera una bacana jovata, pero tómelo sólo en el sentido de que sería algo desinteresado y no que me gusten las naftalinas o los liftings.

No tengo amor y tampoco amigos. Porque algo parecido me sucede con los hombres. Sólo los grandes empresarios o banqueros no me despiertan dudas sobre sus intenciones económicas; pero el tener que escuchar sus constantes logros y viveza, es un precio demasiado alto si uno no es la amante de turno.

Constantemente me carcome la duda de que sin el pacto que hice no sería capaz de ganar un peso por mí mismo y eso no me llena de orgullo. Además, me revienta que, como siempre caigo parado, no puedo quejarme del gobierno; cosa que me convierte en un bicho demasiado raro en este país.

No soporto más esta vida. Por eso le envío el presente e-mail. Se trata de una sola pregunta: ¿Podríamos revisar el contrato que firmé? Quédese tranquilo que no busco hacer una cambiadita. Tengo una propuesta seria.

En concreto le adelanto que sólo quiero que Usted la pare con lo del oro. Del alma ni le voy a hablar. Soy grandecito y voy a cumplir lo que

prometí... O sea, que mi alma, o lo que queda de ella, se va a ir al diablo nomás.

Por si no encuentra motivo para acceder a lo que le solicito, piense que a su gremio no le gustaría que yo ande, contando mi caso por televisión y donando cinco kilos de oro diarios, hoy a la Desatanudos , mañana a la Rosa Mística y así con todas las letanías y capillas. El oro se le va a ir a la competencia.

Lejos de mí querer coaccionar o chantajear. Sé con quién juego y no me quiero pasar de vivo. Pienso que mi propuesta es atendible. ¿A Usted qué le cuesta? En el fondo yo renuncio a una cláusula a mi favor. Dele, señor. Usted hará honor a su malignidad, porque me quitará algo que me prometió y que la mayoría de los hombres considera de las mejorcitas cosas que hay en la vida. No le digo nada de que podrá utilizar en algo de mejor causa estos dinerillos, porque por ahí no le gusta lo de “mejor”.

A la espera de una pronta respuesta, lo saluda atentamente, su
desalmado

Fausto Magnelli

Post Data: En caso de que accediera a la presente, señor diablo, quisiera pedirle un favor: Que con el oro no desaparezca lo que me vino de arriba en el pacto. Usted sabe que, sin que lo pidiera, desde entonces los años no se me notan tanto. ¿...Podría dejarme en los 45 que represento y no en los 70 y algo que acabo de cumplir?... No me gusta ser parte de la decoración de la placita del barrio y deseo seguir haciendo las cosas por mí mismo. Mi edad real se acerca a la etapa en que uno termina

portándose bien para que la encargada del geriátrico no le quite el postre (naranja o flan casero). Saludos por allá.

Al Señor Gran Jefe del Infierno

Don Lucifer

Presente

Estimado Jefe:

Espero que se le haya pasado la bronca por lo de Roma. ...O que, al menos, le haya bajado la presión. Usted ha constatado que me he quedado bastante tranquilo estos últimos veinte años. Aunque hace mucho que no le escribo le mando esta carta a la dirección de siempre, porque no creo que se hayan mudado. Y como sé que a Usted le gusta poner toda la carne a la parrilla, le cuento:

En la tarde de ayer, andaba paseando por Buenos Aires, buscando un café decente que no tuviera olor a hamburguesa o reflectores en lugar de lamparitas de 25, cuando sonó mi alarma interior. Hacía rato que no sucedía: Hasta había llegado a pensar que por la excomunica por lo de Roma, me la habían dado de baja.

Alguien estaba intentando comunicarse con su diablo guardián. No puedo negar que dudé varias veces, porque en estos tiempos llamar al diablo es más viejo e inútil que ir hasta la esquina a ver si llueve. Pero se trataba de un llamado verdadero. Me estaban enviando un correo electrónico.

Le adjunto a la presente el e-mail original de Fausto Magnelli, pues de él se trata. Lo hago para que después no digan que yo entiendo todo para el diablo, con perdón de su cara.

Sé que a lo largo de los años he tenido varias distracciones importantes, que la de Roma fue brava y que por eso me tienen herrumbrándome por estos pagos. Le he escuchado decir que cuando hubo que optar entre el Cielo y el Infierno, yo estaba distraído. Mandinga inventó que andaba pensando en el sexo de los ángeles. Ni indeciso, ni distraído, ni obseso sexual... Estaba pensando distinto, que no es lo mismo.

La verdad es que tenía mis dudas sobre si era justo tener que optar entre Dios y Usted. No es una opción válida. ...Me imaginaba que el lío que se armó entre ustedes dos iba a terminar de otra manera. Yo me lo veía a Él diciéndole: "Vení desgraciado y dejate de joder", y que Usted se iba a hacer el chanco rengo y le iba a contestar: "¿A Usted el mate le gusta dulce, no es cierto, Patrón?" Y que todos íbamos a terminar jugando a las estampitas.

Como la solución no vino y la batalla era inminente, todos tomaron partido por uno u otro bando. Yo no. Tenía mis dudas y para resolverlas tenía que pesar todos los pro y contra. Estaba claro que la verdad la tenían los del Cielo, pero soy de los que no soportan que los problemas se resuelvan por la fuerza, aunque se tenga razón. Si uno tiene la verdad y no se la aceptan, el único camino que tiene es tratar de persuadir. Y hablo de una persuasión sin tiempo. A veces la verdad tarda en ser aceptada. Y ahí hubo gente impaciente que no se aguantó que la cosa durara dos o tres millones de años. ...Y bueno. Yo sí. Por eso me quedé solo en medio de los dos bandos de ángeles que se querían moler a palos.

Fue entonces que me hice amigo del arcángel San Gabriel. Varias tardes fui a charlar con él. Yo le conté mi posición de que los conflictos deben arreglarse con la cabeza y no yéndose a las alas. El General en Jefe de la milicia celestial me contestó que yo era demasiado

angelical. Sin embargo, le impresionó mi argumento de que íbamos a ser un ejemplo del que se iban a colgar los hombres para pasarse toda su historia peleando entre sí, cada bando diciendo que Dios está de su parte y el diablo de la otra.

Una mañana, el arcángel me dijo que no podía calmar a su tropa, que estaban demasiado calientes y que la mecha se podía prender sola. En un momento me palmeó el hombro con el ala y me dijo “Nos vemos, viejo” y se fue con sus muchachos, que al rato volvieron cantando en gregoriano heavy la famosa antífona “Angeli victores fuimus – anum diaboli rumpimus”.

Yo me puse en un costado, pero tuve la mala suerte de que en la desbandada pasaron el diablo Mandinga con un grupo de diablos adolescentes, que en el revuelo me robaron el arpa. Por instinto, los corrí y la recuperé, pero con la peor de las suertes... Cuando cerraron las puertas del paraíso yo estaba afuera, apenas a cincuenta metros. Así, de repente, me encontré con que tuve que ir al Infierno y con Usted como jefe. Cuando me fui a quejar, Usted se me rio en las barbas y me ofreció cambiarme el arpa chamuscada por un tridente nuevo.

No me quejo, que por ahí si me quedaba sólo, también la hubiera pasado mal, pues la eternidad tiene demasiados años para tener que en vivir solitariamente, especialmente si uno es de tener dudas.

No crea que le escribo para hacer catarsis o contarle mis cuitas. Mire, todavía no perdí la esperanza de que un día nos encontremos los tres: El, Usted y yo. Es tan larga la eternidad que lo que es posible tiene que suceder necesariamente ¿no? Estoy seguro que si aflojan algo los dos, se termina todo este lío.

Debo reconocer que usted ha tenido paciencia conmigo y que ha respetado mis tiempos y mis dudas. Quizá la palabra sea que se ha resignad. En esa línea van estas líneas.

En concreto se trata del caso de Fausto Magnelli. Reconozco que hice ese pacto de compraventa de alma de puro metido. Es que me dio lástima el pobre muchacho que, después del famoso 5 a 0 de los de River a Boca, andaba con el alma por el suelo, diciendo que se quería morir y cruzaba las calles sin mirar los colectivos. Yo sé que los pactos con el diablo no son para ayudar a la gente, pero lo vi tan mal que me pareció que tenía que hacer algo. Bueno, me imagino que los detalles a Usted no le interesan mucho que digamos.

Lo convencí y se firmó el pacto. Fausto Magnelli eligió como primer deseo ser el número cinco de los bosteros. Cuando expresó el segundo, que era llenarle la canasta a los de River, me quedé frío. Cuando estaba por taparle la boca y reiterarle que la pensara bien, se largó con el último deseo: ¡Estar siempre lleno de oro!

Le aseguro que esa noche no dormí. Pero la cosa ya estaba hecha. Al poco tiempo se cansó del fútbol y hace años que el oro es sólo una carga para él.

Siempre le pasa lo mismo a esta pobre gente. Se ilusiona con cosas tontas y gasta la vida buscándolas. Cuanto más tarda en alcanzarlas, más importantes y grandes le parecen. El rápido aburrimiento que les viene cuando las consiguen, se debe a que sus ilusiones son de cuarta, pero también y muy especialmente, a que su pobre naturaleza los engaña, diciéndoles siempre que la felicidad no está en lo que acaban de conseguir, sino que se encuentra en “Esa Otra Gran Cosa”, que “Todavía” no alcanzaron.

Estos pactos compraventa de alma se relacionan con “esas cosas tan deseadas”, pero Usted y yo sabemos que esos contratos son nulos totalmente. Si los seres humanos son capaces de perder su alma por toda la eternidad para tener cuatro monedas, mujeres o un poco de poder durante un ratito, quiere decir que algo les pasa, que algo les falla

desde el vamos. Ergo los contratos de pacto de venta de alma son inválidos por imbecilidad congénita del que los acepta.

Sí, ya sé que Usted debe estar poniendo cara de “finishela, filósofo”. Pero soy así. Tengo mis dudas y mis opiniones. Los seres humanos ya tienen bastantes problemas con las migraciones, la falta de trabajo, el costo de la vida, los chicos y las suegras para que aparezcamos nosotros, tentándolos con darle lo que quieran en esta vida a cambio del alma, o los del otro bando, prometiéndoles la felicidad eterna a cambio de esta vida.

¡Pobre gente, che! Parecen los jugadores de metal de los fulbitos: Otros los manejan y hasta los insultan. Seguro que Usted piensa que la cosa es más sencilla que lo que yo digo, y los de Arriba que todo es mucho más complicado. Más aún, me imagino su comentario despectivo sobre la naturaleza humana y casi oigo su sentencia de que el cielo tiene más población que el infierno, porque la mayoría se salva por boludos, principio al que adhiero, a pesar del lenguaje un poco fuerte que Usted usa. Pero ése no es el problema. Es una simple conclusión y no vale empezar por el final.

En los últimos tiempos he tenido una duda nueva que se la cuento: Todo esto que sabemos acerca de la naturaleza de los seres humanos, ¿No tendrá que ver con que esta gente desciende de hermanos que se casaron entre ellos en tiempos de Adán y Eva? No soy un experto, pero siempre escuché que entre primos trae hemofilia y entre hermanos tara.

Además, para que no piense, como dice Mandinga, que soy un descreído de todo y no apporto a la causa común, le acerco una sugerencia: Me parece que Usted tendría que pedir gancho y solicitar una Reunión Cumbre. Si Usted, como el hijo pródigo, vuelve a casa, vamos a tener una fiesta de la gran siete.

La actual pelea, con mucho respeto y sin que se me enojen Usted o el Otro, tiene el final cantado y eso no entusiasma a nadie, más bien parece un clinch demasiado largo en el primer minuto de una pelea pactada a catorce mil millones de rounds.

Yo creo que esta guerra de siglos olvidó que la mayoría de los seres humanos ni tiene noticia de nuestros enfrentamientos ¿Se imagina si se juntan los Arriba con los de Abajo y se comprometen a hacer algo por esta pobre gente... aunque sea sólo por veinte o treinta centenares de milenios?

Espero que Usted no se pase esta humilde sugerencia por lugares impúdicos, sino que la piense y la hable con el Otro Jefe. ...Tengo el presentimiento de que – por ahora– no les va gustar a ninguno de los dos y que, como me estoy acostumbrando, voy a quedar solito mi alma.

Y ya que me saqué las ganas de decir lo mío, volvamos a lo de Fausto Magnelli. Por favor lea lo que este pobre tipo dice. Creo que en el fondo está pidiendo que lo dejemos volver a ser humano.

Sea bueno, Jefe. El tipo pide que la terminemos con el oro. Mi recomendación es que se lo concedamos. Más aún, yo le sugiero que declaremos nulo el pacto y le devolvamos el alma al pobre tipo.

No se olvide de que alguien que le pide a cambio de su alma jugar en la primera de Boca, es alguien medio pelotauero, no? Lo digo en el sentido de que a los bosteros siempre los tienen de hijos los de Arriba y los de Abajo, me refiero a los Santos de Boedo y a los Diablos Rojos de Avellaneda.

Bueno, jefe, lo dejo, que sé de sus ocupaciones con las almas, los demonios jóvenes y la caldera vieja. Un saludo respetuoso y de vuelta mis disculpas por lo de Roma y por las de antes de esa. ...Si fuéramos perfectos seríamos Dios, ¿no?

(Firmado) Mefistófeles

N. B. En caso de que mi pedido sea negado, le cuento que tenemos un problemita serio con la documentación.

.

MEMORANDUM

Al señor Mefistófeles

Buenos Aires

Presente

Ref. Devolución de carta

Estimado co-diablo:

Su carta no pudo ser leída por haber sido enviada escrita a mano y no haber ningún programa en nuestra IBM-Gates 9806 que decodifique ese ya prehistórico sistema de comunicación.

Rogamos que envíe su información en algún sistema compatible con nuestros programas, que son friendly, pero no a prueba de ...buenudos.

El diablo Mandinga, Gerente de Informática de Averno S.A., me pide que le diga que se deje de joder (sic) y que use también la password secreta comunicada. Señala el mencionado Gerente que, como lo conoce, le recuerde que en caso de pérdida debe Usted llamar al 0800-666-666. Me acota, el mismo señor, que llame también si el perdido es Usted.

Firmado: "Legión de Congestión de Tránsito en Internet".

Ex diablo “Vómito Sacro”

Conversación mantenida en el Café Tortoni entre el señor

Mefistófeles, diablo y el señor Fausto Magnelli, ex número 5 de

Boca Juniors.

-¿Cómo le va, Fausto?

-Por favor... Estoy esperando a un amigo.

-Sí. Discúlpeme. No quería venir así. Lo que sucede es que...

-Señorita, le acabo de decir que estoy esperando a un amigo. Por favor no me moleste. Yo a Usted no la conozco...

-Gracias por lo de amigo, Fausto, pero Usted me llamó. Soy Mefistófeles, su diablo. El que le hizo firmar el documento. Mire: es éste. ¿Se acuerda?

- ¡Pero cómo se me viene de mina! Y encima con semejante escote!

-¿Qué quiere! Mi fuerte son las dudas, no las fórmulas ni los números. Como andaba vestido así nomás y sin afeitarse, quise ponerme como la gente y pronuncié la fórmula que siempre me sirve para parecer un dandy. Lo único fuera de contexto fue un estornudo que me vino de repente. Cuando me miré en el espejo y vi que reflejaba una señorita con look de bailarina de tango, casi se me caen los cuernos. Estuve como una hora ante el espejo recitando fórmulas. Hasta las tablas de multiplicar dije... con y sin estornudo. Y no hubo caso, sólo pasaba de rubia a morocha. Y cuando obtuve este pelirrojo verdoso ya no hubo forma de sacarlo.

-¿Y el escote?

-Con cada palabra se me agrandaba. Lo tengo por el pupo. Me puse una bufanda arriba, pero se me corre cada vez que respiro.

-Usted lo hace para tentarme...

-Déjese de paranoias, Fausto y hablemos como dos hombres...

-Para Usted será fácil, pero a mí se me van los ojos. Encima es la primera vez que una mina me habla sin intenciones de levantar... mi oro.

-Piense que soy el diablo y déjese de embromar, Fausto. Además, el mundo está lleno de mujeres que no buscan el oro. Hay que esforzarse un poco, che.

-¡Justo Usted me va a venir a dar sermones! ¿...Cómo me dijo que se llamaba?

-Mefistófeles.

-¿Mefistófeles? ¡No puede ser! ¿No tienen otro nombre? ¿Todos se llaman Mefistófeles? ¿O es una tribu...? ¿A todos los que nos llamamos Fausto nos toca un diablo con el nombre de Mefistófeles?

-Yo soy Mefistófeles y no creo que me haya llamado para resolverle estas preguntas.

-No, el e-mail era para que me librara de los "beneficios" del pacto. ...Usted viene para eso, no?

-Más o menos. Vengo a charlar sobre su pedido. Antes que nada, le voy a ser franco: no es sencillo...

-No empecemos con chicanas. ¿Usted no es diablo?

-La cosa es complicada. Lo que le mostré recién es una fotocopia del documento que me firmó. El original... Mire, Fausto, ... es algo que se tienen que tramitar en el Infierno.

-Y bueno. Metalé. ¿Usted no es diablo?

-Es que lo que me firmó... Además... tengo un problema. Mire, para serle franco: Quiero comunicarme con el Infierno y no puedo. Parece que

cambiaron los sistemas, la dirección, la contraseña... Y entre que yo ando medio perdido y que soy olvidadizo.

-¿Un diablo perdido? ¿Pero en este país no se salva nadie?

-Vengo de gastarme cuatrocientos dólares en tarjetas telefónicas. Conseguí el número de Informaciones del Infierno. Pero no me sirve. Es una computadora: "Si busca pecados nuevos marque uno. Perversiones de moda marque 44. Recetas de cocina prohibidas marque 7890". Pero ni un solo lugar para hablar con un diablo de carne y hueso! Aunque miento. Había un lugar, pero necesitaba marcar mi número de Tarjeta Fuego. Hace unos años recibí una nota de Microsoft que me decía que debía comunicarme con un número en Los Angeles para regularizar mi situación y recibir el plástico. Creí que era una cargada del Arcángel Gabriel, con el que siempre me llevé bien. Y no le di bola. Así que soy un indocumentado, che.

-¡No puede Ser! ¿En serio? ¿No hay nada que podamos hacer? Esfuercese un poco. A usted lo deben tener registrado en algún lado y deben estar buscándolo.

-No creo que a los míos les interese encontrarme. Creo que están mejor sin mí.

-Usted, Mefistófeles, parece que tiene una depre machaza.

-Nosotros, querido Fausto, no podemos deprimirnos. Estamos hechos... un poco mejor. Esa no la sufrimos. Además, entiendo a los míos. Como no entré al Infierno muy voluntariamente que digamos, me tienen desconfianza. Dicen que me la paso dudando y pensando y que eso no es posible en un diablo.

-Pero, entonces Usted no es un diablo.

-Mire, Fausto, la cosa no es tan sencilla. ...Para peor las dudas me distraen. Me cuesta mucho concentrarme. Mire, ahora mismo no sé por dónde andábamos...

-En que se distrae.

-Sí, claro. Me pierdo un poco. Hace muchos millones de años que ando medio distraído, pensando en mis cosas y por eso se me escapan algunos errorcitos más o menos graves. Y estas equivocaciones tienen la culpa de que los del Infierno no me extrañen.

-Si Usted es el verdadero Mefistófeles, la historia que sobre Usted cuenta Goethe en el Fausto lo deja como un demonio bravo.

-No olvide que Goethe era un gran poeta. El no presencié el hecho, sólo escribió sobre una historia que había sucedido unos cuantos siglos antes.

-¿En serio?

-Sí. Y Goethe la adornó bastante. ...Los hechos reales sucedieron en el siglo XIII. El "Profesor Fausto" se llamaba realmente Tomás. Yo fui el encargado de tentarlo. ... Le cuento: Desde chiquito se veía que el tal Tomasito iba a ser un pájaro grande y de vuelo alto. El Consejo del Averno recomendó que se le encomendara la tarea a un diablo "AAA". Como a mí me pone loco la discriminación, sea donde sea, me reí y aseguré en público que cualquier hombre o mujer, por más sobresaliente que fueran, dado que era sólo seres humanos, eran pan comido para cualquier diablo común. Me contestaron que me callara y eso me dio más ánimo para seguirla. Aseguré que, si encima se lo daban a un diablo de alto vuelo, no debía ser reconocido, por diferencia de categoría, como en el boxeo, ¿vio?

-Usted sale con cada ejemplo.

-...Hasta llegué a asegurar, delante de los demonios jóvenes, que si se atrevían a dármele a mí, a pesar de mis distracciones y de mi poco compromiso con la causa, era capaz de hacer caer de cola al grandote en el patio del Infierno. Como todos se rieron de mi propuesta, les aposté que si no lograba hacer firmar el pacto de compraventa de alma al gordito Tomás, me iría sin protestar al Limbo

-¿Y? ¿Qué pasó?

-A los diablos les gusta apostar y pensaron que cualquiera de las soluciones era buena para ellos. Si lo enganchaban al personaje, genial: Infierno 1, Cielo 0. Y si no ...se libraban para siempre de un servidor. Así me encontré con la oportunidad de sacarme una duda, la de si un tipo inteligente era capaz vender su alma por vidrios de colores en combo con espejitos. Me tragué el Manual Para Corromper a las Almas Buenas y -sin abusar de mi superioridad- me fui a probarlo al gordito.

-¿Y...? ¿Cómo le fue? ¿Lo pudo tentar? ¿Pudo convencer al gordito de que le vendiera el alma?

-Más o menos. Le aseguré que tenía lo que él había buscado a lo largo de su vida. Yo podía transformarlo de buey siciliano que parecía en un pintón adonis griego... Sin que tuviera que dejar ni los dulces, ni lo salado, ni el vino, ni nada... A mí me pareció el mejor anzuelo para un gordo. El tipo me miró fijo y... ¡Pero no me haga acordar! ¡Un papelón, che! El tipo casi sufre un infarto del ataque de risa que tuvo. Para que se la voy a hacer larga: En la historia al gordito grandote se lo conoce como Santo Tomás de Aquino, también llamado "Doctor Angelicus, el Buey Sabio de Sicilia", el teólogo que jodió al Infierno por más de quinientos años...

-¡La milonga!

-Milonga era la que me querían hacer bailar en el Infierno, pero a las patadas

-¿Y se tuvo que ir al Limbo?

-Ir fui, pero no me aceptaron. Los de ahí pusieron cara de Limbo, dijeron que no había visas para los del Infierno y me mandaron elegantemente al diablo. En el Infierno no tuvieron otra que aguantársela.

-Bueno, pero ya hace una eternidad que pasó eso.

-Para Ustedes, Fausto, que duran poco, cualquier cosa les parece una eternidad. Para mí fue ayer. Pero ésa no fue la peor... La que me significó la Excomúnica Reservada pasó hace sólo unos pocos años.

-¿Qué otra macana se mandó, Mefistófeles?

-Después de lo del gordo Tomás de Aquino me sacaron de la Europa linda y me mandaron al fin del mundo, a España, donde en ese tiempo los de la Inquisición los tenían a todos tan cortitos, que hasta los más santos rezaban para que el Diablo se llevaran a esos monseñores. Y yo que tengo mi carácter no me aguanté mandarle una cartita a los dos Jefes, al del Cielo y al de Abajo. Les dije que no teníamos derecho a jorobar tanto a la gente. Estoy seguro que no les gustó que les dijera que algún día les iba a armar una huelga de ángeles y diablos, con ocupación de los lugares de trabajo. Lo único que logré fue que los de Arriba y los del Infierno se pusieran de acuerdo: Terminé deportado al nuevo fin del mundo, que recién se había descubierto. Llegué a estas tierras del Rio Plata, donde terminan las Américas, con Garay en 1580. Soy más porteño que la Pirámide de Mayo. ...Justamente en este café Tortoni... Pero...¿Cómo llegué a contarle esto?

-Me estaba por contar la última de sus desgracias.

- ¡Ah, sí! Disculpémé. Es que me pierdo un poco... Bueno. Después de aguantarme más de cuatrocientos años en esta Buenos Aires querida, me vinieron ganas de ver nuevamente París, Roma, Atenas. Sabía que no me iban a levantar así como así la prohibición de viajar. Por eso, me pasé años pensando alternativas más o menos serias para conseguirlo, hasta que un día la suerte golpeó mi puerta: El Papa Pablo VI estaba agonizando y se me cruzó una gran idea. Mandé un telegrama al Infierno diciendo que todos los años de retiro espiritual donde el diablo había perdido el poncho, los había usado para estudiar a los humanos y descubrir cómo aprovechar que todos son pecadores en potencia. Les

aseguré que había descubierto un método infalible para hacer caer al más pintado. Estaba tan seguro de lo que decía que les proponía probar mi receta con el próximo Papa.

-¿Y le aceptaron la propuesta, Mefistófeles?

-No fue fácil. Todos lo tomaron a chacota allá abajo, pero yo me la tenía estudiada. Hice que mi telegrama-propuesta le llegara también al Arcángel Gabriel, Comandante en jefe de la milicia celestial. ¿...Le conté que me llevo bien con él, no?

-Sí.

-Bueno. La cosa se hizo entonces pública y apareció como un desafío. Del Cielo dijeron que no podía existir una fórmula así y que se trataba de otro operativo de prensa de Abajo. Yo insistí a los gritos y telegramas, de tal forma que los de mi bando no tuvieron manera de echarse atrás sin pasar vergüenza. Cruzando los dedos me tuvieron que autorizar el viaje y el experimento.

-Pero... ¿Usted sabía lo que hacía o estaba improvisando?

-¿Sabe, Fausto, lo que pensaba viajar y disfrutar? ¿Sabe el vino dei Castelli Romani que me pensaba mandar al garguero? Yo me había cuidado muy bien de no especificar cuanto tiempo duraba “mi tratamiento”. El Papa a ser elegido iba a vivir unos cuantos años, yo pensaba pasarla bien y que con el tiempo, el tema iba a ser relegado de la primera plana a las oscuras páginas de algún suplemento sobre ofertas de pañales para adultos, hasta desaparecer. Con buenas razones esperaba que los Bancos Ambrosianos de este mundo, los musulmanes, los chinos, los rusos y los yankees ayudaran a desviar la atención hacia otros lados y que cuando llegara el momento...

-Me parece que el final que planeó era medio pobre... Bueno, cuénteme lo que pasó.

-¡Se me dio vuelta la taba! No tuve problemas de final. ...Como Abajo desconfiaban de mí me pusieron la obligación de presentar todos los días un informe sobre mis logros. En el infierno, todas las tardes se sentaban a escuchar mis mensajes cifrados. La telenovela que yo escribía les contaba que el nuevo Papa veía mi presencia con simpatía, que me escuchaba con atención, que me comentaba que tenía dudas. En una palabra: que me lo iba metiendo en el bolsillo. ...Todos los días agregaba algún detalle sobre “mis progresos”.

-¿Y? ¿Qué? ¿Lo descubrieron? ¿Alguien lo deschavó...?

-¡Qué deschave ni que Chapulín Colorado! El sucesor de Pablo VI fue el Papa Juan Pablo I... ¡El que fue Papa menos de un mes! ¡De un día para otro espichó sin aviso! ¡Ni gripe tuvo! Cenó como un león y se fue como un pajarito. ¿Quién podía pensar que se iba a morir tan pronto? Era un hombre joven. El rebusque debía durar años, décadas. Se murió justo cuando yo acababa de mandar un informe donde decía que el Papa se iba decidiendo pero que me pedía tiempo para firmar la entrega del alma, para no despertar sospechas en la Curia Vaticana.

-Me imagino que no era verdad...

-El tipo era un santo. Fíjese que la vida no le había hecho perder la sonrisa. Y el celibato tampoco. No llegué a conocerlo. Es que me tiraban más las távolas caldas con pasta al dente y las gargaritas de buen vino. Dicen que cuando se murió, bajó San Gabriel a llevarlo personalmente al Cielo. Me contaron algunos ángeles que todavía son amigos míos, que el Arcángel estaba serio y dolido, pero que de vez en cuando se acordaba de “mi seguro tratamiento” y se tentaba tanto de risa que se tenía que tapar la boca con un ala. Le sintetizo: Fue una de las pocas veces que Arriba tuvieron que suspender el concierto de arpa de la tarde. No podían parar de reírse y las toses no alcanzaban para tapar las carcajadas. Me

contaron que en primera fila, sonriendo, pero sin entender mucho que digamos, estaba el papa Juan Pablo I.

-¿Y en el Infierno que le hicieron?

- Me encajaron la Excomúnica. La peor de todas, la Reservada. El Jefe hizo pelito para la vieja diablo. Significa que no quieren saber más de mí. Para salvarse del papelón con los de Arriba, hicieron correr la bola de que, como el Sumo Pontífice estaba a punto de cambiarse de bando, los de la Curia Vaticana, en connivencia con la Mafia Norteamericana, le pusieron algo en el caldo desgrasado de la noche.

-¿Entonces lo despidieron? ¿Ya no es más un diablo?

-Yo no lo diría así. No es fácil explicarlo. Nunca lo fui del todo.

-¿Lo mandaron al banco de suplentes?

-Algo parecido.

-Disculpe que sea un poco egoísta, pero... ¿Qué pasa con el pacto que le firmé? ¿Ya no puede hacer nada para parar los cinco kilos de oro? ¿Me tengo que aguantar hasta que le devuelvan la categoría de diablo pleno?

-No sea patético, Fausto. Lo suyo... No va a ser fácil. Ya le he contado algunas distracciones que padezco, producto de que me asaltan las dudas y me empantanano. En su caso pasó algo bravo. Me da vergüenza decirlo... Su caso no está registrado.

-¿Cómo?!

-No lo registré. No me acuerdo bien, pero cada vez que anduve con esos pactos siempre se me cruzó lo del gordo Santo Tomás de Aquino y lo de que el contrato no es válido. Por eso no cuidé mucho las formalidades. Además, Usted no sabe lo que es un para un espíritu amplio como el mío cumplir con todos los pasos de la norma Iso 9666... Siempre hay algo que falla. En su caso me parece que me distraje con algo que estaba pasando en Corea, o acá con el peronismo. No me acuerdo bien.

...Siempre tuve despelotado el escritorio y cuando tuve la posibilidad de

volver a Roma y a Europa, me fui dejándolo bastante desordenado. Hasta me olvidé la luz prendida. Los dueños del departamento tuvieron que abrir para apagarla y entonces descubrieron montañas de papeles, con un cierto tufillo a azufre, que su ciencia gallega atribuyó a ratones con problemas de gases.

No tuvieron mejor idea que encargarle la limpieza a un tal Báez, un cartonero de los de antes. El tal Báez les vendió por chirolas todos los papeles, registros y documentos que yo tenía a un colegio de San Telmo. Trescientos pibes los usaron para hacer con engrudo títeres para el día de la Madre.

Del pacto suyo lo único que tengo es la fotocopia que le mostré. La tengo porque allí había anotado el número de teléfono de Monseñor Marcinkus, a quien le pedí el pasaje a Roma... Fijesé: ¿Ve? Donde se lee "Magnelli" en el borde de abajo, estaba su firma. Con el tiempo se fue borrando y ya no queda ni el más mínimo rastro. O sea: fotocopia sin firma... En el Infierno si lo conocen es sólo de oídas. No tienen nada documentado.

-¡Pero y ahora qué hago? ¡Hay que ser descuidado, che! ¿Quién me saca lo del oro? ¡Usted es medio-medio, che! ¿En serio que no puede hacer nada de nada?

-Mire, Fausto: El que sea un diablo castigado y que ahora tenga un poco corrido el rimmel no quiere decir que no tenga ningún poder. Quizá pueda hacer algo, no mucho.

-Mucho se ve que no puede... Mírese el aspecto que tiene. ¡Parece una mina de la vida!

-¿Así que no puedo? ...Mirá, pibe: ¡¡"Nenequiereteta!!

-¡...A la mierda! ¿...Có... Cómo hizo? ¿Cómo hizo para convertirse en bebé! Discúlpeme, no quise ofenderlo. Lo de "mina de la vida" fue una forma de decir. ¡Pero no se enoje! ... Dele, vuelva como estaba antes.

Todos nos están mirando y el mozo empieza a babear con la boca abierta como una sandía calada.

- Está bien no soy rencoroso, pero tengo mi orgullo... ¡¡"Cacapopoputa"!!

- ¡Ah! ¡Qué suerte que volvió, Mefistófeles! Aunque ahora está con una salida de baño, en lugar del vestido cortito rojo que traía... No se me enoje, pero tiene pinta de muñeca brava... a las ocho de la mañana.

- ¡Ahora me acuerdo de la palabrita! ¿Vio que todo es cuestión de tiempo? Ahora va a ver que aparezco como un hombre común: "¡Pintabolúnormal!" ¡Uf! ¿Ve? Ya estoy como siempre. Me había olvidado la fórmula. Si me permite, la voy a escribir en una servilleta. ...Por si me vuelvo a olvidar.

- Ahora que está como la primera vez que nos vimos, ¿Por qué no me explica que puedo hacer? ¿Qué pasó con el documento que le firmé?

-No está registrado. No existe. La venta de su alma no tiene boleta...

-¿Y eso qué significa?

-Los de Abajo no tienen de donde agarrarse. Como no tienen el documento de respaldo no pueden ni protestar. Se van a tener que aguantar lo que venga, sea lo que sea. Lo único que van a poder hacer, será agarrárselas conmigo, como siempre.

-¿Y entonces? Francamente no lo entiendo.

- Mire, Fausto -esto se lo cuento off de record y humildemente-, cada vez me convenzo más de que los de Abajo no tuvieron mucho que ver con su pacto, su alma y su oro... Yo no mandé el original al infierno. Yo lo perdí. , pero fui yo quien consiguió que jugara en la primera de Boca y también lo del oro. ¡Se da cuenta? Los de Abajo fueron de palo.

-¡Sea claro, hombre!!

-Las cosas que pasaron tuvieron que ser... milagritos míos, sin ayuda externa.

-¡Y entonces?

-Que quizá yo lo pueda arreglar sin los de Abajo. ...Siempre y cuando me acuerde la fórmula. ¿A ver? Espere ¿Cómo era? Ah! Sí, me parece que es ésta.

-¡Piénsela bien, Mefistófeles! ¡A ver si me convierte en sapo y termino comiendo mosquitos en el Delta!

-Tranquilo, Fausto. Confíe en mí.

-Está bien. Y ya que está por hacer un milagro. ¿No le puede agregar unas palabritas respecto a la edad? Si todo anda bien voy a tener mi edad verdadera ¿No puede hacerme un cachito más joven?

-No, querido. Meterse un cachito con el tiempo es un milagro mayor. Un cachito no puedo. Eso es de cirujanos plásticos. Lo que puedo es convertirlo totalmente en joven.

-¡No! Joven de vuelta, no. Sólo quiero unos años menos. Si me quita muchos me voy a sentir perdido. Nadie me va a entender que soy del tiempo de la bolita cola, de la mancha venenosa, del rango y mida y del mete-gol entra con pelota de goma.

-¿Sabe que sucede, Fausto? Sacar algunos añitos es un tema tan, pero tan complicado que el Infierno lo dejó en manos de las mujeres.

- Bueno ¡Qué se le va a hacer! ¿Y lo del oro?

- Ya le dije que eso lo puedo manejar :”¡¡Midas al carajo!!”

- ¡Mefistófeles, ya no tengo el oro en los bolsillos! ¡Gracias! ¡Gracias, che!

-De nada, hombre de poca fe.

-¡Que lo tiró de las patas! ¡Parece mentira no tener ese peso en los bolsillos y en mi vida! ¡Esto hay que celebrarlo! Venga lo invito. Vamos a algún boliche que tenga de esos Chianti que le gustan.

-Meta...

-Disculpe, Mefistófeles... con el oro desapareció también mi billetera...

-Querido Fausto, Usted pidió que le hiciera desaparecer el oro. ¿No me vendrá ahora con minucias, no?

-No. Es que... No sé cómo voy a hacer para pagar... ¡Ah! Y hablando de pagar, ¿qué pasó con mi alma? ¿Es posible que la pueda recuperar?

-¿No le dije que soy distraído? ¿Alma? ¿Venta de alma? ¿Usted tiene boleta? ¿Algo firmado, che? Yo nunca vi nada... Me parece que desde ahora Usted va a tener que bancarse el alma de nuevo. Lo siento. Haga lo que pueda con ella, viejo. Es cosa suya.

-¡Gracias! ¡Usted es lo más grande! ¡No se cómo agradecerle!

-No se haga problema, m'hijo, que algunos nacimos para sufrir. Y si no mire: Un tipo que siempre tuvo los bolsillos rotos de tanto llevar oro, me invita a celebrar algo bueno que le pasó. ¿y sabe qué me imagino? Que el que va a terminar levantando el muerto va a ser este pobre diablo, che. ¡Parece que no tuvieran alma!

Bichi

- ¡Hola! ¿Rolo? ¡¡Vení para casa ya!!
- ¿Qué pasa, Tati? ¿Te pasó algo?
- ¿Algo? ¡No sabés! ¡Me pasó todo! Y vos a veinte mil kilómetros!!!
- ¡Qué te pasó? ¡Por favor, Tati, calmate!
- Sí, claro, total vos estás ahí sentado lo más tranquilo.
- Tati, estamos de inventario... Es una vez cada seis meses.
- ¡Yo también trabajo y no digo nada! ...Y me tengo que aguantar con la ventana abierta y el chiflete que me entra por las piernas, que justo me había sacado las medias.
- ¿Ventana abierta? ¿Con este frío? ¡Dale, Tati, contame que pasa! ¿El gas? ¿Pasó algo con el gas?
- ¡Con el gas me voy a matar si no venís como prometiste!
- ¡¡Tati!! Pará y contame. ¡Me volvés loco!
- ¡Y qué tengo que decir yo que me tengo que morir del corazón, sola... como si no estuviera casada!
- ¡¿Qué pasa, por Dios!
- ¿Qué pasa? ¡¡Pasa que hay una cucaracha inmensa!!
- ¡Ah! Bueno... Me imaginé una desgracia.
- ¿Te parece que puede haber peor desgracia que tener cucarachas en la casa!! ¡¡Hace apenas seis meses que estamos casados y ya no te importan las cucarachas tamaño baño!! ¡Mañana nos mudamos de este departamento... y que te devuelvan los alquileres que adelantaste... y el depósito!
- Tati... Tati... Calmate.

- ¿Calmate? ¡Vos porque no la tenés enfrente! Y dame charla para que me calme, nomás. Como si yo no me diera cuenta. Para vos es fácil. Total estás lejos... Vos me prometiste que venías. ¡Me lo juraste! O ya te olvidaste de cuando me llevaste al hotel ése de porquería y apareció una cuca. Vos me juraste que si en nuestra futura casa aparecía una, vos dejabas todo y venías a defenderme. Pero seguro que lo dijiste para que me bajara de arriba del lavatorio y parara con los gritos.

- En media hora termino y voy rajando para casa.

-En media hora me encontrás en casa de mamá. Y para siempre. Así que venís y venís... ¡O voy allá y te traigo! Pero no puedo porque si me muevo se puede ir a la comida, o a la ropa. ¡Hasta a lo de mi mamá se puede ir!!

-Bueno, Tati, tenés que tranquilizarte. Vos sabés que las cucarachas...

-¡Te aprovechás porque le tengo miedo a las cucarachas y a las arañas!
¡Y qué? ¿Vos no le tenés miedo a tu jefe? Que a Gonzaga no le gusta esto, que Gonzaga se vuelve loco por lo otro...

-Tati, calma. Sabés que...

-Lo único que sé es que hay un monstruo. Una cucaracha redonda inmensa.

-Tati, las cucarachas no son redondas...

-Y bueno, cuando me hagan la autopsia pedí que me vea un oculista. Es redonda te digo y con cuatro ojos. Debe ser de las asquerosas que vuelan, porque no le veo las patas... Tiene una mirada asesina en cada uno de los cuatro ojos y está como para saltar y picarme.

-Tati, vos sabés que no atacan... No hacen nada.

-El que no hace nada sos vos. Me prometiste que si había algún bicho vos dejabas todo y venías a ayudarme. Seguro que lo hiciste porque estábamos en un hotel de esos...

-¿Cómo decís eso, Tati. Yo te quiero. Concentrate y pensá: "Mente superior domina mente inferior".

-¡No me jodas, desgraciado! Quisiera verte a vos con semejante bicho...

Encima de que me pone loca, vos decís que es más inteligente que yo!

Parece una araña brillante y sin patas. Te quisiera ver a vos.

-No te enojés, dulce...

-Sí, endulzame ahora.

-Usted es mi reina, mi bichi querida.

-¡Pero vos sos un bolú! ¿Justo "bichi" me decís cuando me amenaza una cucaracha asesina, grande como dos monedas de un peso? Mira: es más grande que los botones de tu sobretodo...

-...Esteee.... Bueno... ¡No me digas? ¿Por qué no intentás tirarle insecticida? Creo que hay uno en aerosol en el estante de abajo del lavadero.

-¿Me vas a decir a mí dónde están las cosas en "mi" casa? Ya le tiré de todo y de todas las marcas. Hasta le tiré agua oxigenada con el secador. En un momento que me volví loca le pegué con el escobillón y nada. Ni se mosqueó. Hace un rato abrí la ventana para que vuele para afuera y lo único que hace es mirarme con desprecio. Como si no aceptara órdenes de nadie y la maldita supiera que no las puedo ni ver. Al principio, de pura desesperación cerré la puerta de la cocina y cuando me animé a mirar por el agujerito de la llave: ¡¡¡Me estaba espiando con los cuatro ojos a la vez y sin moverse de su lugar!!!

-Tati. ¡Tati! Escuchame, por favor. Tati...

-Sabés que cuando estoy enojada no me gusta que me digas Tati. Por respeto me tenés que decir "Tatiana".

-Está bien, Tatiana; pero calmate, mi amor... Gonzaga acaba de irse. Mirá, ya me estoy poniendo el saco y voy para allá. Salí de la cocina y cerré la puerta.

-¿Y si se mete en la heladera?

- ¡Cómo se va a meter en la heladera, Tatiana?

-¡Vos no sabés de lo que son capaces estos animales! ¡Sobrevivieron a los Dinosaurios!

-Cuelgo, Tatiana y vuelo para allá.

-¿Por qué me decís Tatiana? ¿Ya no soy más tu Tati? ...Y todo por culpa de esta porquería de cucaracha.

En la estación Medrano del subte "B", en la formación que pasó hacia Federico Lacroze a las 19,27 horas, en el tercer vagón, un muchacho acariciaba unos hilos sueltos de donde había colgado hasta la noche anterior un botón negro, grandote, que desde unos días atrás venía amenazando con caerse. Si hubiera habido una mente superior en las inmediaciones hubiera podido leer en sus ojos: "¡¿Cómo le digo a Tati que si esta mañana yo le hubiera pedido que me cosiera el botón del sobretodo, ella no estaría ahora en peligro de muerte frente a una cucaracha asesina.?!"

LA MUERTE DE LAS IDEOLOGÍAS

Señor Presidente de la
Bolsa de Comercio de Buenos Aires
PRESENTE

Estimado Señor Presidente

¿Cómo le va? ¿Todo bien? Me alegro. Saludos de toda mi familia y míos también. ¿Qué cómo me va a mí? Fenómeno y más contento que nunca. Es que... ¿sabe?, le escribo para adjuntarle el trabajo de investigación, el que hay que entregar al finalizar la Beca. Y... sí, señor, lo traigo recién hoy, porque el día que lo traje, el empleado de Cultura y Becas me desayunó con que había que traer dos ejemplares y una nota de presentación. ...Le explico: Tardé algunos días porque la copia la tuve que hacer a mano, por razones presupuestarias, pero teniendo el original a la vista.

Le ruego firme aquí: X..... como recibo de que le entrego en mano mi trabajo (tesis) "La Muerte de las Ideologías". No hace falta que me aclare la firma, pero úseme letra legible, por favor. No lo hago por mí, sino por el empleado ut supra mencionado, que tiene toda la pinta de pesado de tipo burocrático. Gracias. Usted se las merece.

Desde que tengo uso de razón (más o menos segundo año de la Escuela J. C. Vieytes), vengo diciendo que quiero ser periodista de éxito, y sino de deportes. Cada vez que lo dije, todos los de mi familia me respondieron: "Hablá con tu tío Héctor Jorge que tiene muchos contactos". Cosa que constaté cuando fui a verlo. Las palabras casi

textuales del tío fueron: “Andá y anotate en la Beca de Periodismo que da la Bolsa de Comercio. Yo tengo allí unos amigos, en el sector Seguridad, que antes trabajaron conmigo... de viajeros”.

Y así fue como se cruzaron en mi vida dos Grandes

Coordenadas: La Bolsa (con su Beca) y mi Tío (con sus contactos y consejos). Creo que a ambos les debo el haberme recibido y que en pocos días o meses, esté a punto de obtener directamente y sin ningún tipo de acomodo o concurso, un puestazo, que no nombro para no quemarlo, con sueldo, bonos y todo.

Pero le vuelvo, señor Presidente, a los comienzos del principio: Seguí el consejo de mi tío Héctor Jorge, y rumbié a ver a sus amigos del sector Seguridad de la Bolsa. Unos tipos geniales, se lo puedo asegurar, y con una palanca bárbara. Al rato nomás, ya tenía en el bolsillo del saco la amistad de esos señores de pelo corto, y toda la papelería referida a la Beca “Wall Street” (“para quienes sientan ganas de formar, reformar o deformar la opinión pública o privada”, según decía (+ -) un folletito azul, que todavía lo tengo en algún lado, pero que si me pregunta no sé bien donde, por ahora).

Todos los postulantes para la Beca tuvimos que pasar por una entrevista ¿...Qué cómo me fue? ¡Y cómo no me iba a ir fenómeno! Nadie escatimó nada: yo aporté las ganas y los amigos de mi tío pusieron lo que hay que poner (lo suyo).

Le aclaro que me preparé con todo para esa entrevista: Fui con el diploma del secundario (bien planchado a causa de algunos arrugones en los bordes) y con el ánimo tranquilo, cosa que no me cuesta mucho, pues soy de los que en los momentos difíciles se sienten dueños de la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad (como todos).

Modestamente le confieso que los de la entrevista se quedaron patitiosos conmigo. Ellos muy astutamente me preguntaron por qué me

consideraba candidato a la Beca y yo les enchufé que estaba seguro de ganarla pues llevaba la corbata de la primera comunión, que nunca me había fallado, ni en marzo, ni con las previas. Como eran de la Bolsa de Comercio, que Usted tan dignamente preside, les bajé que a mí el comercio me viene de chico, pues siempre fui bueno para las cambiaditas y los pelitos para la vieja. Y cuando estaban medios groggy, los rematé con mi promedio del secundario (4,16), que muestra a las claras que me las sé rebuscar bastante bien, a pesar de las ganas que me tenían todos los profesores, los celadores y el gremio maricón de los alumnos alcahuetes (en sus cuatro sexos y/o géneros).

¿Sabe qué les dije a los de la entrevista antes de irme? Que yo no necesitaba la recomendación del señor Presidente, ni la presión de los muchachos de la Vigilancia, pero que la familia había insistido, especialmente mi tío, el de la Side.

Han pasado ya casi nueve años y medio desde que me otorgaron la Beca para estudiar de periodista y hace sólo un mes que terminé el Curso que seguí (carta a carta) en la Universidad PanLatinoAmericana, donde obtuve el diploma de “Idóneo en Multimedios Periodísticos Múltiples”, título que me habilita en más de cuarenta países libres.

O sea, que los que me otorgaron la Beca -especialmente Usted y mis amigos de la Vigilancia- se pueden sentir orgullosos. Pero no vengo a vanagloriarme ni a abusar de la paciencia del Señor Presidente, que la debe tener bastante cargada con el trabajo en un puesto como el suyo y con la familia que le debe haber tocado. Hoy me focalizo (este verbo me encanta. A mi hermana, la más grande, no; dice que le hace acordar a óptica y a anteojudos) en la presentación de la monografía exigida a todos los becarios cuando se reciben.

Como Usted recordará, ese año nos encomendaron centrar nuestras monografías en el tema “La Muerte de las Ideologías”. A mí me

impresionó tanto el tema que pensé elegir como título para mi trabajo: "Muerto el chanco ideológico, se acabó la triquinosis ideologizada. Amén". Aquí, en la confidencialidad del sobre, le cuento que también se me ocurrió "Ideología hay una sola, las demás son de las", pero no los usé porque me los bochó mi censura interna (turno tarde). Como podrá apreciar, terminé coartando mi libertad de expresión, en aras a ser original y le puse como título " la Muerte de las Ideologías". En el paquete que adjunto van las quinientas páginas, escritas a espacio chico, sin repetir ninguna y con varios anexos, que reúnen otras cuatrocientas (plus o) más.

Permítame, aunque esta carta sea para Usted solo, agradecer a mis dos padrinos de investigación. Sin ellos las novecientas hojas estarían bastante en blanco. En primer término, al socio de la Bolsa de Comercio, Señor Carmelo Danilo Garlatti Trotta, quien fuera nombrado tutor de mi tesis en representación de la propia Bolsa.

Al Señor Garlatti Trotta le debo mucha favores, y a su secretaria, la Señorita Alicia Susana, también. El Señor socio de la Bolsa me acercó dos libros que había leído y me llevó a comer a unos cuantos lugares (menú ejecutivo), en compañía de la Señorita Alicia Susana, sin tener jamás un "No" entre nosotros (tres). También le debo que me permite devolverle en cuotas unos pesitos, que me facilitó para unas vacaciones en Florianópolis (Le aclaro también a Usted que si allá me encontré con la Señorita Alicia Susana, fue casi por casualidad).

Mi otro padrino, don Héctor Jorge Garmendia, me apadrinó en representación de mi familia. Ya le comenté que fue él quien me recomendó presentarme a la Beca de la Bolsa. Pero no terminó allí su papel en mi vida. Paso a explicarle: Mi tía Dolores es la hermana mayor de mi mamá y toda la vida se la pasa aconsejando hijos, sobrinos y demás deudos. El marido de ella es mi tío Héctor Jorge Garmendia, un

tipo reservado, que dice que trabaja de viajante, pero que todos sabemos que es empleado del Servicio de Informaciones del Estado (SIDE), especialmente después que le escribieron “Buchón” con pintura roja en el frente de la casa.

Cuando tuve la beca en mi bolsillo volví a la casa de mi tío para agradecerle y consultar los pasos a seguir. No me preocupaban las materias. Estaba obsesionado con la investigación que debía hacer al final de la carrera para obtener el título. ¿Y quién mejor que mi tío de Investigaciones para echarme una manito?!

Me recibió mi tía Dolores, la de los consejos. Para ahorrarme algunos de ellos, le dije que quería hablar con el tío a solas, porque se trataba de un tema personal. La tía me entendió enseguida y salió a buscar a su marido, aunque antes me susurró “Preguntale todo, nene... pero siempre usá preservativos. Siempre, nene, siempre”, consejo que me agarró tan desprevenido que le contesté: “Gracias, tía, los uso todo el día”. No pude hacer nada para que la tía cerrara la boca.

Como Usted bien supondrá, Señor Presidente, no fui en cueros a ver a mi tío Héctor Jorge. Al contrario, me presenté dominando el tema de la “Muerte de las Ideologías” como si fuera un sepulturero. En eso cumplí con el consejo que me dio el otro padrino, el Señor socio de la Bolsa Garlatti Trotta, quien no se cansaba de decirme, cuando me distraía mirando a la señorita Alicia Susana: “No deschabés tus cartas que nadie está atendiendo su juego. Todos están pendientes del de los otros. Hay que hacer una cosa y mostrar otra. Y no te dejés llevar por el rebaño. Los rebaños siempre terminan en el matadero... Allí los está esperando Impositiva, pibe. Vos buscá tu atajo”.

Por eso decidí esquivar los mil y pico de libros que se han escrito o se están bosquejando sobre este tema de las ideologías en coma (hasta hay uno de un tal Fujiyama, que tengo entendido es un ponja

como Pokemon). Yo me decidí a intentar otra cosa. Me sobra el coraje suficiente y tengo lo que hay que tener. Soy de la raza que se anima a hacer investigación en vivo y no en vitro. Y con eso (un poco más desarrollado) fui a ver a mi tío Héctor Jorge Garmendia.

Pero antes de contarle la charla con mi tío, le voy a contar cómo se me iluminó la mente para investigar en vivo. Contándosela corta (la verdad), la cosa me viene de lejos: Hace años se la juré a una vecinita, que vive pared por medio de mi casa (en realidad Depto. G, segundo cuerpo. P. B.). Cada vez que intenté hacerme el canchero con ella, la minita se hizo la estrecha conmigo. Resultado: Desde ahí le tengo ganas, que con el tiempo se me extendieron a toda la familia.

Por más que me propuse no darle bola, siempre logró que me sintiera como un estúpido frente a ella y frente a mí mismo, que en mi caso es peor. Esto fue acrecentando mis ganas de venganza, dentro de la ley (y el orden). Por ello desde hace tiempo que ando buscando la ocasión de zamparle(s) un patadón donde termina el elástico (no voy a bajar a detalles de la prenda, aunque me lo pida Usted, señor Presidente).

Claro que con un patadón pelado sólo quedaría contenta mi parte animal. La racional diría que es un delito casi criminal (crimen en sentido figurado amplio y no sexual). El complemento racional me lo facilitó la Beca y el tema ése de la Ideologías.

Se lo pongo fácil, señor Presidente. Si las ideologías son la cosa más jodida que hay en el mundo, esta gente, para ser tan, pero tan jodida conmigo, tenía que estar ideologizada hasta el caracú. Sólo eso explicaría el alto grado de hijoputez de esa familia de reventados, que no se juntan, se creen superiores (especialmente la hija) y saludan solamente si uno lo hace, y con una cabeceada, como por obligación. ...O

sea que fin descubrí que lo que me producía tanto rechazo era la ideología de esta gente (especialmente la de la hija).

Como le digo, lo de las Ideologías me iluminó. En verdad me encandiló, tanto que casi me caigo de cúbito dorsal al suelo (patrio). Me salvó la cama. Y ahí (en la cama) lo decidí: ¿Para qué iba a perder tiempo investigando sobre libros de ideología si podía investigar sobre personas ideologizadas?

Lo primero que hice después de tomar la decisión fue desterrar una duda que tenía de antes y me decía que lo mío era calentura. Su Bolsa, señor Presidente, me hizo ver que se trataba de un claro caso de rechazo frontal a las ideologías, nada que ver con fiebres o temperaturas corporales.

Fue en ese momento (no en la cama, sino ya de pie) que renové mi juramento: ¡¡¡Hacer pomada a las ideologías y a la respingada nariz - ideologizada - para arriba de mi maldita vecina y a su porquería de familia ideologizada!!!

Con esta convicción y juramento fui a ver a mi tío. El tipo, que es serio y de pocas palabras, me escuchó en un silencio densamente varonil; después, mirándome a los ojos, sólo me dijo cuatro cosas, que han guiado mi trabajo de investigador: “Primero: Las ganas solas no alcanzan. Segundo: Investiga, investiga y no dejes de investigar, pase lo que pase. Tercero: De arriba no esperés ayuda, por la falta de presupuesto... y de los costados, esperá sólo envidia.”

¿Y la cuarta? Se preguntará Usted, señor Presidente. Calma, que todavía estoy cerca para ayudarlo en sus problemas.

Cuando me estaba por retirar, el hombre me dijo: “Tomá, leé esto. Ahí vas a encontrar la clave. Así piensa El Monstruo. Leelo despacio. Es tan valioso como la Biblia. Te va a ayudar a descubrir donde se esconde y hasta donde llegan Sus Tentáculos” . Y mientras yo

guardaba el folleto que me daba, agregó: "Cuidate de la familia de esa piba... Inmortales seguro que no son, pero, ¿y si son contagiosos?"

Sin decir más, me tomó de un brazo y me llevó a un galpón que tiene en el fondo. Allí en voz baja me dijo: "Esto no es oficial... Yo no puedo... Pero, para investigar: Usá método. Agujereá lo más que puedas la pared. En el agujero apoyá una copa. Mete la oreja atrás y escuchá. La verdad se impone sola, pero hay que ayudarla. Y anotá todo, pero todo". Luego el tío me abrazó y puso en mis manos un taladro mediano. Después casi llorando agregó: "Copa no te puedo dar. Tu tía las tiene contadas".

En el colectivo de vuelta devoré el folletito. Me pasé ocho paradas, pero lo leí entero. Fue mi primer acercamiento al "Grupo".

¡Gracias tío, don Jorge Héctor Garmendia, por tu taladro y el folleto! Sin ellos, lo mío sería caca de mariposa de invierno.

El librito decía cosas muy bravas... Hasta, jugándose la vida, revelaba el nombre del "Grupo". Yo también lo hago asumiendo (personalmente, D.N.I. 9.057.919) todo el riesgo: El grupo maldito se llama "YOUR SISTER". Ese es el nombre y ese es el grupo, por si me pasa algo, que me lo voy a aguantar bien de pie, y que vayan saliendo, si son machos.

Como Usted me ha caído simpático desde que empecé a escribirle, le voy a resumir algunos párrafos del folleto. Le aclaro, por las dudas, que si hay algún punto que no entiende bien, se debe a que lo llevo conmigo siempre y hay algunas páginas que han sufrido los avatares de vivir en la provincia y tener más de una hora y media de viaje al centro. Le cuento que un día en el 540 "J", un muchachote me lo sacó del bolsillo (con intenciones de que fuera billetera) y se lo llevó para el fondo del colectivo. A los cinco minutos volvió, me lo metió medio fuerte

en el bolsillo y me miró a los ojos. El texto lo debe haber regenerado instantáneamente y redimido de su profesión (chorro en general, punga).

Y va la cita del folleto, nomás:

“La batalla final ha comenzado. El Monstruo Infernal –mezcla de Víbora de Chiquero y Rata Asquerosa ha llenado el mundo con sus huevos. De allí nacen sus vástagos, los malditos integrantes del Grupo “Your Sister”. ¡Cuídate ¡No te dejés inocular!”

Los hijos del “Dragón de los Mil Gases” se camaleonizan en gente que “parece” normal. De afuera “parecen” un conjunto de educadas familias... Pero, cuidado, que sólo destilan corrosión, dudas y preguntitas sofisticadas frente a lo que es Progreso, Civilización y Tradición.

Por algo este Grupo “Your Sister” (hijos del Cérdico Animal) fue prohibido por los gobiernos de Estados Unidos, Zaire, Irlanda, la Gran Turquía, la Rusia pos-capitalista, Groenlandia e Isla do Sal.

La Inmunda gata Peluda se ha acostumbrado a meterse por todos lados y salta por donde menos se piensa. Algunos científicos señalan está en franco crecimiento desde la época de los “Menefreguistas”, gente sin Dios, que en tiempos de las Cruzadas entre Cristianos y Musulmanes, prefirieron huir sin dar colaboración ni la cara a ninguno de los bandos, mostrando una cretina indiferencia hacia a los encuentros progresistas de intercambio cultural, militar y religioso”.

“Hoy día el Inmundo Alacrán de Azufre, por medio de sus hijos, el “Grupo Your Sister”, se prepara para dar la Batalla Final y deglutir en sus fauces asquerosas a la Pobre Humanidad. Es necesario ubicar a los integrantes de esa Maldita Sociedad para destruirlos antes de que nos dejen sólo con nuestras propias lágrimas..

Para poder ubicarlos aquí van algunas ayudas: “Estos tipos se mofan abiertamente de los medios de comunicación, especialmente de la Televisión y la Publicidad, con todas sus capacidades educativas

implícitas; se ríen por igual tanto de las opiniones de las modelos más hermosas, como de las damas más caritativas; y dudan de la honorabilidad de nuestros dirigentes, aún los conservadores. Tampoco respetan mucho a los economistas y a los símbolos patrios, aún en fechas tradicionales”.

Esta Escatológica Banda corroe el Necesario Optimismo, tan indispensable en las clases más vinculadas al trabajo. Estos desgraciados, en un mundo sin fronteras, se oponen a todo lo que viene de afuera, llámese Globalización, Moda o Dependencia. No aceptan que el nuevo nombre de la Paz es Desarrollo Comercial de tipo franquiciado y critican el inglés, sin darse cuenta que es más fácil hablar inglés, que chapurrear veinte idiomas o más, que los hay.

¿Qué le parecieron los parrafitos, Señor Presidente? ¿No es una joya el folleto? A mí me sirvieron muchísimo en la investigación para mi tesis. Sin estos datos me hubiera sido difícil entender a los Tagliaferro Ortiz, que así se llama la familia de mi ideologizada (Grupo Your Sister) vecinita de porquería.

Hoy puedo certificarle -sin lugar a dudas- que esa familia pertenece al escabroso Grupo Your Sister. Tengo pruebas más que fehacientes. Usted me preguntará cómo lo sé y cómo pude obtener las pruebas. Y yo le contesto: ¿Se olvidó, señor Presidente, del taladro de mi tío?

Le cuento: La perforación fue bastante honda; casi llegó a la superficie del otro lado. El agujero lo hice en mi pieza y lo tapé con el diploma de Séptimo Grado. Lo que sí, tuve que usar vaso y no copa, porque mi mamá encontró una copa del juego en mi pieza y empezó con el refrán de que “ Los borrachos empiezan con copa y terminan con damajuana”... Y me sacó la copa y escondió la llave del aparadorcito de la abuela.

Mi pieza y el vaso limitaron un poco la investigación, pues sólo capté el comedor de visitas de los vecinos y con un sonido más bien imperfecto. Pero todo lo suplió mi buena voluntad y mejor constancia. Lo que no logré fue grabar. No hubo forma de que el micrófono de la grabadora de mi hermana (la más chica), enganchara en la parte de atrás del vaso. Una vez lo pegué con poxipol y además de no escuchar ni pío,

tardé dos semanas es despegarlo y tres en sacarme las durezas de la oreja, de cuando probé si se escuchaba bien. Pero siempre tomé nota de todo. Mi lema fue del vaso a la oreja y de la oreja a la libreta.

De mi vecinita, la desgraciada, casi no pude oír nada porque mi perforación daba al comedor, como le dije y ella se la pasa en la cocina hablando por teléfono, en voz bien baja, lo que me hace suponer que lo hace con gente de otro sexo y vaya a saber con qué fines. Supe que se llama Elisabeth, por los gritos de la madre; pero de ella sólo pude tomar nota del sonido de cuando chamuya por el tubo, que suena como un entrecortado “mmm---mmm---mmm”, que copio textualmente, Señor Presidente, por si quiere derivarlo a algún especialista fonoaudiólogo o grafólogo de ondas.

Lo que pesqué de pe a pa fueron las reuniones que los viejos de mi vecinita tienen casi todos los meses con unos amigos (¡Grupo Your Sister!). Pude tomar bastantes notas porque se reúnen los sábados a la noche, que es el día que más tiempo tengo para andar de vaso en la pared, porque en casa, en ese momento, todos se pierden en la noche o en la tele.

Para que vea el grado de locura y subversión de esta gente, le copio una hoja (ojal de muestra) de mi libreta. Se trata de lo que anoté de una reunión, donde los viejos de la vecinita ideologizada y sus amigos de los sábados (etílicos y empanadísticos), se la pasaron hablando de irse a vivir todos juntos (seguramente retiro pago a cargo del Grupo Your Sister), en una especie de geriátrico auto administrado por ellos mismos.

- Vamos a necesitar alguien que nos cuide –señaló Gloria, la mamá de la nariz para arriba–. ...Una señora. Porque nos vamos a ir poniendo viejos.

- Chotos, dirás –corrigió Luisa, una amiga de la familia y de las malas palabras–.

-Yo propongo que a esa “señora”, se llame como se llame –ahora habló José, el padre de la misma nariz respingada–, nosotros la llamemos “Madalena. ¿No suena bien?” ¡Madalena...La chata!! Si le ponemos un nombre fijo para siempre, no importa que se vayan o las rajemos. Siempre vamos a saber que van a venir cuando las llamemos –reiteró el progenitor de mi vecinita–.

*-Vamos a perder la memoria, pero no quiere decir que tanto... —
contemporizó Sofía Marta, otra activista del grupo—.*

-No te creas —la cortó Luisa—. Nos vamos a poner chotos...

-Che, ¿por qué no resolvemos cómo hacer para que lo que establezcamos ahora, después no lo pueda cambiar nadie? —sugirió Héctor Rodolfo, el marido, concubino o quizá sólo pareja de la Sofía Marta pre mencionada—.

- Sí, porque yo no quiero —saltó la vieja de la piba— que cuando ya esté en la otra dimensión, me lleven a esos lugares de mierda, donde las sonrisas terminan con las visitas y todo tiene olor a pis.

Señor Presidente: Lamentablemente le tengo que informar que en este punto la libreta dice textualmente que el cronista debió interrumpir el diálogo pues sólo se oía el decorche de dos botellas (de buen corcho) y palabras sueltas: “Esas son de carne”, “Pasame una de queso y cebolla”, “Guarda que están que pelan”, “Son de acá a la vuelta”. Prosigo con la cita señalándole que la discusión la retomó Héctor Rodolfo, quien con la boca llena un poco de empanada y otro poco de vino, dijo:

-¿Se acuerdan de “La Guerra del Cerdo”, donde los péndex se dedicaban a hacer pelota a los jovangos? Bueno ahora nos tocó a nosotros: La cuestión es nosotros o ellos.

-Hay que apurarse —reapareció el querido papá de mi vecinita— Nos tenemos que adelantar y declararles “La guerra del Chochán”. Con el conjuro cabalístico del vesrre, se invierte la lucha y se jode al pendejerío. Propongo que hagamos pelota a los menores de cincuenta y cinco de este mundo y galaxias circundantes.

Si Usted, señor Presidente, pudo llegar a la presidencia de esa institución es porque tiene flor de bocho, que le debe sobrar para entender muchas cosas, pero estoy seguro que no le va a alcanzar para entender como esta gente puede tratar así temas tan sagrados como lo son la Juventud y la Vejez.

De lo que sí estoy seguro es de que Usted ya confirmó que se trata de una célula del Grupo "Your Sister" y que estos tipos se proponen destruir lo más valioso que nos queda (y que para decirlo, usan unas palabritas, que a mí me daría vergüenza decirlas hasta delante de mi tía Dolores, la de los preservativos).

¡¡Se da cuenta, Señor Presidente!! ¡Esta gente está del tomate! (chapitas). A mí (personalmente) mme impresionó tanto todo esto, que les voy a escribir a los que hicieron el folleto sobre el Grupo "Your Sister", para que agreguen en la nueva edición, que este Grupo rechaza todo lo externo, sea edad, engorde, calvicie y demás pérdidas naturales que los dejan como cuando aparecieron sus abuelos por estos pagos (en cueros europeos de diferente tamaño). También les voy a informar que descubrí el porqué de su nombre. ¿Se lo cuento, señor Presidente? ¡Cómo no se lo voy a contar si Usted es un amigo! Llamarse "Your Sister" señala la cobardía de esta gente, que tiene tan poca hombría que, en vez de mentar a la madre, apenas se atreven a sugerir la hermana.

¡¡Señor Presidente, estamos en manos de gente que quiere cañonear a mansalva a todos los que no se están por jubilar! Mire lo zafados que son, que una vez brindaron por de los "Derechos de la Vejez Chota de Merda" (sic, con perdón de su investidura).

Como ve, querido señor Presidente, estudiando este grupo desarrollé la tesis que le acerco en el paquete. Si me permite una sugerencia, le recomiendo leerla con atención de tipo concentrada (si música, sólo la suavecita, tipo ballet).

No hablo todavía de que me publique la tesis, porque todavía no la leyó. En una semana le escribo de vuelta para discutir eso, el número de ejemplares y el ana-ana (¿vamos y vamos al 50%?).

Estimadísimo Señor Presidente:

Antes de volver a mis ocupaciones, le solicito que Usted se constituya en "El Hombre de la Bolsa" y meta a dentro de ella a todos los integrantes del Grupo "Your Sister" (especialmente a mi vecinita y allegados). Usted no será ajeno a la gloria de que sus asociados digan: "Ladran, señor Presidente, señal de que Usted los ha cabalgado".

De esta manera, La Argentina será conocida por sus tres Grandes Hombres: Maradona, Borges y Usted, "El Hombre de la Bolsa".

Que la felicidad lo acompañe, Señor Presidente. Y a su familia, si puede, también. Si gusta puede obligarles a leer mi tesis (sin violencia, pero para mostrar que algo de autoridad tiene en su casa). Saludos a los amigos de mi tío Héctor (Jorge) Garmendia. Trabajan en Seguridad y siempre hay dos o tres en la puerta. Son los de traje oscuro, pelo corto y bolsillo hinchado. Adiós. Toda la suerte y que cuando llueva fuerte para todos, a Usted sólo le garúe finito.

Juan Pérez

Becario Wall Street

Nota bene: No firmo la presente con mi verdadero nombre y apellido porque, como mi investigación prueba delitos grossos de la familia de mi vecinita, le estoy mandando una copia a mi tío, (Héctor) Jorge (Garmendia), y no sería raro que la "Empresa" donde trabaja, decreta el secreto del sumario ¿Me entiende, señor Presidente...?

El test de Mancha

-Ojo que tenés que aprobar el test. Si no lo aprobás, sonás.

Yo acababa de contarle que la contadora me había dicho que era uno de los finalistas para la vacante, pero Bibi estaba totalmente en prima mayor. Ella era quien me había bandereado la búsqueda que había en la empresa donde trabajaba y ahora estaba dispuesta a que ese puesto fuera mío a pesar de todas las dificultades, entre las cuales seguro que figuraba yo en primer término.

- ¿Test de qué? –le pregunté asustado –.

- El Test de la Mancha te toman. Te muestran unas cosas como manchas, te hacen hablar y te estudian lo que decís.

-¿En serio?

-Me lo contó Malena de Personal. A la mitad los rechazan por las porquerías que dicen. Parece que en la empresa no quieren líos y que le dan mucha bola.

Pero... –traté de reflexionar con ella –. ¿No están buscando un estudiante de segundo año de Administración?

-Sí, pero desde que los de Dewey Inc. tomaron el control de la empresa, impusieron algo así como el principio de no discriminación. Nadie sabe bien de qué se trata, pero desde entonces les toman a los que entran el Test de la Mancha. Me contó Malena que le parece que es porque quieren gente pareja y tranquila, que pueda ser trasladada sin problemas a cualquier sucursal, no importa dónde. Lo bueno es que no tardan más de media hora para tomártelo.

Como me conozco y sé que se me plante el bocho cuando las cosas vienen resbalosas y en boliche desconocido, opté por patear mis ganas de discutir sobre la globalización y “sus cositas”, y humildemente le pedí ayuda. ¡A ver si por carajear contra los del norte, me quedo para siempre en el sur de Gerli, laburando medio de favor en la Alineadora de Máquinas de Rectificación No Lineal, de Padín, el amigo de mi viejo!

-Che, Bibi, ¿Y Malena, tu amiga, no puede tirarte alguna puntita amiguera sobre cómo funca el test ése?

-En eso ando. Vos tranqui, flaco.

Dos días después mi prima Bibi me estaba gritando:

-Hola, ¿Nene? Anotá: En el examen de inglés te fue bien, en el de PC también y la Contadora Puig dice que le gustaste y quiere que entres ya, para que empieces a sacar el laburo atrasado. Me lo contó Malena. Te falta aprobar el Test de la Mancha... Ella dice que es difícil, pero que si te cuidás y hablás normal, la cosa tiene que andar.

-¿Qué es lo que tengo que hacer, viejita? –la corté de puro ansioso–.

-Tranqui, bolú, que te cuento. Primero y principal: Tenés que mirar a la coso a los ojos. La que lo toma se está por recibir de psicóloga y te estudia todo. Encima es una creída. Vos te tenés que mostrar como un tipo que no esconde nada.

-La miro a los ojos y ¿Qué le digo, che? ¿Qué no estoy armado?

-A vos te van a cagar por ansioso y por péndex –me encajó delicadamente mi prima–. Relaxate, man. ...La mirás a los ojos y frente a cada mancha que te muestre le hablás de boludeces. Me dijo Malena que ése es el único secreto.

-¿Boludeces? ¿Qué boludeces, bolú?

-¡Che, deportá los nervios! Así sonás en la primera. ... Bueno, estábamos en que le decís tonterías: que ves un árbol, una familia descansando, una biblioteca. Cosas así. Y ojo: nada de hablar de montañas, volcanes, autos, bichos o alguna otra porquería.

-¿Porquerías?

-Sí, chiquilín, sí. En el test ése significan porquerías y te anotan que sos un calentón o algo así como un enmascarado o reprimido. Algo jodido, parecido a maricón. No me acuerdo la palabra que usó Malena.

-¡No jodás! -se me escapó, a pesar de que me había propuesto portarme con mi prima como un joven modelo -.

-Sí, bolú, tanto que Malena me insistió: Nada de cosas con puntas o agujeros. Si llegás a decir que ves algo así, te bochan sin más.

-¿Y si veo eso?

-Si ves eso, te lo tragás todo bien tragado. ¡Ah! ¡Y nada de sangre o violencia, eh? Vos hablá del campo verde, de las flores de colores y chau.

-¿Es tan así, che? -le pregunté ya impresionado-.

-Una empresa es una empresa. Y no te olvidés de mechar de vez en cuando algo referido a lo que las empresas esperan de la gente: ambición personal, competencia, proyecto profesional, compromiso y todas las estupideces que te deben enseñar en la facultad, ¿O.K.?

-Sí, claro -afirmé para que no me crea un nabo o que en la Facu me la paso en el bar-.

-Hay poco laburo, así que ponete todas las pilas, bolú.

-Sí, Bibi -le contesté mordiéndome para no agregarle "mi coronel", porque la flaca tiene un carácter entre fuerte y podrido, y por ahí se retoba-. Quedate tranquila, vieja. Y muchas gracias. Te requiero toda. Cariños a los tíos. Chau.

Me pasé dos días practicando en cuanto espejo encontré mirar fijo a los ojos sin distraerme. Y para terminar con mi fama de improvisador armé dos lugares comunes geniales, por si me llegaba a trabar en el examen y veía las cosas prohibidas.

-Buenos días, sentate ahí. Soy Verónica Yungano. Te voy a mostrar unas láminas. Vos me vas a ir diciendo que te parecen. Son muy sencillas. Decí lo que se te ocurra sin ocultar nada. ¿Entendido? Comenzamos ya.

Paré de repetirme "no vayas a decir porquerías" y procedí a la segunda fase que era, clavarle la mirada con la que había gastado los espejos de casa y los colectivos. Pero no pude. Mis ojos se fugaron hacia un lunarcito que la mina tenía en el medio de la frente. ¡Una diosa hindú con el tercer ojo! Lo que son las minas entre ellas: mi prima Bibi la había llamado "coso" y se trataba de una reina: Ojos negros, lunarcito y una voz que parecía salir de un telo de las mil y una noches.

Cuando pude volver a respirar normalmente, la princesa había desaparecido y en lugar de sus ojos me encontré con una lámina llena de manchas negras y grises.

Con un total dominio de mí mismo borré la historia de Scherazade y me concentré en las mil y una manchas... Y... ¡No vi nada!

Por suerte eso duró sólo un instante. Estaba a punto de confesar: "Discúlpeme, licenciada Verónica Yungano, pero soy ciego y.... gil", cuando una imagen me fue apareciendo. Clarito vi a una pantera que se ponía patas para arriba y me hacía señas de que le acariciara la pancita, mientras me guiñaba un ojo y se arreglaba algo así como un corpiño. ¡Mamita Querida! Si cuento algo de esto: "Chau, Laburo".

-Veo una biblioteca -escuché que decía mi voz- llena de jóvenes que leen libros importantes de Historia, Marketing, Finanzas y Arte -.

Casi sin darme cuenta había gastado la mejor respuesta que tenía por si se pudría la cosa.

-Bien, pasemos a la siguiente lámina, dijo la dulce Verónica Yungano, mirándome de reojo y encontrándose con mi mejor mirada, depositada en un punto intermedio entre sus ojos tibios y su lunar de miel.

La lámina que ahora tenía frente a mí era una cosa toda sucia. Parecía una servilleta de bar después de un café con leche de esos con la taza hasta el borde, medialunas, manteca y dulce de leche.

Afortunadamente esta vez no tuve la laguna mental que me agarró en la primera lámina. Apenas entrecerré los ojos se me apareció un inmenso pino. Cuando fijé más la mirada observé que se estaba incendiando y que entre bamboleos raros caía dentro de un tanque australiano pintado de rosa.

-Veo... -comencé a decir entusiasmado- ...Veo un...

La Central De Lucha Contra Mi Propia Estupidez me amordazó la boca y me recordó que las cosas puntiagudas o agujereadas tenían -en el test- penas de más de treinta años de desempleo. No tuve otra que gastar la segunda respuesta que tenía preparada por si las cosas venían en falso escuadrón.

- Veo -retomé - un teatro donde un coro de niños canta hermosas canciones navideñas frente a un grupo de personas que los mira y escucha con mucha simpatía.

-¿Qué más ve? -me inquirió la testista, seguro que desconfiando de la autenticidad de mis ojos.

-Atrás están los padres de los chicos. Se los ve muy contentos y sonrientes.

-¿Y qué más? -me preguntó la diosa hindú, ya con voz de aprendiz de arpía-.

-Más atrás están los abuelos de los chicos, todos muy orgullosos y felices.

-Parece que vino toda la familia -comentó podridamente la del lunar...- Pasemos a la tercer lámina. Tratá de decir todo lo que se te venga a la mente.

Se me cruzó contestarle: "Sí, te voy a contar todo a vos, a tu hermana y a todas tus tías", pero me salió muy bien una sonrisa corta y un leve cabeceo de aprobación.

¡Había hecho moco la segunda y última respuesta de emergencia! Necesitaba un respiro para reponerme, pero ya tenía otra lámina en el aire, que venía directamente hacia mi mentón.

¡A la mierda! Bibi no me había dicho que venían también en colores. Esta era toda roja. Un manchón de tinta colorada sin forma. ¿Qué se puede ver en una cosa así? Aunque si uno miraba bien... ¡Era una lámina

con trampa! ¡No lo podía creer! Se veía, un poco borroso, que detrás de un biombo de papel había ¡¡Un minón siete pistolas!! ¡Y la loca se estaba desvistiendo! Cuando vi que aparecía una mano que me llamaba, cerré los ojos y me desconecté.

Cuando volví a abrirlos estaba frente a mí la diosa de la Psicología Hindú con sus tres ojos que me estudiaban y parecían musitarme: "Habla, infeliz y contá las porquerías que pensás".

Atacado por imágenes censuradas que pugnaban por escaparse del biombo y ya sin reserva de respuestas para emergencias, opté por empezar a hablar de algo fácil:

-Veo una cancha... Sí, una cancha de... esteDe...

-¿Una cancha de fútbol? - terminó la frase con desprecio la ejecutiva del alma-.

-¡No!- me repuse- Una cancha de tenis. A ver, no... Ahora veo claro. Es una cancha de polo.

-¿Y qué está sucediendo allí?

-Están saludando. El partido ya terminó -dije buscando no entrar en detalles y ahorrar riesgos-.

-¿Cómo fue el partido? -quiso saber la desgraciada insaciable-.

Miré a la inquisidora a los ojos y me acordé de mi prima Bibi: "Nunca, pero nunca, salgas con tus estupideces socialeras y solidarias. Te quemás y van a pensar que sos un quilombero de esos que sólo se llevan bien con las palomas. Para ellos la empresa es la vida y vos tenés que mostrar que naciste para triunfar y fundar sucursales y no que sos un buen boncha de rioba, ex niño explorador de Don Bosco...". Frente a tanto recuerdo admonitorio -de tipo casi religioso- me tragué las ganas de decir que el empate había sido justo y la repartija de los puntos bastante pasable. Sobreponiéndome y con cara de libro abierto, respondí:

-Fue un partido muy disputado. Ganó el mejor. Justamente el equipo donde juego. Ganamos porque nos preparamos bien, planificamos mejor y cada uno se focalizó en conseguir su objetivo.

"Chupate esa, princesa", pensé y me censuré bien a lo macho agregar que "había ganado el que puso lo que hay que poner y la mitad del otro".

-Bueno, con la que viene terminamos -me dijo la antipática, mientras anotaba no sé qué en una planilla que estaba llena de cuadraditos con letras y tildes-.

¡Había llegado al final! Ahora era todo o nada. El lunes: laburo nuevo o a llorar a la iglesia.

-Como ves ya no se trata de manchas. En esta lámina hay una foto. Tenés que contar qué pasó antes y qué está pasando ahora. No te guardes nada. ¿Está claro? Bien. Adelante.

La gélida y desgraciada adivina me silabeó la frase como si yo fuera un infradotado de la cabeza y también de la cintura para abajo.

Mientras no me sacaba ni los ojos ni el lunar de encima, sus dedos aparecieron sosteniendo una fotografía como si fuese un pañal usado.

En la foto había una mujer llorando desconsoladamente abrazada a sus hijos y mirando hacia ninguna parte.

La sola vista de la foto me dio vuelta todo. ¡Por qué querrán hacerlo hablar a uno de cosas jodidas?!

¡Encima por un laburo de dos mangos! ¿No se avivaba esta mina que esa foto me hacía mierda? ¿No se dio cuenta que a mí se me iba a representar que se me moría el viejo, con todo lo que el pobre me viene aguantando?

Para peor, se me hizo que la vieja me miraba desde la foto y me decía "Querido, papá te perdonó" Y no sé qué más de un reloj... De esto Bibi no me había dicho nada, ni la Malena ésa de Recursos Humanos ¡Que las parió!!

Pero antes de que se me cayeran al suelo el ánimo, los ojos y otras partes más pudendas de mi pobre anatomía, me dije: "¡Hija mala madre, a mí no me vas a joder!

Se me habían acabado las respuestas prefabricadas. Tenía que inventar algo estúpido pero inteligente para zafar. Pero, ¿Qué? Y se me hizo a luz: ¡Tanto colegio, tanta facultad! ¡Tantos años de prepararme "para" y de recibir consejos "por si"....! ¡Todo no podía haber sido al puro cohete! Por eso me concentré y busqué una salida en mis dos enciclopedias básicas, "Titanes en el Ring" y "El Chapulín Colorado". ¡Alguna respuesta tenía que encontrar!

-La señora -dije con mi mejor cara de antídoto contra el embarazo- acaba de recibir un e-mail de su marido donde éste le cuenta que fue ascendido, que su categoría ahora es la de gerente "C2". Hoy, el Sr. López le ha comunicado su ascenso y le ha colocado en el bolsillo de su chaleco la llave del mingitorio de ejecutivos. La letra del mail temblaba de emoción. La señora no ha podido aguantar tantas emociones juntas y con los nenes ha salido al jardín de su casa del country para aplaudir la llegada de su marido. ...A lo lejos se ve la cuatro por cuatro... ¡Un brazo sale de la ventanilla y aparece la "V" de la Victoria!

Me salió todo tan de corrido que me asusté. Parece que ese cuento lo sabía desde muy chiquito.

La "coso" quedó impresionada, me miró fijo y anotó algo en el final de la hoja con cuadraditos y tildes.

Como entre las habilidades de que me dotó el secundario está el leer al vesre pude ver que anotaba:

"Malena: Este va para la vacante de Contaduría. Hací todos los papeles y donde dice "Informe del test", copíame el archivo "Boludo Normal Escondedor" y agregale algo de que es creativo. Después pasa la carpeta a Incorporaciones. ¡Ah! ...Llamala a tu amiga Bibi y decile que el primito aprobó el test...

Especialmente el capítulo referido al... lomo que tiene el muchacho. Besitos. Vero".

Banana confesó

Portazos y voces destempladas anunciaron el fin de la noche. Una masa humana, cansada y sin esperanza, comenzó a moverse en el superpoblado galpón, llamado “Unidad C” por los guardiacárceles y “la Sopera” por sus inquilinos. Los baños, con su acre olor a acaroína, se poblaron de agachadas sombras que abrían y cerraban canillas.

-¡Banana a celular!

La orden, gritada por el cabo de bigotito, recibió por respuesta un silencio total seguido de una palangana oxidada que se estrelló contra las descascaradas rejas del portón.

En el fondo cuatro biceps tatuados corrieron lentamente, como si se tratara de una ceremonia, las sábanas que hacían de puerta del único “privado” del lugar. Por allí apareció Banana, el “Totem”. Los antiguos y los probados hicieron uso del privilegio de poder dirigirle la palabra al Jefe y deslizaron un ronco “¡Que hacé, Banana!”. El hombre caminó hacia el portón. Mientras esperaba que la guardia del otro lado abriera, se escuchó su voz:

-Aquí nadie está apurado, che... ¡La Justicia menos!

Las carcajadas guarangas que festejaron la salida del Totem señalaron el comienzo del triste recreo en el que se va la vida en la Sopera.

Banana cruzó el portón. Ojos a medias ganas estudiaron cómo era el nuevo “Totem”, el más grande de los jefes de la cárcel. Todos recordaban al descuartizador “Barba Gelata”, el anterior Capo. Su desaparición se había producido unos días atrás. Apenas se enteró de que habían detenido a Banana y lo iban a llevar a la Sopera, el viejo Totem pidió su traslado. Es que sabía que los inteligentes de la pesada están por arriba de los solamente pesados y no quiso lolas.

Lorena Elisabet Aybar, estudiante de quinto año de derecho y meritoria en el Juzgado “G” de Instrucción, sabía que el juez era muy detallista y que a su jefe directo, el Secretario, le encantaba lucirse en las audiencias bravas y mostrar que tenía gente capaz.... como ella.

Al ver que la carpetita de la mesa estaba arrugada, se sentó encima un rato. Después alejó su máquina de escribir lo más que pudo de donde iba a estar el detenido. Para ello colocó su mesita bien al lado del escritorio de los magistrados. El famoso Banana iba a venir esa mañana a declarar y ella prefería tomar nota de la audiencia teniendo una mesa de por medio. Moviendo apenas los labios se dijo: “Nunca hay que andar demasiado cerca de un tipo especializado en quedarse con lo ajeno”.

Cuando terminó se arregló la corbatita que se había puesto para mostrar que las mujeres no necesitan llevar pantalones para ser iguales o mejores que los hombres. Después se concentró en corregir su rebelde mechón frente al vidrio del cuadro del general San Martín. No le fue difícil, pues enseguida el prócer asistía a las pruebas de su mejor sonrisa. Finalmente se sentó en posición “Ommmm” para relajarse.

El Totem Banana viajaba en la penumbra del camión celular. Su rostro era una máscara fría, surcada por resplandores, sombras y luz que se colaban por los respiraderos del techo. Siete policías habían subido detrás de él con la consigna de impedir a cualquier costa que pudiera escaparse.

Al abrirse la puerta, ya en la Alcaldía de Tribunales, la luz lo cegó, pero no tanto como para no ver el triple cordón de policías con ropa de fajina, que trataba de mantener lejos a una horda de gente que lo insultaba y exigía que devolviera sus joyas y valores.

Cuando lo pudieron entrar, un tipo con jinetas importantes se acercó y dirigiéndose más a la tropa que al preso, dijo socarronamente:

-¡Mirá quién está por acá: El famoso Banana! ¿No te afanaste nada del camión, no?

Banana se tragó lo de “preguntale a tu hermana”. El silencio llenó de odio al policía.

-¿Qué? ¿Por qué no hablás, desgraciado? ¿Te creés más que nosotros?!

Cuando la autoridad jineteada estaba por restaurar la desigualdad entre los seres humanos, unos pechos federales se interpusieron al grito de:

-Tranquilo, jefe, que esos maricones del Juzgado nos van a echar la culpa si llega machucado.

El juez estaba tan señor como siempre: traje azul oscuro cruzado, zapatos negros y corbata platinada. El secretario era demasiado joven para chaleco tan solemne.

Lorena Elisabet Aybar había detectado que la mirada del juez se había convertido en sonrisa, cuando se posó en el libro de Derecho Civil, Parte Quinta, “Familia y Sucesiones”, que junto a una rosa roja,

mostraba, como al descuido, que quien iba a registrar la audiencia no era una empleadita, ni una de Introducción al Derecho, sino casi una colega.

Los policías que llevaban a Banana observaban desganados como a medida que avanzaban hacia el ascensor de los presos, los abogados y pinches se apretujaban contra la pared, y las abogadas y empleadas elevaban automáticamente sus portafolios y carpetas a la altura de sus cadenas.

Al llegar a la puerta del Juzgado, todos los empleados del piso estaban “casualmente” allí, pero de paso nomás. El detalle que observaron fue que Banana, el famosísimo ladrón serial de Cajas de Seguridad, se frotó las muñecas.

Cuando Banana entró a la sala de audiencias sus ojos sólo vieron a Lorena Elisabet Aybar. Allí también estaban el Juez y el Secretario, quienes siguieron charlando como si sólo hubiera entrado un preso. Al escuchar que el detenido hablaba, se dieron vuelta.

-Buenos días, señorita, dijo Banana.

-Se dice: Buenos días, “Su” Señorita, señor Banana –corrigió con obsecuencia el Secretario–

-... Se lo decía a la señorita –aclaró Banana–.

El Juez miró para la ventana, uno de los policías tosió para no reírse, el secretario se puso a juego con su corbata colorada y Lorena Elisabet Aybar, que se abatató, contestó por reflejo:

-Buenos días, “su” señor Banana.

Por suerte, en ese momento entró el fiscal Ortinelli, saludando ceremoniosamente:

-Buenos días, doctores y demás funcionarios. En su caso, señor Banana, como está viviendo a costa del Estado, usted es un cuasi-funcionario de tipo más bien pasivo.

Banana bajó la cabeza y levantó los hombros en clara actitud de “Si Usted lo dice” y miró hacia el techo.

Las palabras del fiscal le parecieron sobradas a Lorena Elisabet Aybar. Su mirada se concentró en el preso. Vio que éste miraba hacia un costado. Cuando detectó qué era, se conmovió. Los ojos del preso iban directamente hacia el Crucifijo que la exalumna del Nuestra Señora del Buen Aire de Morón, limpiaba respetuosamente todas las semanas. Para ella Banana empezó a correrse de la categoría de “Preso Peligroso” hacia la de “Preso Común”, muy alejada todavía de la de “Pobre Preso” y nada que ver con la de “Flaco en Problemas”.

Un gesto del secretario le señaló al detenido que se sentara en una silla frente a una mesita, colocada delante del escritorio donde se ubicaron los magistrados. Silla media destartalada y mesita común, petisona, con una quinta pata en el medio para asegurar su estabilidad a través de los tiempos.

Al sentarse, la rótula de Banana se llevó puesta esa pata extra y la mesita chocó con estrépito contra el escritorio de los funcionarios de la Justicia.

-¡Carajo! –Dijo el juez mostrando su sorpresa y dejando caer una carpeta–.

-¡Carajo! –Expresó el fiscal abarajando en el aire su lapicera–.

-¡Carajo! –manifestó por lo bajo el secretario que estaba sirviendo una copa de agua a sus colegas y a quien el movimiento impensado le hizo de derramar un cuarto de la jarra en cercanías de su bragueta, lo que lo obligó a estar toda la mañana húmedo y con los piernas cruzadas–.

-Caramba –dijo Lorena Elisabet Aybar, que como estaba observando a Banana, vio venir el golpe y cerró los ojos–.

-Disculpen –masculló Banana frotándose la rodilla–. Pensé que las mesas tenían sólo cuatro patas.

Los policías que instintivamente se habían adelantado y lo tenían agarrado del cuello, volvieron a sus puestos contra la pared, sin saber dónde esconder las manos.

-Se abre el acto –anunció el juez–. A pesar de que el detenido ha confesado ampliamente en sede policial, el Juzgado, a pedido de la Fiscalía, ha decidido realizar esta audiencia sin que asista el abogado defensor del detenido, quien posteriormente será informado de lo que aquí acontezca.

Lorena Elisabet Aybar se alegró de que no viniera, el imbankable de Ganduglia Cremona, el abogado de la pesada. El tipo le producía una especial repulsa, especialmente cuando la saludaba ceremoniosamente inclinando la cabeza. Ella sabía que le miraba las piernas y que después le clavaba la mirada en los ojos.

Sin embargo, el sexto sentido jurídico de la meritoria había detectado algo raro: ¿Cómo que la audiencia se haría sin el abogado del preso?! ¡Aunque el abogado fuera un degenerado! ¿Y el artículo de la Constitución que taxativamente señala...? No pudo seguir pensando, pues se estaba atrasando en el tipeo de la audiencia.

-Señor Juez –estaba diciendo el fiscal –. Antes que nada quiero que el procesado

reconozca que este anónimo, que amenaza de muerte a su propia madre, ha sido escrito por él.

-¿Qué? ¿Cómo? ¿Amenazas a la vieja?!

Banana arrebató el papel que le alcanzaba el Fiscal. Con la frente arrugada leyó ansiosamente las hojas, no una, sino dos y tres veces sin lograr calmarse.

-¿Qué son estos papeles? ¿Amenazas a mi mamá? ¡Diganme qué pasa! ¿Quién escribió esto? ¿Quién es "La mano roja"?

-Por ahora las preguntas las hacemos nosotros –señaló imperturbable el Fiscal–. ¿Reconoce que Usted escribió estas notas?

-¿Qué yo escribí "esto"? ¿Usted dice que lo escribí yo? ¡Yo voy a amenazar a mi pobre vieja?!

Lorena Elisabet Aybar se conmovió otra vez y se acordó de una duda que la perseguía desde Penal Primera Parte: "¿Alguien que ama puede ser muy asesino?". Y ya no le pareció tan temible el famoso Banana. La meritoria miró al detenido y agachó varias veces la cabeza mostrándole su aprobación y quizá algo más.

-Su madre está bien –aclaró el fiscal–. No corre ningún peligro. Quizá se trate de otra señora llamada doña Tota Pérez.

- Mi mamá no se llama Tota ni Pérez

. Ahí está, ¿ve? Está claro que se trata de una equivocación de destinatario de amenaza.

Mejor así, ¿no? Pero ahora dígame: ¿Usted declaró que se inició con la inhalación de pegamento a los siete años y que a los doce ya andaba con las drogas pesadas?

Banana se concentró en la nada. Sólo pensó "Estos desgraciados te asustan hasta las...", pero no pudo terminar la frase: El fiscal le estaba acercando al juez unos papeles tipo receta. Este los miró y se los pasó con las cejas levantadas al secretario, quien le señaló a Lorena Elisabet Aybar.

-Señorita, adjunte los documentos que ha presentado el señor fiscal como pruebas número 24a y 24b.

Ella, mientras escribía, trató de pispear los papeles. Sólo pudo pescar palabras sueltas: "Prueba de Schreber 3%", "metalizado negativo", y algo así como "polipenoceno lácteo-glucosólico".

-¿Usted conoce a Eusebio Rodolfo Fernández?

Banana no esperaba ese directo al mentón. Las piernas se le aflojaron y la mirada se le licuó.

-¿Conoce a Eusebio Rodolfo Fernández, alias “Rolo”, que según afirma es primo y amigo suyo? –insistió el Fiscal –.

-...No y sí... –contestó desesperado Banana–. Lo conozco, pero no mucho. Es hijo de una tía lejana. Y no es mi amigo.

Lorena Elisabet Aybar vio que las manos húmedas del preso se refregaban sin ruido y que una mirada fugaz buscaba el crucifijo, ya no con miedo sino con pánico. Fue entonces que la meritoria del Juzgado “G” se enterneció.

-Así que conoce a su primo. Mejor así... porque ese sujeto Rolo acaba de confesar. Aquí tengo su declaración. Se acabó todo para Usted, Banana.

-Yo ya canté -contestó Banana-. A mí no me detuvo la Policía. Me entregué y conté todo. Ese tipo es un mentiroso.

Lorena Elisabet Aybar pensó: “El primo lo traicionó y a este pobre lo van a hacer moco”. Ahora era ella la que miraba el crucifijo. La voz le vino de allí o de su conciencia: “¿Vos querés ser abogada para ganar plata o para defender la Justicia, toda la Justicia y nada más que la Justicia?”.

Ni un instante de duda existió. La respuesta le vino en forma de pregunta “¿Cómo me lo van a acorralar a este pobre Cristo sin que esté presente su abogado?!”.

El secretario percibió que la mirada de la meritoria estaba cargada de indignación contra los funcionarios de la Justicia y rezó para que el juez no viera semejante acto de desacato. Por suerte, el magistrado estaba declamando con cara de sentencia:

-Señorita, tome nota: “El acusado manifiesta...”.

Y Lorena Elisabet Aybar no se aguantó. Ella no formaría quórum para condenar nadie sin que tuviera un juicio justo. Tratando de calmar sus nervios, tomó aire y lo exhaló lentamente. Eso le ayudó a bajar un poco la taquicardia. Después alejó de sí la máquina de escribir y le dijo por lo bajo a Banana:

-No te entregues, man. Nadie está solo... Nunca.

Y mientras se decía así misma en silencio, pero a los gritos: “¡Que meritoria del Juzgado “G”, ni que mierda”!! Se puso de pie y con voz segura le dijo al juez:

-Si el muchacho no tiene abogado, yo lo voy a defender, aunque mas no sea con los dientes. Me falta un cuatrimestre y medio para recibirme, pero Teresa de Calcuta tampoco tenía título.

Las palabras de Lorena Elisabet Aybar, resonaron en la sala de audiencias como rompeportones a la hora de la siesta. El Secretario, superior jerárquico de la amotinada, tuvo que buscar los lentes que se le habían volado hacia su húmeda entrepierna. El juez se puso lívido y derecho, y el fiscal, el más canchero de todos, corrió la silla y miró lo hermosa que se ponía la pebeta cuando se enojaba.

Banana quiso decir algo, pero antes que la primera vocal le asomara por la boca, Lorena Elisabet Aybar le estaba hablando en voz baja en la oreja y amordazándole severamente la palabra:

-Usted, Banana se me calla la boca y se me porta como un buen chabón. Ya tiene bastantes líos encima. Y si tiene algo en contra de que lo defienda una mujer, sepa que es un imbécil... o piense en su mamá o en Alicia Moreu de Justo, aunque ella era médica, y se me queda tranquilo hasta que acabe. ¿Entendió?

Banana sólo se atrevió a contestar un si chiquito, mitad con los ojos, mitad con la cabeza.

-¡No hay derecho! –Comenzó la futura letrada– Un procesado siempre tiene que tener a mano a su abogado defensor, aunque el abogado sea un atorrante. ¿Cómo se va a defender este preso si no sabe que puede exigir que le muestren qué son las pruebas 24a y 24b? ¿O que le den copia de lo que dijo el famoso Rolo? ¿Esto es Justicia? ¿Para esto una se transpira toda antes de dar Derecho Constitucional? Yo no lo puedo consentir y por ello, solicito, Señor Juez, que se deje sin efecto esta audiencia, con costas. Fundo el derecho de mi cliente en casi toda la Constitución Nacional, el Tratado de San José de Costa Rica, en la última encíclica del Papa, que no me acuerdo como se llama, pero que el título está en latín y en todas la leyes y decretos que las reglamentan.

Todos la estaban mirando. Los policías con un solo ojo, porque el otro lo tenían puesto en el juez, por si éste mandaba que la sacaran de las mechas. Banana no sólo era puro ojos, también era boca abierta. El juez se paró, la miró bien mirada y le dijo:

-Futura colega, la felicito. Su defensa es inobjetable. Tiene razón. Voy a suspender inmediatamente esta audiencia. Le ruego que tome nota, por favor.

-Si es así, estoy lista, señor juez, para reasumir mis funciones de meritoria de su Juzgado.

Todo, entonces, volvió a la normalidad. Pero no por mucho tiempo. Enseguida unas arruguitas suplían la sonrisa de la defensora de pobres y ausentes. El Secretario y el Fiscal intercambiaban miradas pícaras frente a un Banana petrificado. Lo que sucedía se relacionaba con las palabras del Juez:

- Se decide suspender la audiencia, aunque se toma nota de que en su transcurso el detenido, que dice responder al alias de "Banana", ha evidenciado que sabe leer y escribir. También se adjuntan al expediente las pruebas 24 a y 24 b, relacionadas con los análisis de laboratorio e informes de los médicos forenses referidos al inculpado. Evidencias y pruebas que confirman absolutamente lo manifestado espontáneamente por el señor Eusebio Rodolfo Fernández, alias Rolo, en el sentido de que el detenido aquí presente no es el ladrón serial, conocido como Banana.

-¿Sabía, "señor Banana" –interrumpió el fiscal– que el tan buscado ladrón serial de Cajas de Seguridad no sabe leer? Se trata de un experto en cerraduras, un dotado... que no terminó la escuela y que le cuesta leer y no digamos nada escribir. A la Policía le habían soplado el dato, que muy poca gente conoce, porque le da vergüenza y lo disimula delante de todo el mundo. Tanto es así que, en los bancos, deja a los de su banda cuidando a los custodios en la planta baja, y elige al vigilante que tiene más cara de gil para que baje con él a la bóveda y le lea los carteles indicadores. ...Les dice que tiene una basurita en el ojo.

-Esto lo pudimos confirmar en el anteúltimo robo –continuó el Juez– pues le preparamos una cama. Colocamos a un policía nuestro en el Banco que suponíamos que iba a ser desvalijado. Y nuestro hombre, el sargento Jordán, policía de este Tribunal desde hace doce años, estuvo brillante en su desempeño: Logró que su cara fuera elegida por Banana para que lo acompañara al sótano, y se dio el lujo de que el ladrón le confirmara que no sabe leer, ya que le leyó mal varios carteles sin que diera cuenta ni chistara. ...Pero, como esa mañana se le ocurrió olvidarse el arma reglamentaria en la parecita de un baño en Constitución, no pudo comprobar cómo se detiene a un ladrón. ¿...No es cierto, sargento Jordán?!

Desde el costado se oyó un "sí, señor Juez", que mostró que el tal Jordán tenía todavía la voz, la mirada y algo más, bien por el suelo.

- Logramos que esto no se publicara –prosiguió el Fiscal–. Y Usted, m'hijo, nos dice que es el famoso Banana y se pone a leer dos veces lo que le dijimos que eran amenazas a su mamá... ¡Pero, che!

-¿Y lo de las drogas? – ahora metía cuchara el Secretario –. Está probado que el ladrón serial y su banda toman drogas antes de sus raids delictivos. Eso lo comprobamos mediante los análisis de las cajas fuertes violadas. Banana acostumbra a apoyar la oreja contra las cajas fuertes para descubrir las combinaciones. Y ese señor no sabe que la afeitada siempre deja huellas microscópicas de sangre en los poros y que al apoyarse quedan rastros en las puertas de las cajas fuertes. Nosotros las hallamos, las hicimos analizar y ahí aparecieron los restos de drogas. En los diarios apareció que Banana era drogadicto y se ve que usted lo leyó, porque en su confesión dijo que era drogadicto de la primera hora. ¿No pensó que le íbamos a hacer análisis?

-¡A mí no me hicieron análisis ni me sacaron sangre! ¡No me dejé! -gritó Banana –.

-Usted se olvida -prosiguió el Secretario- que en la Comisaría lo dejaron afeitar dos veces... Los repuestos de afeitar con los pequeños rastros de su sangre hablaron por Usted. Los médicos forense informaron: “El que usó los repuestos de afeitar adjuntados no ha probado droga en su vida. Sólo se detecta una adicción liviana al arroz con leche con y sin canela”. Este Juzgado tuvo que soportar una cargadita de los médicos legistas, que informaron que el dueño de la sangre tiene “buena leche”. ¡¿...Puede decirnos de una buena vez a qué está jugando, señor desconocido?! ¿A usted el verdadero Banana le pagó para que nos hiciera creer este burdo engaño?

-Juro que soy culpable. Mi nombre es Banana, mi documento es 9.057.919 y no voy a hablar más...

-Señor Banana – dijo el Juez-, si no habla más, por lo menos escuche esto: ¿Sabe que nos dijo su primo Rolo? ...Le leo parte de la declaración:”El declarante, Eusebio Rodolfo Fernández, en la mañana del 24 de enero, apenas unas horas antes de que se cometiera el robo de las cajas de Seguridad del Banco Central de la República, le comentó al inculpado (o sea a usted) que no iba a estudiar más, porque había conseguido un trabajito de campana en la banda del famoso Banana. Le informó, asimismo, que comenzaba esa misma tarde, pues iban a asaltar un gran banco...”

El juez no pudo seguir con su lectura porque Banana se había puesto de pie y gritaba:

-¿Lo detuvieron al Rolo? ¿Está bien el pibe? ¿Dónde está? ¡Vamos, diganme que le pasó?

-Ahora tiene muchas preguntas. No mostró el mismo interés cuando preguntábamos nosotros. Usted es un hombre grandecito y parece mentira que todavía...

-Señor Juez -saltó la meritoria- yo había prometido quedarme mosca, pero así, no. La Justicia no tiene que darle consejos a un muchachote bastante crecido, ¿no? Para eso están sus padres. Aquí se debe escuchar, juzgar y hasta condenar, pero consejos, no. Es rebajar a la persona. Me opongo.

-Está bien, doctora –reconoció el juez—. Pero Usted no tendrá inconvenientes en que podamos hacer una preguntita...

-Doctora, todavía no. A cargo de la defensa temporaria del señor Banana, si le parece. Mi defendido le va a contestar todo lo que Usted deseé, señor Juez, pero sólo si es a favor de él.

A pesar de estos dichos, el detenido había elegido otro derecho: bufó y puso cara de final de camiseta por el lado de la espalda. Lorena Elisabet Aybar se puso delante de él con brazos cruzados y le dijo:

-Banana, soy una dama. A mí nada de bufaditas, eh! Y menos cuando estoy tratando de ayudarlo. Bastante tengo con escribir lo que el juez dice a los cohetes, pensar si es en contra suya y en ese caso defenderlo, como para tener que aguantarme rebuznos suyos. ¿Está claro?

La afirmación fue subrayada con un tacazo mediano en dedo chiquito del pie de Banana, quien contestó a los saltos:

-¡Ayyy....! Sí, doctora. Disculpe, doctora... ¡Ahhhh!". – Y luego agregó en voz dura- Me pueden torturar todo lo que quieran, pero no voy a hablar... Rolo fue siempre un mentiroso. Nadie puede creer lo que dice.

Lorena Elisabet Aybar saltó como leche hervida y gritó:

-¿¡Ven?! ¡Basta de torturar a este pobre hombre! Está claro que no quiere hablar. Los Magistrados en estas situaciones se tienen que quedar piolas y respetar a la gente, che.

-Defensora, no me pierda el estilo–aconsejó el juez, y ya dirigiéndose al preso continuó: –. “Estamos en este lío porque usted nos metió. Necesitamos saber si usted es el verdadero Banana o, como cada vez estoy más convencido, nos encontramos frente a un falsario, que trata de desviar la atención de la Justicia hacia otro lado. ¿Usted está encubriendo a Banana? ¿Está armando una pantalla de protección a Rolo? ¿O se trata de una maniobra para ponernos en ridículo ante la sociedad?

Y cuando todos miraban la boca de Banana esperando palabras, se encontraron con un sollozo que salió de su pecho...

-¿Están contentos ahora? –Bramó Lorena Elisabet Aybar – ¿Esto es lo que querían?

-Su defendido no es ningún santito –le aclaró el juez –, o es un criminal de cajas de seguridad o es un encubridor que está me haciendo quedar a mí, al Juzgado, a estos funcionarios y a la Policía como la... como la mismísima... Sí, como la mismísima...

-Pido gancho, señor Juez –interrumpió Lorena Elisabet Aybar– el imputado se siente impactado por este prejuizgamiento, lleno de palabrotas no pronunciadas y por la condena que Usted tiene ganas de enchufarle. Justamente, hablando de ganas, mi defendido tiene unas ganas bárbaras de ir al baño y como defensora de él, soy la indicada para asegurar el cumplimiento de su derecho humano básico, que no acepta chicanas ni dictámenes de contrario imperio.

El juez que se había ido enfureciendo, se quedó sin palabras, pero haciendo gestos. El fiscal, a quien los años le habían enseñado muchas cosas, facilitó las mismas:

-Señor juez: Una interrupción facilitará que la Justicia se calme un poco. Esta fiscalía no se opone al pedido, pero solicita que Usted les preste el baño de su despacho, con la condición de que la defensora deje un cachito abierta la puerta... por “el qué dirán”.

El juez se paró todo rojo y fuera de sí gritó:

-¿Y el del Juzgado y su Titular, o sea, yo? ¿...Alguien pensó en el “qué dirán” del juez?

Cuando vio que todos lo miraban como a quien tiene hipo en velorio, tosió y agregó:

-Deniego el pedido de ir al baño del despacho del Juez, por razones de decoro, pero a efectos de que la Justicia no sea llamada de primer hervor, decido que sí pueden hacer, lo que me imagino que desea hacer la defensora, en el cuartito de Manuel, mi ordenanza, quien se la rebusca a escondidas mías vendiendo sánquches y cocas. Ordeno que los señores policías se mantengan a dos metros de allí. Y la puerta debe quedar un poco entreabierta para que... no los mate el olor a queso y salame que hay en ese sucucho.

El secretario y el fiscal se acercaron al juez para felicitarlo por el dominio de sí mismo. Lorena Elisabet Aybar se contentó con levantar el pulgar en señal de agradecimiento y se fue muy oronda hacia la primera charla privada con su cliente. Ya en el “cuartito de los sánquches”, enfrentó a Banana sin introducciones:

-Dígame, Banana, ¿Usted se presentó y confesó ser el ladrón serial para salvar al bolú de su primo Rolo?

Banana estaba sentido. Oía que le estaban contando, que la cuenta ya iba por ocho y que no veía claro ni el ring side. Juntó fuerzas una vez más y se quedó callado.

-Si no habla, grito y todos van a decir que es un maricón que se aprovechó de una pobre niña scout... Afloje y hable, que para eso estamos las mujeres. ¿Usted se presentó para salvar a su primo?

- Y... Sí...

- ¿Y si... qué?-, exigió la meritoria-defensora-mujer.

- Y sí... doctora.

- Déjese de joder con ese viejo chiste, Banana y hable de una vez.

- No estoy jorobando, doctora. ... Yo no soy Banana. Soy Raúl, el vasco, el primo mayor del Rolo. Todo lo hice por él. Es como un hermano menor para mí. Su vieja no me lo encomendó cuando murió, pero yo me ocupé hasta de ese olvido. Quizá lo tenga un poco cansado al pibe con que se haga un hombre, que vuelva temprano, que estudie. ...Cuando esa mañana me dijo que iba a dejar el secundario casi me muero. Y cuando me dijo que iba a ser el campana del ladrón serial, me morí en serio. El atorrante me lo dijo y salió corriendo. No me dio tiempo para nada. Esa noche cuando escuché lo del asalto al Banco Central, fui desesperado a la pieza de él y no lo encontré. A la mañana siguiente cuando llegó... Bueno, no le di tiempo para respirar que ya lo había metido en el camión de un compadre de mamá para que lo llevara a Salta. A casa de unos parientes nuestros en Cachi. Usted quizá no entienda... por qué no es madre. No es que yo lo sea, pero es casi igual ¿No sé si me explico?

Frente a este mar de claridad, Lorena Elisabet Aybar inclinó su inteligencia.

-Sí, claro ¿Y que lo llevó a presentarse como culpable?

-Al otro día escuché al Jefe de la Policía declarando que había puesto como prioridad uno la detención de la famosa banda y que esperaba que cayeran en pocas horas... Y me asusté hasta los calzoncillos. El primero en caer iba a ser el pibe, porque es medio-medio. ¡Se imagina un chico en la cárcel? Yo ya me lo veía violado y convertido en un asesino lleno de odio. Hasta la vi patente a mi tía Virginia, la mama del Rolo, que me miraba con el rosario en la mano y me preguntaba: ¡Así cuidaste a mi hijo, Raúl?

Unos sollozos le hicieron saltar unas lágrimas que estaban contenidas desde hacía rato. Lorena Elisabet Aybar, mujer al fin, abrió una carpeta que había llevado consigo y buscó algo en su interior. Cuando lo halló, le extendió una hoja de papel romaní en blanco, diciéndole mientras le palmeaba el hombro.

-Los hombres lloran, pero no moquean. Sonate, che.

-...Se me ocurrió que si me presentaba y los convencía de que yo era el famoso Banana, la yuta iba a querer lucirse diciendo que había cumplido con el pedido de su Jefe. Si todo me salía bien, el circo periodístico que se armaría me iba a dar tiempo para que el Rolo llegara a Salta y lo escondieran por un tiempo.

Por la puerta entreabierta se abrió paso una voz meliflua de gallego denso:

-Señorita Lorenita, soy Manuelito, el ordenanza del señor juez. Disculpe que la moleste, pero del Juzgado del Dr. Sartorio me piden un especial de salame y queso, sin corteza... ¿Tiene Usted para mucho?

Lorena Elisabet Aybar fue rápida y concreta. Con el taco empujó la puerta que se cerró en la nariz galaica. Era preferible aguantar el rancio olor a almacén, antes que soportar al gallego Manuel y su afán de quedar bien con todos, especialmente con su bolsillo.

-Por eso me presenté – siguió el falso Banana–. Hasta pensé que por ahí, aprovechando que la cana tenía un gil confeso adentro, el verdadero ladrón aprovechaba para tomárselas para siempre, con la mosca en el bolsillo.

-¿Pero Usted pensó que iba a poder engrupir a todo el mundo?

-“Soy bastante idiota, pero no se las hice fácil. Me pasé tres días leyendo todo lo que apareció en los diarios sobre Banana y los robos. Le aseguro que sé me todo sobre el tipo ése.

-“Señorita Lorenita, por favor. Me reclaman el sánduche del Juzgado del Dr. Sartorio, que sale con un cortado doble y una bayaspirina”.

Esta vez la respuesta al gallego no provino sólo de Lorena Elisabet Aybar. El gallego Manuelito, que había apoyado su oreja en la puerta para ver si oía mejor la respuesta y de paso pescaba algo más interesante, recibió en pleno tímpano el doble patadón que desde adentro, el detenido y su defensora, le dieron a la puerta. El gallego voló hasta el medio del pasillo, lo que obligó a una rápida acción policial, que consistió en saltar tres metros para atrás y gritarle al gallego sanguchero que se dejara de joder, carajo.

- Los canas se la tragarón y el juez también —prosiguió su explicación el acusado—. No tenían datos de filiación... Los periodistas, que andaban escasos de titulares, se hicieron un picnic. En la cárcel me recibieron como al Totem de “La Sopera”, el pesado y requete piola ladrón, que había jodido a ricos, poderosos, policías y demás malas yerbas. La historia de la prensa subrayaba la inteligencia del tipo, que en un parquito de años estaría libre de vuelta, con la guita bien guardada y con todas las minas esperándolo. Y me banqué bien la cosa. Hasta ahora... Hacer de preso duro no es difícil. Sólo hay que pensar en jodido, poner cara de jodido, hablar como un jodido y actuar como un jodido. Todo el tiempo y cancheramente. No sé cómo va a terminar esto. Pero a mí, mientras el pibe esté a salvo, no me importa nada. Ahora, no sé. Me parece que se avivaron y ya lo engramparon a Rolo. Lo que hice va a ser visto como que lo hice para salvar al verdadero Banana... ¿Qué hago, doctora?

--¡A la mierda! ¡Qué quilombo, che! —se le escapó a Lorena Elisabet Aybar, quien antes de terminar se mordió el labio por no guardarse la opinión letrada sobre los problemas de los clientes—.

La mirada de los dos andaba por el suelo y por eso vieron deslizarse algo por debajo de la puerta. Después de un buen choque de cabezas, cuatro manos levantaron dos hojas y a cuatro ojos leyeron: “Soy el fiscal Ortinelli. Sugiero pronta vuelta. Tengo que ir al almuerzo anual de mi promoción del secundario. Hoy cumplimos cuarenta años de vuelta olímpica. Para decidir lo que les conviene, quizá les ayude conocer una parte de la declaración del primo Rolo. El juez y el secretario no saben que les mando esto, pero me conocen, que es casi lo mismo. Suerte”.

En la otra hoja estaba la declaración: “...En la mañana del día del robo al Banco Central de la República, el declarante Eusebio Rodolfo Fernández, alias Rolo, se encontró con su primo Raúl, alias el vasco, quien ahora se hace pasar por Banana y le comentó que iba a dejar de estudiar porque había conseguido un trabajito: El famoso ladrón serial lo había nombrado campana de su banda. También le dijo que esa noche debutaría en el asalto a un banco famoso. Preguntado por el señor Juez, el declarante señala que efectivamente ese mismo día por la noche se produjo el robo al Banco Central, pero que él estaba con unos amigos cerca de la Disco “Mi Club” en Banfield”.

“Insiste el declarante en jurar que se trató de una cargada. Que se la hizo a su primo mayor porque estaba un poco cansado de que lo tuviera cortito desde que su mamá falleciera. Reconoce que su primo mayor lo quiere como un padre, pero que le rompe un poco de la cintura para abajo que lo trate en forma

pendejal (sic). En otro orden de cosas reconoce que es bastante vagoneta en el colegio, que ayuda poco o nada en la casa y que sus amigos no son una pinturita, pero que salvo dos cigarrillos de los ilegales fumados solidariamente entre todos los de la división en la clase de Historia y un cuarto de pastilla fea, que lo hizo vomitar dos días, el único delito que reconoce, es tener quince años”.

Debajo de la declaración, el Fiscal Ortinelli había escrito a mano: “La Comisaría Primera de Banfield tiene constancias de que una hora antes del asalto al banco de la Capital, el móvil dieciséis estaba deteniendo al Rolo y a tres amigos que intentaban colarse en la disco “Mi Club” de la localidad de Banfield, Partido de Lomas de Zamora. No dan constancia por escrito, pero aseguran que los muchachos se quedaron "voluntariamente" hasta la mañana siguiente a colaborar en la limpieza de la comisaría, como parte de un programa policial de higiene e inserción activa en la Comunidad”.

Lorena Elisabet Aybar se quedó pensativa un momento. Se rascó debajo de un bretel y después, con la luz de las diosas en los ojos, tomó al pseudo Banana de la mano y con los policías a la rastra rumbeó para el Juzgado. Con paso seguro entró al Juzgado. Allí estaba sólo el secretario. ¿...Dónde andaría el juez? ¿Y el gauchito del Fiscal Ortinelli? Pero ella no pudo esperar y con la seguridad que da la convicción exclamó a los cuatro vientos:

-¡Banana confesó! ¡...Confesó que es inocente! Banana confesó que no es Banana. Lo que hizo, lo hizo, pero lo otro, no.

Y cuando estaba pronta a desarrollar toda la fundamentación que estas verdades contenían, el secretario la interrumpió:

-“Sí, nena, sí. Largalo pronto a ése. Que no aparezca nunca más por aquí. Y que se lleve a su primo Rolo, que lo tenemos escondido en el baño del Juzgado desde que llegó de Salta para salvar al primito mayor. Metele que el juez está que trina. Acaban de informarle que volvió el ladrón serial y vació el Banco de Catay... Justo donde la mamá de Su Señoría tiene guardadas las joyas de la abuela”.

A las cinco de la tarde, la estatua de la Justicia que preside el gran hall de los Tribunales vio salir al pseudo Banana. A través de la venda que tapa sus ojos pero no su corazón, observó que llevaba de la mano a un adolescente con cara de atorrante feliz. El dúo, en la puerta del gran hall se llevó por delante a un par de abogadones que los miraron raro... Es que no se puede salir de semejante lugar mirando para atrás y mandándole besitos a Lorena Elisabet Aybar, quien desde el tercer piso les hacía la “V” de la victoria.

